

El trabajo por venir

Autogestión y emancipación social



Norma Giarracca y
Gabriela Massuh
Compiladoras

El trabajo por venir.
Autogestión
y emancipación social

El trabajo por venir. Autogestión y emancipación social

Norma Giarracca, Gabriela Massuh
Compiladoras



Foto de tapa: Luciana García Guerreiro



El trabajo por venir. Autogestión y emancipación social
Primera edición: Editorial Antropofagia, 2008.
www.eantropofagia.com.ar
ISBN: 978-987-1238-38-5

El trabajo por venir : autogestión y emancipación social / compilado por Gabriela Massuh y Norma Giarraca. - 1a ed. - Buenos Aires : Antropofagia, 2008
200 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-1238-38-5

1. Sociología. I. Giarraca, Norma, comp.
CDD 301

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su almacenamiento ni transmisión por cualquier medio sin la autorización de los editores.

Índice

| | |
|---------------|----|
| Prólogo | 11 |
|---------------|----|

Capítulo 1. Trabajo y energía

| | |
|--|----|
| El fin del capitalismo tal como lo conocemos | 17 |
| <i>Elmar Altvater</i> | |

Capítulo 2. La producción para el valor de uso. Los mercados para la sustentación de la vida

| | |
|--|----|
| Autogestión y mercados | 33 |
| <i>Luciana García Guerreiro</i> | |
| Producción y mercados para la vida: una posibilidad emancipadora para el siglo XXI | 36 |
| <i>Norma Giarracca</i> | |
| Ejes de la economía indígena: La experiencia de Bolivia | 42 |
| <i>Pilar Lizárraga</i> | |
| Producción y mercados desde la comunidad Kolla Tinkunaku | 46 |
| <i>Abel Palacios</i> | |
| Los “campos de experimentación”: la Red de Comercio Justo del Movimiento de Campesinos de Córdoba | 48 |
| <i>Natalia Aimar y Pamela Mackey</i> | |
| La globalización y el comercio justo | 50 |
| <i>Juan Silva</i> | |
| Comercio Justo desde la Red Tacurú | 54 |
| <i>Tamara Perelmuter</i> | |
| Comentarios | 55 |

Capítulo 3. División del trabajo, jerarquía y tecnología

| | |
|---|----|
| La ciencia como fraude del progreso | 59 |
| <i>Andrés Carrasco</i> | |
| ¿Venimos del pasado o del futuro? | 67 |
| <i>Toti Flores</i> | |
| Agronegocios y campesinado: dos sistemas en conflicto | 72 |
| <i>Bernardo Mançano Fernandes</i> | |
| Desarrollo campesino y contrato social | 76 |
| <i>Carlos Vacaflares</i> | |
| Agricultura, biodiversidad y conocimiento | 80 |
| <i>Carlos Vicente</i> | |

Capítulo 4. Organización laboral: ¿Qué eficiencia y para qué?

| | |
|---|-----|
| Empresas recuperadas: algunos interrogantes | 87 |
| <i>Julián Rebón</i> | |
| Criterios de eficiencia y criterios de equidad | 90 |
| <i>Miguel Teubal</i> | |
| Empresas recuperadas y políticas públicas | 94 |
| <i>Héctor Palomino</i> | |
| Construir trabajo desde la carencia: El Frente Popular Darío Santillán | 100 |
| <i>Nahuel Levalli</i> | |
| Gestión obrera y eficiencia. La experiencia de Fasinpat (ex Zanón) | 105 |
| <i>Jorge Esparza</i> | |
| La eficiencia como cuestión política. La Asociación Nacional de Trabajadores Autogestionados | 111 |
| <i>Rufino Almeida</i> | |
| Los límites de la autonomía. El Hotel Bauen | 114 |
| <i>Fabio Resino</i> | |

Capítulo 5. “Ruinas emergentes”. Solidaridad y Cooperación en la organización del trabajo

| | |
|---|-----|
| Las diferentes economías de Bolivia | 119 |
| <i>Shirley Orozco Ramírez</i> | |
| Resistirse a la desaparición. La experiencia del pueblo mapuche | 124 |
| <i>Chacho Liempe</i> | |
| Experiencias cooperativas en Europa y Argentina | 136 |
| <i>Gurli Jacobsen</i> | |
| Cuando una cooperativa funciona. El caso CORPICO | 142 |
| <i>José Brinati</i> | |
| Comentarios | 144 |

Capítulo 6. Autogestión como desafío. Las Organizaciones autónomas

| | |
|---|-----|
| Autonomía no es aislamiento. Reflexiones acerca de la situación actual de los movimientos sociales | 151 |
| <i>Ana Esther Ceceña</i> | |
| Recuperar la autonomía es recuperar el Estado | 157 |
| <i>Juan Carlos “Gipi” Fernández</i> | |
| La autogestión como éxodo. El MTD de Solano | 169 |
| <i>Neka Jara</i> | |
| El trabajo libre contra la economía política | 173 |
| <i>Raúl Zibechi</i> | |
| Bibliografía | 180 |

Prólogo

El tema del trabajo parece haber desaparecido de la agenda de urgencias contemporáneas. Una suerte de subterfugio ideológico lo eclipsó bajo expresiones del tipo sociedad post-industrial o post-capitalista dando por sentado que el trabajo es un factor subsidiario al crecimiento, que se resuelve por sí solo. En los hechos está demostrado que el crecimiento económico no necesariamente genera empleos; en el mejor de los casos incrementa el trabajo informal. Lo cumpla o no, la política no deja de prometer incremento laboral en cada campaña electoral que aspira a sumar votos, a sabiendas de que el trabajo ocupa un lugar preponderante en la lista de preocupaciones de la ciudadanía. Nunca tanta gente vivió de su trabajo, nunca la vida cotidiana estuvo tan centrada en el hecho de hallar trabajo digno y nunca antes las consecuencias de la falta de trabajo generaron tanto descreimiento acerca de que el futuro pueda ser mejor que este presente incierto y carente de futuro.

Por más elevadas que sean las tasas de crecimiento económico, aún el capitalismo menos salvaje no podrá liberarse de una paradoja insalvable: cuanto mayor sea su productividad, tanto menos trabajo será necesario para generar una determinada tasa de crecimiento. Sin ir más lejos, las estadísticas que el Banco Mundial ofrece por Internet muestran cifras positivas de desarrollo promedio en los últimos cinco años: en gran parte del planeta se ha incrementado el producto bruto interno y el ingreso nacional bruto. Sin embargo, nada dice acerca de lo que ello implica: por un lado, desocupación e informalidad laboral crecientes; por el otro, el agotamiento de los recursos naturales y la sobreexplotación de la naturaleza que conduce al cambio climático.

Elmar Altvater sostiene que el crecimiento, como factor de desarrollo o bienestar será evocado como una manía patológica de esta era. Hoy por hoy, una masa sin fin de “superfluos planetarios” se ve obligada a integrar de por vida un ejército de desocupados (en Alemania, por ejemplo) a aceptar que no habrá salario que no sea precario o a ingresar del todo en la esfera del trabajo informal. Esta población *redundante* no es “anterior” al capitalismo, como podrían ser las formas de trabajo de las poblaciones indígenas todavía insertas en su tradición, sino que está generada específicamente por condicionamientos económicos que llegaron a su punto culminante en la década de 1990. Por un lado, los Estados tienden a incrementar las tasas de crecimiento a costa de la sobreexplotación de los recursos y la entrega del patrimonio público en una escalada que promete un bienestar general

del que, de hecho, participan sectores cada vez más reducidos. Por el otro, vastos sectores de la población son condenados a un bolsón de intemperie donde cohabitan la informalidad, la precariedad y la inseguridad. Los barrios de hampa y droga de América Latina, los refugios de indocumentados en Europa y los EE.UU., las *banlieues* de las ciudades francesas o las vastas “tierras de nadie” colmadas de seres excluidos de la cartografía visible de los medios encubren el nuevo rostro del capitalismo. El sociólogo francés Loïc Wacquant sostiene que esta inestabilidad no es una característica de los sujetos sino de los empleos y de las nuevas relaciones salariales y sociales que se establecen.

América Latina, con su larga tradición de luchas populares y resistencia indígena ha gestado, sobre todo en los últimos años, un variado catálogo de opciones alternativas a la falta de empleo que a su vez articulan estrategias para generar un tejido social solidario. Si estas frágiles formas de convivencia no han logrado articularse con la fuerza de un modelo, es porque el sistema de acumulación capitalista arrasa con opciones que no puede manejar. Tan arraigada parece estar la convicción general de que sólo el capitalismo es capaz de generar riqueza y bienestar, que cualquier alternativa articulada desde fuera del sistema es desbaratada ya sea a través de la cooptación, la invisibilización, el descrédito, la amenaza directa o la criminalización. Los movimientos de indígenas y campesinos de América Latina dan prueba fehaciente de que hay otras formas de construcción de vida y producción de bienes. En la pertinaz defensa de sus tradiciones constituyen hoy el único factor que intenta ponerle límites a la acelerada depredación de la naturaleza causada por la agroindustria, la minería a cielo abierto o la producción de bioenergía en gran escala. Campesinos e indígenas son los que más padecen la contaminación de los ríos, la desaparición de los bosques nativos y la depredación turística. Los movimientos sociales desde Chiapas hasta Oaxaca, desde la “guerra del agua” en Bolivia hasta las múltiples formas de resistencia de la Argentina a comienzos del milenio, buscaron y siguen buscando nuevas articulaciones sociales en las que el trabajo no es un bien cada vez más escaso, sino parte de un accionar comunitario en función de un bienestar compartido.

El objetivo de este libro es reflexionar sobre estas articulaciones con aquellos protagonistas que hoy encarnan una multiplicidad de opciones para una convivencia menos *darwinista* que la actual.

Los testimonios que reúne el presente volumen provienen del coloquio “Repensando el trabajo: autogestión y emancipación social” organizado en octubre de 2006 por el Goethe-Institut Buenos Aires y el Instituto Gino

Germani de la Universidad de Buenos Aires. Las preguntas que subyacen en la configuración del libro remiten, por un lado, a una serie de módulos clásicos en materia de organización laboral; por el otro, hacen referencia a aquellos generados a partir de prácticas recientes en fábricas recuperadas, cooperativas agrícolas, emprendimientos barriales, organizaciones productivas independientes y comunidades indígenas de América Latina. Cruzamos discursos que emanan de la reflexión teórico-práctica universitaria y científica con aquellos otros surgidos del trabajo diario en nuevos emprendimientos económicos. Con esta forma democrática de debate e intercambio, continuamos con una línea de encuentros que apuesta a la fertilidad de un diálogo emancipador en sus contenidos y en su horizontalidad formal.

Este libro recoge cada uno de los testimonios vertidos durante el coloquio salvo el de Emir Sader cuya presencia -breve pero valiosa- supo enriquecernos con algunos comentarios que recogemos en forma de recuadro a lo largo del texto. En aras de reflexionar sobre alternativas genuinas, este volumen propone un abordaje múltiple: la incidencia del petróleo en el mercado de trabajo y el agotamiento de las energías fósiles; el rol de la investigación científica en la sobreexplotación de la naturaleza; el cuestionamiento de los criterios tradicionales de acumulación, progreso, crecimiento y eficiencia; la reflexión acerca de la ambigüedad conceptual que conlleva el así llamado avance tecnológico; el análisis de experiencias de autogestión; la búsqueda de nuevos modelos de convivencia a través de la economía solidaria.

El equipo que le dio formas y contenidos al coloquio estuvo compuesto también por Luciana García Guerreiro, Julián Rebón, Miguel Teubal y Juan Wahren. Deseamos agradecer a todos los que nos acompañaron en esta nueva travesía intelectual de pensar juntos. A todos los ponentes y autores de este libro, a todos los que con sus preguntas y comentarios desde las butacas enriquecieron los debates y, finalmente, a quienes hicieron posible el proyecto: el personal del Goethe-Institut Buenos Aires del que queremos mencionar especialmente a Carla Imbrogno, Maren Schiefelbein, Hartmut Becher, Cecilia Gettner, Julia Roth y Rodolfo Rüst.

Gabriela Massuh, Norma Giarracca, diciembre 2007

Capítulo 1.

Trabajo y energía

El fin del capitalismo tal como lo conocemos

Elmar Altvater

Elmar Altvater es uno de los más importantes politólogos alemanes de la actualidad. En los últimos años se ha concentrado en las consecuencias políticas, sociales y ambientales de la globalización económica. En sus trabajos demuestra, como pocos autores, una visión integral de los imbricados problemas actuales. Traducimos los títulos de sus últimos libros: *Neoliberalismo, militarismo y extremismo de derecha* (2001), *Globalización de la inseguridad. Trabajo precario, dinero sucio y política informal* (2002, con Birgit Mahnkopf), *Los límites de la globalización. Economía, ecología y política en la sociedad mundial* (2005, con Birgit Mahnkopf), *El fin del capitalismo tal como lo conocemos* (2006), *Competir con el imperio. La Unión Europea en el mundo globalizado* (2007, con Birgit Mahnkopf)

La intención de esta ponencia es demostrar cómo se desenvuelve y modifica la estructura y la dinámica del capitalismo. Me concentro en su base energética y, en relación con ella, en los cambios y las consecuencias que implica para el mundo del trabajo. De modo que analizaré el mundo del trabajo en el contexto del desarrollo del capitalismo y no solamente como un mundo que permanece estático en sí mismo.

Las ideas que voy a presentar son muy simples. En la primera parte de la ponencia, analizaré el funcionamiento del capitalismo basado en el uso de las energías fósiles y la industrialización como mecanismos de su transformación en trabajo y crecimiento. El funcionamiento del capitalismo moderno está basado en la explotación de la naturaleza –sobre todo, aunque no únicamente, de la energía– y en la explotación del trabajo; por eso, al analizar el capitalismo, es necesario discutir tanto la relación social de la humanidad con la naturaleza como consigo misma. En la segunda parte, analizaré las desventajas que tiene el uso de la energía fósil como fuente de energía fundamental en el capitalismo. Uno de los perjuicios de esa utilización es el límite, la escasez del petróleo; el otro, el efecto climático, el efecto invernadero, tal como lo conocemos hoy en día. Estas desventajas muestran que con este régimen energético existe un límite al desarrollo del capitalismo. En la tercera parte discutiré las desventajas que generan estos procesos para el trabajo y sus efectos sobre el empleo mundial en el marco de una nueva división internacional del trabajo; es decir, el desempleo y el surgimiento de un sector de informalidad creciente, tanto aquí en América Latina, como en Europa y en África. En la última parte de la ponencia

nos preguntaremos si hay alternativas más allá del capitalismo tal como lo conocemos.

La revolución fósil: la congruencia entre el funcionamiento del capitalismo y el uso de las energías fósiles

La relación entre capitalismo y el uso de energías fósiles comienza a fines del siglo XVIII. La mayor parte de la historia de la humanidad se caracteriza porque la energía utilizada provenía de una fuente externa –básicamente del sol– y no de las fuentes fósiles como el carbón y luego el petróleo o el gas natural, que se habían formado durante millones de años. El cambio que se dio en el capitalismo como consecuencia del aprovechamiento de estas fuentes energéticas vinculadas, fue muy importante. El capitalismo existía desde el siglo XV, XVI, incluso antes, pero se trataba de un capitalismo que se desarrollaba en forma muy lenta, porque se basaba en fuentes energéticas también lentas: la energía humana, la animal, la biomasa, la energía eólica que generaban los molinos de viento, o la energía que generaban los molinos de agua. Pero con el surgimiento de las fuentes de energía fósiles, hace aproximadamente 200 años (en realidad, un tiempo mínimo si se lo mira desde el trasfondo de la historia de la humanidad) todo se aceleró. A partir del momento de la simbiosis entre el desarrollo del capitalismo y el uso de las energías fósiles, la lógica del desarrollo capitalista se aceleró como si fuera la aceleración de un ciclo.

¿Cómo funciona esta simbiosis? Esto es algo que se puede analizar científicamente sobre la base de las teorías desarrolladas por cuatro pensadores. En primer lugar, Nicholas Georgescu-Roegen, que en sus estudios abordó el tema de la energía fósil. Luego, por supuesto Carlos Marx, que analizó el mundo del trabajo, su usufructo y la dinámica de la acumulación capitalista. También Max Weber que planteó la racionalidad europea en el dominio del mundo y justificó por qué el imperialismo y el colonialismo partieron justamente de Europa. Finalmente, Karl Polanyi, el historiador de economía polaco, que calificó a la gran transformación del siglo XVIII y XIX en Gran Bretaña como un gran proceso de *disembedment*¹ a través del

¹ *To embed*: encajar, encastrar, enclavar, empotrar (Appleton's Revised Cuyas Dictionary English-Spanish). "En lugar de estar encajada la economía en las relaciones sociales, las relaciones sociales están encajadas dentro del sistema económico. La importancia vital del factor económico para la existencia de las sociedades excluye cualquier otro resultado. Porque una vez que el sistema económico está organizado en instituciones separadas, basadas en motivos específicos y que confieren una situación especial, la sociedad debe ser moldeada en forma tal que permita funcionar al sistema de acuerdo a sus propias leyes". Polanyi, Karl (1947) *La gran transformación*, Editorial Claridad, Buenos Aires.

cual el mercado se desliga de la sociedad y al mismo tiempo constituye una fuerza externa que se hace efectiva dentro de ésta. Por eso se plantea hoy que el mercado mundial nos obliga a ser competitivos, que la globalización es responsable de la desocupación, etcétera.

Las consecuencias del aprovechamiento de la energía fósil son considerables. En primera instancia –y ésta es su principal ventaja– la energía fósil permite que la producción y la fuerza de trabajo se independicen del territorio y del espacio. Hasta ese momento era común y necesario que la producción humana se ubicara allí donde se encontraba la fuente de energía, por ejemplo en los bosques de Europa –que luego fueron desapareciendo debido a esa utilización. Con los recursos fósiles es factible ubicar a la industria en cualquier lugar y transportar la energía hacia donde estén ubicadas las empresas. Los recursos fósiles también son independientes del tiempo, porque pueden ser utilizados las 24 horas del día, los 365 días del año; se pueden anular las estaciones, o hacer que el día se convierta en noche y la noche en día. Esto es clave para las decisiones capitalistas: no requieren tener consideración del espacio ni del tiempo. También tiene efectos en el trabajo, porque se vuelve posible establecer tiempos de trabajo en función del cálculo de una empresa y no en función de los ritmos naturales del cuerpo, de la psiquis humana, o de la sociedad –que se manifiestan por ejemplo en los feriados–.² Y esto fue decisivo: los recursos fósiles posibilitaron que se generara una enorme aceleración de los procesos productivos. Marx y Engels, en el *Manifiesto Comunista* se refieren a este aceleramiento como “la misión del capitalismo”. Estos autores abordaron una idea que, en realidad, ya habían mencionado Adam Smith y David Ricardo, éste es, que el capitalismo busca incrementar la productividad y acelerar los procesos productivos en unidades de tiempo menores. Ese incremento de la productividad estableció lo que hoy en día se considera la base de un *benchmark*, o sea, el standard en función del cual deben medirse todos los países del mundo, tanto los desarrollados como los menos desarrollados.

Otro aspecto que no debemos dejar de mencionar es que los recursos fósiles pueden concentrarse, lo que permite controlarlos de una manera que no era posible en otros momentos de la historia de la humanidad. Estos factores facilitaron la elaboración de estrategias de gestión y de *management* empresarial que antes eran impensables. La concentración de la producción capitalista y el incremento de la productividad también tuvieron consecuencias para el trabajo, pues permitieron que se impusiera el “cambio del

² No es sorprendente entonces que desde el surgimiento del capitalismo industrial moderno, muchas fechas de fiestas nacionales se dejaran de lado y que actualmente todavía se discuta acerca de eliminar días de fiesta para acelerar aún más la movilidad del capital y de la producción.

trabajo”, tal como E. P. Thompson lo denominó en su libro *The Making of the British Working Class*. Este proceso y esta clase trabajadora fueron generados arbitrariamente. El incremento de la productividad –David Ricardo lo expresó claramente– significaría que con menos fuerza laboral, con menos personas, sería posible producir la misma o incluso una mayor cantidad de productos. Es decir que siempre que se vaya a incrementar la productividad las personas pierden su trabajo. Ricardo decía que ésta era una de las consecuencias del sistema industrial moderno que genera población redundante (*redundant population*), población sin trabajo, que está de más. Y por supuesto, aquellos que sobran, que están de más, no se van a quedar sentados en sus casas sino que van a buscar alternativas, van a buscar trabajo en el sector informal, como lo denominamos hoy en día.

Al mismo tiempo, el incremento de la productividad exige una permanente adaptación del trabajo a los avances técnicos. Esto tiene sus consecuencias en la capacitación del personal, en los tiempos requeridos para la capacitación, etc. Por cierto, conocemos todos estos efectos. Sin embargo, hay que analizarlos en detalle porque desde el surgimiento de este capitalismo moderno, los cambios fueron vertiginosos y lo son más aún en la actualidad desde que se impuso la globalización. La ventaja de este tipo de aceleración es el crecimiento, tal como lo conocemos hoy. Del crecimiento, un discurso tan frecuente en los tiempos que corren, se habla recién a partir del siglo XX, sobre todo desde que comenzaron a competir dos sistemas: el de la Unión Soviética, que surgió en 1917, y el de los países occidentales. El crecimiento era el parámetro que medía el éxito de cada uno de los sistemas. Antes de eso no había un discurso sobre el crecimiento, porque incluso la economía política de Adam Smith y David Ricardo se basaba en sociedades agrarias, cuyo ritmo era más lento. Con la industrialización todo se aceleró, se hizo más rápido.

Según un estudio que hizo el sueco Angus Maddison para la Organización de Cooperación Económica y Técnica de los Países Industriales, la renta *per cápita* antes de la revolución industrial se mantuvo más o menos constante durante un largo período, en los diferentes continentes. A partir de la industrialización, a comienzos del siglo XIX, las cifras se incrementaron vertiginosamente. El crecimiento de la renta *per cápita* desde el nacimiento de Jesucristo hasta fines del siglo XVIII era del 0,2% por año, aproximadamente. Desde entonces, la tasa de crecimiento se multiplicó hasta llegar en 1890 al 2,2% por año, posibilitando que el producto total se duplicara en unos 35 años. Hasta hoy en día, cada generación es el doble de rica que la anterior. La gran pregunta que tenemos que abordar es qué sucederá en el

futuro. Los niveles de crecimiento se incrementan significativamente, pero también se incrementa la desigualdad porque la renta *per cápita* en Europa Occidental, América del Norte, Australia o Japón es diez veces más elevada que la renta *per cápita* en África. Es decir, también crece la desigualdad en el mundo.

Otra consecuencia de la utilización de los recursos fósiles fue la generación de cadenas de valor agregado que utilizan a la naturaleza como *input*. Esto significa que las energías y el material que se utilizan se transforman en mercancías y éstas, a su vez, se convierten en dinero en el mercado. Las empresas intentan dominar esas cadenas de valor agregado tratando de lograr su posicionamiento en el mercado. Todo esto ha generado efectos muy claros y muchas veces muy duros en la distribución del trabajo en las cadenas de valor agregado que se van desarrollando en todos los países del mundo. Un ejemplo de ello ocurre en las empresas automotrices, pero también en el mercado financiero. El uso de la materia prima y de la energía también genera un *output*: las emisiones de gases tóxicos en la atmósfera. Vemos así que la naturaleza es un factor importante tanto para el *input* como para el *output* del proceso productivo. Si abordamos el tema del trabajo y de la acumulación capitalista, no podemos de ningún modo separarnos de la naturaleza. Tenemos que incorporarla en nuestros discursos intelectuales y en nuestros conceptos políticos. La economía y la ecología van de la mano.

El petróleo y sus límites

Entre las consecuencias de los procesos que venimos analizando, también se comprueba un incremento de la división de los procesos de trabajo; cada vez se requieren trabajos más calificados. La división del trabajo se vuelve geográfica: los países desarrollados emplean mano de obra cada vez más calificada y trasladan sus empresas a los países pobres, donde la calificación no existe y por ello la mano de obra es más barata. De modo que estos factores son realmente importantes en lo que hace a las cadenas, a la creación de valor y a la dinámica de las diferentes regiones. Lo comprobamos con mayor detalle al incorporar en nuestro análisis a los mercados financieros que, en el mundo global, inciden sobre estas cadenas de creación de valor y sobre el trabajo. Existe una jerarquía de los mercados financieros liberalizados globales, donde se van formando las tasas de interés que influyen sobre las inversiones. Y estas inversiones son las responsables del empleo y, por lo tanto, de los costos laborales y del desarrollo de la política salarial.

Por supuesto, también se ve que en la época de Keynes existían factores que podían influir sobre estos procesos y que en la actualidad también están las presiones de los mercados financieros. Tomemos por ejemplo el caso de un país vecino, Brasil. Allí las tasas de interés reales son del 10% debido al elevado *spread*³ que surge por un factor de riesgo. Con esta tasa se promueve la especulación y no la inversión en proyectos que ocupen más mano de obra. Situaciones como ésta son igualmente dramáticas en otros países del mundo. Las responsables son las cadenas de creación de valor porque generan presiones sobre los salarios, es decir, sobre las condiciones de vida de los trabajadores y sobre el nivel de la ocupación.

El uso de los recursos fósiles no solamente tiene ventajas para el capitalismo –el incremento del bienestar y del crecimiento ya fue considerado por Adam Smith en el año 1776– sino que también tiene desventajas. Por un lado, la disponibilidad de los recursos fósiles es limitada, especialmente la del petróleo; por eso, hoy en día aparece la necesidad de abordar estos efectos negativos del uso de los recursos fósiles implementando, por ejemplo, algo así como una “petro–governabilidad”.

En los años cincuenta, el *peakoil* es decir, el momento en que se llegue a alcanzar la máxima producción posible de petróleo, fue definido por el geólogo M. King Hubbert a través de una curva en forma de campana. La teoría del “pico de Hubbert”, también conocida como “cenit del petróleo”, es una influyente teoría acerca de la tasa de agotamiento a largo plazo del petróleo, así como de otros combustibles fósiles. Predice que la producción mundial de petróleo llegará a su cenit y después declinará tan rápido como creció, resaltando el hecho de que el factor limitador para su extracción es la energía requerida y no su costo económico.

Hubbert considera que, indefectiblemente, cuando se llegue a un punto máximo, a la cúspide, las nuevas reservas que se irán descubriendo serán menores que la explotación y el uso del petróleo. Como consecuencia, llegará un momento en el que ya no habrá más. Hubbert desarrolló este esquema para analizar la explotación de ese combustible en los Estados Unidos y anunció que a comienzos de los setenta se alcanzaría el punto máximo. Justamente, en 1972 se llegó a ese punto y a partir de entonces, la producción norteamericana va en descenso, a pesar de las nuevas reservas descubiertas en Alaska. Este esquema también se puede utilizar para ver la producción mundial de petróleo. No se sabe si nos encontramos directamente en el pico o si ya lo pasamos, nadie lo sabe con precisión, pero lo que sí se sabe es que

³ Se trata de la diferencia entre la tasa de interés activa y la tasa de interés pasiva, o sea, entre las tasas que los bancos pagan y cobran.

dentro de diez o veinte años –como máximo– se habrá alcanzado el máximo de la producción de petróleo. A partir de allí la curva va a ir en descenso y habrá que tomar conciencia de que en algún momento se alcanzará el punto cero. Todo esto resulta una gran desventaja y un gran problema.

Veamos la estimación de las cantidades de petróleo ya utilizadas a nivel mundial. Aproximadamente hasta el 2005 fueron utilizados 944 billones de barriles y se estima que las reservas comprobadas están cerca de las que ya se han consumido hasta el momento; hay quienes dicen que sólo restan 748 billones de barriles en el fondo de la tierra. Lo que venimos diciendo del petróleo vale también para el gas natural, que también llegará a su fin. Al mismo tiempo, cada vez hay un mayor consumo de estas fuentes, y esto ocurre al menos por cuatro motivos centrales. Por un lado, porque la competitividad se incrementa y eso hace necesario un aumento de la productividad, que a su vez requiere mayores recursos fósiles; por eso se incrementa la demanda. También habíamos mencionado la presión de los mercados financieros –vimos el ejemplo del caso brasileño– porque si tenemos ingresos por intereses del 20%, eso solamente se puede hacer mediante un crecimiento económico importante lo cual requeriría el uso de recursos energéticos fósiles adicionales. A ello se agrega que los mercados emergentes –China, India, etc.– también invaden los mercados y hacen que la demanda se incremente; tan sólo China es responsable del 80% del incremento del consumo de petróleo en los últimos años. Y en última instancia, también es así, porque la mayoría de los países intentan imitar el modelo occidental de consumo que es absolutamente intensivo en cuanto al uso de recursos energéticos: el transporte, los *shoppings centers* adonde solamente se puede ir con vehículos, los espacios habitacionales, el incremento del turismo, etc. Es decir, todas estas cosas que hacen que nuestras vidas sean más “lindas” y más “cómodas”, en un futuro ya no van a seguir funcionando. Tal como decía un científico norteamericano en la década del sesenta, sólo tenemos un planeta tierra y no podemos generar uno nuevo; en realidad tenemos que limitarnos, pero no lo hacemos.

Quiere decir que la demanda de petróleo sigue creciendo. Desde 1965 China incrementó su demanda en más de mil por ciento; pero también hubo un aumento en otros países, de modo que nos enfrentamos a una situación realmente grave en el sentido de que el descubrimiento de nuevas fuentes de petróleo disminuyó con relación al mayor consumo; se da una brecha entre la producción y el consumo. El consumo se incrementa y la curva de oferta va en descenso. Este es, por supuesto, un esquema idealizado, porque seguramente habrá etapas en las que la producción –la oferta– va a poder

incrementarse; pero existe un desfase, una brecha a futuro que se está comenzando a observar. Las grandes empresas petroleras lo saben: en *The Times* de Londres, el 26 de julio de 2005 se publicó un artículo diciendo que hemos necesitado 125 años para usar el primer trillón de miles de millones de barriles que se han consumido en este período, y para consumir la misma cantidad en el futuro solamente vamos a necesitar 30 años. Es decir, las petroleras saben que no pueden seguir vendiendo solamente petróleo. BP incluso cambió su nombre y ya no se denomina British Petroil sino “Beyond Petroleum”, es decir “después del petróleo”, “más allá del petróleo”.

Esto provoca consecuencias para las empresas. Mencionaré algunas brevemente. En tanto la oferta se reduce y la demanda se incrementa, necesariamente va a aumentar el precio del petróleo. Eso también tiene consecuencias para la rentabilidad de las grandes empresas petroleras, que tienen enormes ganancias y están muy orgullosas de poder publicitarlas en sus informes anuales. Estas ganancias, a su vez, generan cotizaciones muy elevadas, en tanto no sucedan cosas como las de Alaska. Cada vez es más caro importar petróleo. Por un lado, las reservas van desapareciendo; por el otro, hay que volver a crearlas o comienza el endeudamiento. En este sentido, actualmente se da una situación similar a la de los años setenta, cuando se creó el colosal endeudamiento de los países latinoamericanos debido al reciclaje de los petrodólares. O similar al gran endeudamiento que se produjo en los años ochenta, y que derivó en la crisis que vivió la Argentina en el año 2000 y 2001.

Como vemos, las consecuencias son absolutamente brutales. Significa que los países productores tienen grandes ganancias que obtuvieron después de incrementar el precio del petróleo y que el sistema internacional, a través de la liberalización y la globalización de las finanzas, está en condiciones de reciclar los petrodólares o petroeuros a quienes tienen que importar. Significa que se genera nuevamente un enorme endeudamiento. Tenemos que observar cuidadosamente estas consecuencias, porque no queremos que se den situaciones como las que ocurrieron en las décadas del setenta o del ochenta. A partir de 2002 se observa que la cantidad de divisas que se necesitan para la compra de petróleo en algunos países como la India, por ejemplo, conforman un enorme porcentaje de las reservas de divisas existentes en ese país. En Estados Unidos es aproximadamente del 18% sólo que, a diferencia de otros países, ellos están en condiciones de poder pagar sus importaciones de petróleo en su propia moneda y con esos billetes verdes importar el “oro negro”. El precio del petróleo puede llegar a incrementarse hasta en 70 u 80 dólares lo que significaría, para la India, que el

70% de las exportaciones deberían utilizarse para importar petróleo. En el caso de Japón sería del 25%, en el caso de Alemania sería solamente del 4% porque, en general, es un gran exportador y aún cuando las importaciones de petróleo alcancen niveles muy importantes, todavía representan un porcentaje mínimo de sus exportaciones. Estas cifras dramáticas muestran que el aumento del precio del petróleo influye significativamente sobre el desarrollo de la economía mundial. Si observamos a los países pobres como por ejemplo Zimbabwe –aunque no disponemos de muchos datos sobre estos países– se puede decir que actualmente no están en condiciones de pagar sus importaciones de petróleo con los ingresos que perciben por sus exportaciones (es por eso que en Zimbabwe hay pocos automóviles). Entonces, si existen bienes escasos, se genera un mercado negro en el que solamente pueden comprar los ricos, no los pobres.

Petróleo y trabajo

En este análisis sobre las consecuencias de la utilización de la energía fósil hay que tener en cuenta los efectos sobre el clima, pero aunque ciertamente ellos son tan importantes y duros como la escasez de petróleo, no puedo entrar en detalles porque se nos va el tiempo. Baste decir que los efectos climáticos del uso de los recursos fósiles y la generación de emisiones de dióxido de carbono (CO₂) se deben al derroche de energía en la vida cotidiana, a nuestro modo suntuario de vida –sobre todo en los países del Norte– y a la eficiencia técnica; también, a la manera de utilizar el conjunto de los recursos energéticos, es decir, a la medida en que se utilizan los recursos fósiles en relación al uso que se les da a otras fuentes de energía.

Los conflictos políticos que pueden surgir por la escasez y el tiempo limitado en el uso de energías fósiles nos ponen en riesgo de guerras; la de Irak es un ejemplo que muestra de manera notable la magnitud del potencial de violencia con el que se defiende el modelo occidental. No voy a avanzar en este tema. Lo que quiero tratar son las consecuencias del uso de los recursos fósiles sobre el factor trabajo.

La primera de las consecuencias se ha mencionado más arriba; con el incremento de la productividad también se libera mano de obra. Esto sucede a nivel mundial, el incremento del uso de recursos fósiles va directamente en desmedro de las condiciones laborales, cada vez más precarias. En este sentido, se va generando un *standard* cada vez más bajo. Lo “normal” se aplica sólo a los modelos que surgen de los países industriales y, en

consecuencia, la Organización Internacional del Trabajo termina por imponérsela a otros países. En consecuencia, se produce una “normalización” de la informalidad de manera que el trabajo precario tiende a incrementarse.

Cuando todavía existían los trabajos regionales no se conocía este tipo de estándares internacionales; pero la globalización significa justamente la generación de estos parámetros internacionales para el trabajo. Esto tiene consecuencias graves para la población que pierde su trabajo o queda en situación de aceptar cualquier tipo de tarea. Y esto genera un sector informal alternativo, que va creciendo dentro de las sociedades modernas. En África alcanza aproximadamente al 90% de la fuerza laboral; en Latinoamérica al 60% y en Europa, a partir del desarrollo que se está dando desde los años noventa del siglo pasado, un 30%. Antes casi no existía el sector informal; ésto se ha ido incrementando.

La mayoría de la población del mundo de hoy está conformada por una suerte de sub-proletariado que vive en la periferia de las grandes metrópolis. Son jóvenes que viven del trabajo precario atomizado y fragmentado. Se socializan en la calle a través de las religiones, de la música, del narcotráfico, de formas de violencia, en situaciones de riesgo. Estos jóvenes no están en los sindicatos, no están en los movimientos sociales, no están en las universidades públicas, no existen como categoría social. Constituyen el sector que más crece en la historia de la humanidad. Sobre todo se trata de niños y jóvenes de las periferias de aquellas megalópolis que tienen alrededor de 20 millones de habitantes: San Pablo, México, Teherán o Lagos. A Buenos Aires no le falta mucho.

Emir Sader

Según datos de la OIT el desempleo alcanza a 380 millones de personas en el mundo. Pero a éstas debe sumarse una cantidad aproximadamente similar que trabajan en condiciones inferiores a la norma, en forma precaria. En Alemania tenemos un millón de personas con trabajo precario. Si a esto se agrega que todas ellas tienen una familia, las personas alcanzadas por la precariedad del trabajo llegan a 4 millones. Es decir, se trata de una enorme cantidad de gente que debe someterse a este tipo de condiciones de vida. Esto es lo que se conoce como el neoliberalismo de “abajo”, el comportamiento del sector informal; se trata de la situación de la gente que se adapta a la precariedad del trabajo. La economía solidaria no tiene que ver con la informalidad, es otro tema con vastas repercusiones positivas en el que no entraremos en este contexto.

Respecto de los datos de Alemania en materia de ocupación precaria y salarios bajos, se observa que aproximadamente un 90% de los mini empleos tienen muy bajos salarios. Si ésto se utiliza como un indicador, se trata de

empleos precarios, de personas que viven en condiciones precarias. Quiere decir que también en Alemania, uno de los países más ricos del mundo, una parte del sector del trabajo incrementa el porcentaje de precariedad.; ésta no es sólo el objetivo de los gobiernos conservadores, sino también el de los socialdemócratas y verdes que en realidad se hicieron eco de estas políticas. La experiencia alemana indica que no sólo existe un neoliberalismo de derecha, sino también uno de izquierda. La Organización Mundial de Comercio ha relevado información sobre relaciones laborales que no se encuentran bajo estándares normales. Incluso algunos países de Europa revelan datos sorprendentes: hallamos un 12% en Dinamarca y Alemania y casi un 15% en los Países Bajos. Estos son porcentajes considerables y están aumentando. Tan sólo en Alemania, casi 1,9 millones de personas trabajan en estas condiciones, un índice que supera a los trabajadores empleados por la industria. Alemania es uno de los primeros exportadores de productos industrializados y aún así, sus relaciones laborales dejan mucho que desear por su precariedad.

Los grandes monstruos urbanos contemporáneos esconden la proliferación del sub-proletariado rural que no tiene reconocimiento jurídico, no tiene formas de apelar a la justicia, carece de formas organizativas propias y, por lo tanto, es un elemento fundamental de reproducción de los sistemas de dominación vigentes; son las grandes víctimas, incapaces de auto-organizarse.

Emir Sader

El surgimiento del sector informal se explica básicamente a través de dos argumentos que describiré de manera somera. El modelo neoliberal, sostiene que la informalidad se debe a la alta burocratización del sector formal que obliga a trabajadores y empleadores a desprenderse de esta suerte de carcasa burocrática. Con este argumento, el neoliberalismo está dando a entender que la informalidad debería ser lo normal. Por su parte, la Organización Internacional del Trabajo –que descubrió el trabajo informal en los años setenta– considera que la informalidad es una etapa de transición en el marco de la modernización; con la modernización de los países en vías de desarrollo, desaparecería la informalidad. Algunos sostienen que la informalidad es una manera de absorber el impacto de la globalización, relacionado justamente con las cadenas de creación de valor, las cadenas de *commodities*. Esto es interesante, porque la globalización exige mayor competitividad, es decir, un aumento de la productividad. Entonces allí donde eso es posible, tenemos la economía formal, donde no es posible, surge el sector informal. En realidad se trata de un fenómeno provocado.

En una visita que Fernando Henrique Cardoso, por entonces presidente de Brasil (1995–2003), hizo a la India, sostuvo que la globalización era necesaria y que había que hacerse eco de sus desafíos, esto es, incrementar la producción y la productividad con mayor desempleo. Asimismo, agregó que en países superpoblados como Brasil o la India, el sector informal era el que debía absorber gran parte de la desocupación. Un comentario cínico, pero realista; de hecho, muchos países desarrollaron una política acorde a lo que decía Fernando Henrique Cardoso.

¿Fin del capitalismo?

No voy a hacer referencia a la relación entre informalidad y criminalidad, aunque éste es un punto importante que nos afecta a todos. Sí quiero detenerme en las alternativas que tenemos. ¿Cuáles son, entonces, esas alternativas?

Pierre Bourdieu sostenía que en épocas de “alfabetización económica” tenemos que dedicarnos a la economía política para poder desarrollar estrategias. Necesariamente habría que abordar el tema de una posible des-globalización, tal como lo sugieren varios expertos, sobre todo el economista filipino Walden Bello⁴: ¿es posible producir en forma descentralizada?, ¿es posible desconcentrar la producción?, ¿es posible generar circuitos económicos regionales locales? Bello proclama la necesidad de mayor espacio, mayor flexibilidad y mayor compromiso. Ya he mencionado aquí a Polanyi con su tesis del *reembedding* de la economía, ¿no deberíamos volver sobre nuestros pasos para que la economía vuelva a funcionar para la sociedad y sea controlada por ésta? Estas son las líneas principales que al respecto se discuten en los foros internacionales.

Una alternativa es, sin duda, la economía solidaria. Por cierto, la economía solidaria no es un invento de algunos intelectuales, como suele afirmarse. Como decía E. P. Thompson, en la historia de los movimientos de los trabajadores existió siempre una “economía moral” más allá de la competencia de la economía capitalista. La economía solidaria también es una respuesta a la informalidad, a este neoliberalismo de “abajo” que en

⁴ Walden Bello es Director de Focus on the Global South y profesor de Sociología y Administración Pública en la Universidad de Filipinas. Trabaja en el Centro Internacional para el Comercio y el Desarrollo, en Génova, una institución que provee información sobre la Organización Mundial de Comercio a las ONG's. Para Bello, “Des-globalización significa liberar a la economía internacional de ese impulso de las corporaciones hacia la rentabilidad. Por tanto, cuando hablamos de des-globalización nos estamos refiriendo también al proceso de verdadera internacionalización de la economía”. En *Entrevista a Walden Bello*, <http://saberypoder.blogspot.com/2007/06/es-necesaria-una-desglobalización.html>

realidad significa traer soluciones sólo a nivel individual. No es casual que Hernando de Soto⁵ dijera que no todas las personas son empresarias, que en la estructura genética de las personas no necesariamente figura el “gen empresario”. La economía solidaria no parte de eso, sino de la búsqueda de lo colectivo y de formas democráticas, pero es necesario crear instituciones formales para contenerla. Las universidades son un primer ejemplo de apoyo institucional –verdaderas incubadoras de estas ideas-, pero también los son el Estado nacional o las grandes empresas públicas; en Venezuela, PDVSA⁶ apoya a la economía solidaria en determinados barrios de Caracas.

También es necesario crear reglas globales para controlar a los mercados financieros y de bienes. El *reembedding* de la economía (la vuelta a su cauce original) significa que sea la sociedad o las sociedades quienes establezcan las reglas, no las empresas o sus lobistas internacionales; hacen falta códigos de conducta, cuestiones que tienen que ver con cláusulas sociales. La economía solidaria es posible si también se utilizan fuentes energéticas alternativas a las fósiles, tales como la biomasa, la energía fotovoltaica, la energía eólica y la energía solar. En la actualidad se está trabajando intensamente para hallar soluciones técnicas para facilitar y abaratar los costos. Los avances en este sentido son considerables, pero no se trata solamente de una cuestión técnica sino de pensar cómo se puede hacer la transición de una energía a las otras.

No hay que olvidar que el capitalismo descubrió la importancia de las energías fósiles, las aprovechó y de ese modo pudo generar con éxito un enorme dinamismo. Pero esta historia está bordeando sus límites; esto se hará patente cuando, en muchos lugares del planeta, los efectos de la escasez de recursos no permitan satisfacer las expectativas de crecimiento económico. Hoy tenemos la situación inversa: existen otros recursos energéticos recuperables y existe la técnica adecuada. En realidad no sabemos si el sistema capitalista llegó a su fin, lo que sí sabemos es que si se agotan las energías fósiles, si es menester reducir las emisiones de dióxido de carbono (CO₂) para contener el cambio climático, entonces el capitalismo del futuro será muy diferente al que vivimos en los últimos doscientos años.

⁵ Economista neoliberal peruano, director del Instituto Libertad y Democracia del Perú que promueve la creación de un movimiento intelectual y político en favor del libre mercado a nivel continental. Su libro *El Otro Sendero* (1986), dedicado al estudio del sector informal peruano como motor para el desarrollo, le dio fama internacional. De Soto fue asesor de los Presidentes Alan García y Alberto Fujimori. En la actualidad asesora a varios gobiernos, entre ellos al de Wladimir Putin.

⁶ Petróleos de Venezuela S. A.

No sé si el capitalismo se podrá sobrevivir a sí mismo. Creo que la gran tragedia histórica es que se agota, sin que exista en el horizonte una solución que lo supere. Por lo tanto tendremos un largo período de inestabilidad histórica. La única posibilidad de superación pasa de manera obligada por alcanzar nuevas formas de organización de las fuerzas de trabajo, formas de supervivencia a través del trabajo.

Emir Sader

Si existe una evidente relación entre la energía fósil y el desarrollo del capitalismo, cabría preguntarse cuál es la capacidad del capitalismo de subsumir fuentes de energía alternativas. Hasta ahora no existe ninguna forma de energía que le permita al capitalismo incrementar la productividad con la celeridad que le permiten los recursos fósiles. Si el capitalismo utilizara recursos energéticos renovables, no tendría la misma celeridad de ganancia ni de acumulación que con los recursos fósiles. Por lo menos no hasta ahora, porque la energía renovable es más difícil de producir y está ligada a los lugares donde pueden darse las “materias primas” (viento, sol, agua, etc.) No sabemos qué características tendría el capitalismo si usara energías renovables; sería diferente y seguramente menos acelerado que en la actualidad. También se puede dar que el capitalismo desaparezca, pero esa es una cuestión que tiene que ver con las acciones de los movimientos sociales en el mundo y, por ahora, se trata de pura especulación.

Algunos países pretenden seguir desarrollando la energía atómica. Para reemplazar los recursos fósiles con energía atómica se necesitarían quince mil plantas atómicas nuevas en todo el mundo. También el uranio, materia prima que se usa en la energía atómica, va a ser escaso en algún momento. De modo que cuanto más se lo use, tanto más pronto se terminará. De cuánto tiempo hablamos, tal vez de unas décadas para un recurso energético que genera desechos no reciclables y puede significar un daño irreparable para las generaciones venideras. Todavía no se encontró ninguna solución para deshacernos de los residuos atómicos. Esta es una cuestión ética.

El biodiesel, que proviene de la soja o de la caña de azúcar, puede traer inmensos problemas: enormes plantaciones que generan alimento para los automóviles mientras la gente se muere de hambre. No se puede sobreexplotar el territorio para generar biodiesel, al menos no en la medida en que lo exigiría el crecimiento futuro. Hay algo que debe cambiar y es el sistema energético. Si se pretende cambiar las condiciones de vida de la gente hay que cambiar el sistema energético. Indefectiblemente, en las próximas décadas vamos a tener que pasar a los recursos renovables porque se va a agotar el petróleo y porque el efecto climático es una espada de Damocles para todo el planeta.

Capítulo 2.

La producción para el valor de uso. Los mercados para la sustentación de la vida

En la sociedad contemporánea prevalece la idea de que toda producción, para que sea viable, debe ser rentable y orientarse indefectiblemente según el mercado. Sin embargo, esta proposición oculta la noción de que toda producción también debe serle útil a alguien, debe tener un “valor de uso”. El mercado no necesariamente determina el valor de uso de la producción, ésto lo determina la sociedad en su conjunto. Si ella establece qué es lo realmente necesario para la sustentación de la vida, los mercados que así son establecidos toman otro cariz: se orientan hacia la producción y distribución de valores de uso, necesarios para la vida.

Este es uno de los principios emancipadores más importantes que ha establecido históricamente la economía política: la necesidad de que se transformen las pautas organizativas de la sociedad para que toda la producción se oriente fundamentalmente hacia las necesidades de las personas y no hacia la rentabilidad del capital.

En este capítulo se analizarán diversas experiencias productivas orientadas fundamentalmente hacia la solución de los problemas que aquejan a comunidades que no se rigen por los criterios de rentabilidad. Es importante conferirle un nuevo espacio al tema del mercado para pensar el trabajo en vínculo con las necesidades sociales; es decir, instalar la idea de que los mercados son espacios sociales de intercambio que satisfacen necesidades individuales y colectivas. Es necesario volver a encauzar a la economía dentro de lo social y no como un factor separado de las problemáticas de la comunidad.

Autogestión y mercados

Luciana García Guerreiro

Luciana García Guerreiro es socióloga, doctoranda en Ciencias Sociales y becaria de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como investigadora del Grupo de Estudios Rurales y desarrolla su tesis de doctorado sobre las Ferias Francas de Misiones, Argentina. Es activista en redes de comercio justo y solidario.

Cuando hablamos de autogestión, con frecuencia nos referimos al espacio de la producción y, con ello, a la forma que asumen la propiedad de los medios de producción, la organización del trabajo y la toma de decisiones colectivas en la misma. En esta oportunidad intentaremos pensar el trabajo autogestionado en relación con los mercados, entendiendo que los vínculos de intercambio constituyen espacios necesarios para la sustentación de la vida, íntimamente vinculados por ello a la actividad productiva y a la organización de las relaciones sociales.

Repensar los mercados implica, en términos de Polanyi, reflexionar en torno a la mercantilización de la naturaleza, del trabajo y de las relaciones sociales; deconstruir aquellos procesos que han escindido al productor del producto, al consumo de la producción y al trabajo de la satisfacción de necesidades. La desnaturalización y deconstrucción de las relaciones de mercado abre interrogantes acerca del vínculo entre economía y sociedad, comportando una crítica a la noción abstracta y difusa de mercado “autorregulado” que ha difundido el liberalismo económico por la que el mercado es un ente único, que regula automáticamente la actividad económica asignando recursos sin la intervención de las instituciones y prácticas de los hombres.

Esta mirada crítica permite comprender el mercado o, mejor dicho, los mercados en términos de vínculos entre personas para asegurarse su subsistencia –lo que Mackintosh denomina *mercados reales*– como espacios de intercambio orientados por la sustentación y reproducción de la vida, y no sólo por la rentabilidad del capital y la acumulación de ganancias. Si bien el capitalismo se ha expandido mediante el desarrollo del comercio de mercancías, los mercados y los intercambios mercantiles preexisten al capitalismo, así como exceden sus límites. Esto significa que pese a que en la actualidad es la forma económica hegemónica que impone su lógica de

valoración en diferentes espacios de la vida social, el capitalismo no logra abarcar la totalidad de la reproducción material de nuestras vidas.

En efecto, existe una multiplicidad de intercambios vitales para la vida social que no son comprendidos dentro la lógica de valoración del capital. Podemos afirmar junto con el brasileño Armando Melo Lisboa que en los mercados se encuentran involucrados diferentes tipos de valores; lo que intercambiamos no posee sólo un *valor de cambio*, sino también un *valor de uso* ya que permite la satisfacción de ciertas necesidades, un *valor-signo* que comporta significaciones y dimensiones simbólicas, y un *valor de vínculo* en tanto se construye socialmente.

En tanto se trata de una construcción social, el mercado está involucrado en redes concretas de relaciones y regulaciones sociales que implican relaciones de poder, conflictos y disputas tanto materiales como simbólicas. Son las experiencias autogestionadas y las estrategias de resistencia –en muchos casos de defensa frente a las medidas neoliberales y la crisis de las últimas décadas–, las que han abierto interesantes interrogantes en tal sentido. Las redes de trueque nacidas a mediados de la década del '90 en la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, permitieron no sólo atender las necesidades de consumo de sectores que se veían relegados por la falta de ingresos monetarios, sino también abrir un espacio de discusión y reflexión en torno a los mercados y la moneda, habilitando la posibilidad de concebirlos como construcciones sociales históricas. La figura del *prosumidor* –tan difundida en estos espacios– identifica y vincula la capacidad productiva y de consumo en un mismo sujeto, combinando lo que en el mercado capitalista se encuentra separado (consumo y producción), permitiendo nuevas identidades y el reconocimiento de capacidades que en muchos casos se encontraban negadas.

Las organizaciones campesinas y comunidades indígenas, por su parte, son muestra de la existencia de sociabilidades que, aún en el marco de sociedades de mercado, desbordan y resisten los parámetros de la utilidad económica y las relaciones puramente mercantiles. El trabajo y la producción en vínculo estrecho con la economía doméstica y la vida comunitaria, así como con el respeto a la vida, la cultura y los bienes naturales implican otros modos de organizar y concebir la economía –y por tanto de construir los intercambios– que trascienden los criterios de rentabilidad y de maximización de la ganancia.

En tal sentido, en Argentina con la consolidación del neoliberalismo, la crisis de algunas de las inserciones agroindustriales existentes y la desarticulación del entramado institucional que sostenía a gran parte de las familias campesinas, surgieron alternativas de comercialización directa –sin

intermediarios– vinculadas cada vez más a la producción artesanal y agro–ecológica. A partir de la década del ochenta, pero sobre todo a mediados de los noventa, comenzaron a ser visibles articulaciones novedosas para la comercialización de productos de organizaciones rurales y urbanas afectadas por las crisis. Las ferias francas en el noreste del país, las redes de comercio justo en Córdoba, La Plata, Mendoza, Buenos Aires y a nivel nacional, las diversas cooperativas de productores familiares en diferentes puntos del país, son algunas de estas experiencias que articulan relaciones de intercambio más justas entre productor y consumidor. En ellas tienen lugar relaciones de comensalidad, cooperación y reciprocidad, así como formas de consumo que incorporan como criterio las necesidades comunitarias y sociales. En ellas, el intercambio directo entre productor y consumidor se presenta como la posibilidad del encuentro, la comunicación y la construcción de nuevas sociabilidades afirmadas en vínculos de solidaridad y compromiso.

La deconstrucción del vínculo productor–consumidor y de la relación campo–ciudad, la construcción articulada y colectiva, así como la importancia de los vínculos *cara a cara* que hemos mencionado constituyen ejemplos de un modo de concebir la economía que colisiona fuertemente con las directrices de la *sociedad de mercado* y el avance del capitalismo globalizado. En tal sentido, las experiencias autogestionadas se están planteando un reordenamiento profundo de las relaciones de fuerza vigentes en el marco de relaciones de mercado que, en muchos casos, se encuentran hegemonizados por la lógica capitalista. Es por esto mismo, que tanto las experiencias campesinas como las cooperativas e iniciativas de producción autogestionada llevadas a cabo por diferentes sectores urbanos –ya sean empresas recuperadas por sus trabajadores, movimientos de trabajadores desocupados (MTDs), asambleas barriales, etc.– enfrentan el desafío de la regulación social de los mercados. Y es por tal razón que atraviesan importantes tensiones y nuevos interrogantes para la construcción de prácticas emancipadoras. ¿Es posible consolidar un camino autogestionado, que no esté guiado por la rentabilidad del capital, en el marco de relaciones económicas hegemónicamente capitalistas? ¿Pueden convivir los *mercados para la sustentación de la vida* con las reglas de la “sociedad de mercado” y la mercantilización de la vida? ¿Es posible romper los dominios del sistema capitalista desde estos espacios de resistencia autogestionada? ¿Qué pautas de organización social deben construirse para lograr que los mercados y las relaciones económicas se orienten a la satisfacción de las necesidades sociales? ¿Cómo construir criterios de justicia y equidad en nuestros intercambios sin abonar las estructuras de dominación y las desigualdades sociales existentes?

Producción y mercados para la vida: una posibilidad emancipadora para el siglo XXI

Norma Giarracca

Norma Giarracca es socióloga, profesora Titular de Sociología Rural de la UBA e investigadora en el Instituto Gino Germani. Directora de la Maestría en Investigación Social de la UBA y ex coordinadora del Grupo de Trabajo de Desarrollo Rural del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Coordina el Grupo de Estudios de los Movimientos Sociales de América Latina y el Grupo de Estudios Rurales en el Instituto Gino Germani de la UBA.

Para hablar del tema de la producción y los mercados no capitalistas en una Argentina conformada en “el progreso y la modernización”, se necesita un profundo conocimiento de las comunidades indígenas. Tales poblaciones han dado muestra de la capacidad de perseverancia, de otras formas de construcción de la vida, de otras formas de producción de bienes y de construcción de relaciones entre los hombres, así como de otras formas de intercambio de las producciones físicas y simbólicas. No tengo una larga tradición en el conocimiento de las organizaciones indígenas; sí, una larga trayectoria en el estudio de las comunidades campesinas. Las comunidades campesinas de América Latina (también de Argentina) comparten con las comunidades indígenas la capacidad de perseverar en una forma de construcción de su vida, de su producción, de sus mercados, de sus maneras de socializarse.

De hecho, durante la época del modelo de sustitución de importaciones y del Estado-nación, a los indígenas de América Latina se los llamaba campesinos. Esta fusión de identidades campesina e indígena pudo darse porque ambas –aún con todos los intentos del capitalismo por penetrarlas– guardaron una forma de producir al margen del mercado.

Los sociólogos rurales desarrollamos una sensibilidad especial respecto de la expansión de los mercados derivada de la mercantilización de todos los espacios de la naturaleza y de la vida. Uno de los factores centrales de nuestras preocupaciones es la tierra. Y uno de los primeros bienes naturales que el capitalismo mercantiliza es la tierra; la convierte en mercancía, siendo que ella no es producto del trabajo humano; la privatiza, le da carácter

limitado. Si a ello se suma la formación de las clases propietarias, el resultado es la apropiación de la renta agraria. Y ésto, que aparece como algo tan natural en la historia del capitalismo, ha traído consecuencias nefastas para la humanidad: no sólo una distribución desigual de la riqueza y de la tierra, sino también el problema del hambre en el mundo, derivado del desigual acceso a los alimentos.

Tanto en la tradición liberal de la economía clásica como en la teoría marxista, existe un componente acerca del mercado que, a mi modo de ver, contribuyó a la resolución ideológica del concepto que colonizó todos los aspectos de la vida. Recordemos que, para el marxismo, el mercado expresa relaciones sociales que son “socialmente indeterminadas” (fuerzas económicas independientes de la voluntad de los hombres). El mercado se conforma a espaldas y más allá de las decisiones de los productores; es más, nos dice el marxismo, si todos los productores decidieran producir con las últimas tecnologías, dada la alta composición orgánica de capital que se generaría, sería inevitable una baja en la tasa de ganancia.

¿Qué decir de la “mano invisible” de Adam Smith! El mercado capitalista está basado en la idea del hombre como sujeto egoísta (Adam Smith decía que el bienestar general se logra a partir del egoísmo individual). La concepción de sujeto que tiene por detrás la teoría neoclásica, la teoría liberal, es la idea del hombre egoísta de donde resulta que la posibilidad de regular todos estos egoísmos humanos la tiene el mercado que termina convirtiéndose, de este modo, en un eficiente administrador de los recursos y de las producciones para el conjunto de la sociedad.

La mayoría de las veces, y sobre todo a partir del neoliberalismo, el mercado aparece en singular, como un dispositivo ideológico que permite organizar no solamente la economía, la famosa economía de mercado, sino también todos los aspectos de la vida. Hoy en día es muy frecuente escuchar decir: “el mercado de arte”, “la oferta educativa”, “la facturación en salud”. Hoy la industria farmacéutica necesita ampliar su franja de productos. En función de ello y, con el fin de aumentar el mercado de los psicofármacos pediátricos en la Argentina, empiezan a generarse diagnósticos sobre cualquier síntoma en los niños. Es decir, se trata de esta idea del mercado sin límites comerciales ni éticos, que puede colonizar cualquier cuestión o aspecto de la vida de los humanos.

El mercado como dispositivo ideológico y comunicativo se muestra en todos los ámbitos. Los medios de comunicación proclaman disparates como “los mercados son sensibles”, se habla del “nerviosismo en el mercado”; el mercado aparece como un ser animado, como un mecanismo de control

al que todo el mundo le debe respeto. Mientras este nivel de organización que nos propone el discurso hegemónico se expande en toda América Latina, África y Asia, existen otras formas de pensar la producción para la vida. Observemos a las organizaciones mapuche: han perdurado siglos, y han perdurado a pesar de la gran dominación que han soportado desde hace más de quinientos años. Y esto es por la fuerza de la cultura y de la voluntad humana de producir y de organizar la vida de otra forma. Esta otra forma tiene como cuestión fundamental el “producir para vivir”, como dice Boaventura De Sousa Santos, producir para las necesidades de la vida y no para el mercado.

La producción de alimentos para el mercado tiene como única finalidad producir ganancias; alimentar poblaciones es, en este contexto, un objetivo secundario. Esta distorsión, que se intenta naturalizar a través de dispositivos ideológicos muy sofisticados, es lo que han rechazado estas comunidades manteniendo una forma de producir y una forma de intercambiar relacionadas siempre con los “mercados reales”.

Con tal concepto deseamos significar instituciones, organizaciones creadas por la acción de los hombres, no a espaldas de la sociedad, sino por la acción de mujeres y hombres, donde los agentes se encuentran e intercambian básicamente para satisfacer las necesidades de alimentación, de vestimenta, de formación. El control es comunitario y no reside en el mercado; se produce para el bien común a partir de los aspectos solidarios y fraternos que todos los humanos expresamos, de la misma forma en que lo hacemos con los aspectos egoístas.

“Gipi” Fernández, de la Unión de Trabajadores Desocupados de General Mosconi, sostiene siempre que ellos obtuvieron 7 mil hectáreas y no las pusieron a producir, sino que simplemente las consideraron reserva. Esto sería incomprensible para un economista neoliberal, ¿cómo tener recursos y no ponerlos en producción para llevar al mercado, para tener dinero y para tener ganancias? También creo que los ejemplos de las comunidades indígenas, los ejemplos de los campesinos, y los ejemplos de todas estas experiencias son “campos de experimentación” y nos permiten, nos estimulan a pensar que hay otras maneras de producir, de intercambiar, de generar mercados; hay otras formas de relacionarnos entre nosotros y con la naturaleza, de considerar la salud, la educación, lo sagrado y las relaciones entre los seres humanos.

¿Existe el espacio para “los mercados” fuera de “el mercado”?

¿Existe un espacio fuera del mercado neoliberal? Podemos formular esta pregunta de otra manera, adhiriendo a los grandes proyectos emancipadores de los siglos XIX y XX: ¿existe un espacio sin relaciones de dominación entre los seres humanos?

Esa gran pregunta generó proyectos políticos alternativos durante un siglo entero de lucha de masas. Hoy esta misma pregunta inquiere por la existencia de un espacio de producción, de mercados y de intercambios fuera de la lógica del mercado neoliberal. ¿Existe un espacio que no esté basado en la dominación? ¿Se puede pensar ese espacio? O, como nos desean hacer creer desde la ideología del discurso hegemónico, esos espacios son imposibles de pensar porque la lógica capitalista los integra a todos, subordinándolos y convirtiéndolos en partes subalternas, marginales, explotadas de su propio funcionamiento.

La gran pregunta que se hacen los economistas agrarios y los agrónomos con mentalidad neoliberal es por qué siguen existiendo formas de producción y mercados no capitalistas. Por qué siguen existiendo los campesinos si, por las leyes del mercado, deberían estar fuera de él. La economía agraria clásica diría que están produciendo a unos costos que no les permiten competir, es decir, no tendrían que existir; pero aquellos que conocemos de cerca lo que pasa en las economías campesinas, sabemos que a veces la familia campesina sale a trabajar afuera para tener ingresos que le permitan seguir manteniendo la unidad de explotación. Esto es impensable en la lógica del capitalismo. Estos factores –que de alguna manera ponen en cuestionamiento y en tensión la lógica capitalista– son los que determinan los escenarios indígenas y campesinos de los dos tercios de la humanidad. Por otro lado, esta nueva forma de construir comercio justo, fábricas recuperadas, economías populares, no ya economías campesinas sino economías populares urbanas, muestra que ellos aprenden mucho de estas historias, de las historias indígenas y de las historias campesinas.

Pero hay otra cuestión: es posible la sustitución de un modelo por otro. Por ejemplo, el modelo del comercio justo, del comercio solidario, ¿sustituye al modelo capitalista?, ¿debería sustituirlo? Es una pregunta que no tiene respuesta, pero es importante formularla en forma colectiva ¿el capitalismo tiene tantas debilidades como para ser sustituido por estas construcciones que se dan en sus márgenes?, ¿lo estamos construyendo otros modelos, otras economías, sin pensar en sustitución? Esto se está discutiendo en toda América Latina a nivel de las distintas formas que adquiere la agricultura.

En el Grupo de Trabajo de Desarrollo Rural de CLACSO estamos contraponiendo dos modelos: el modelo del agronegocio (con la soja o el etanol) y el modelo de la economía campesina. El ejemplo más desarrollado es el de Brasil, donde hay relaciones entre ambos, pero también hay espacios de autonomía. En Bolivia, el vicepresidente García Linera habló del “capitalismo andino”, para referirse a una articulación entre la economía agraria campesina, la economía familiar de los sectores urbanos populares y el capitalismo avanzado del Oriente, de los departamentos de la “Media Luna”. Y también en la Argentina, cuando pensamos lo que se está haciendo en términos de comercio justo, de organizaciones agrarias campesinas, de economía regional –como en el caso de General Mosconi–, etc. Hay dos modos de pensar: el de la sustitución del capitalismo o el de una construcción propia autónoma. ¿Terminará sustituyendo uno al otro? ¿O terminará el capitalismo destruyendo todas estas posibilidades de construcción de otro mundo? A mí me parece que son preguntas abiertas, que no tienen respuestas en este momento pero que de alguna manera pueden llevarnos a pensar y a discutir.

El mito de la economía compleja dice que el capitalismo es imprescindible

Es necesario deconstruir algunas ideas que parecen arraigadas; son aquellas que afirman, por ejemplo, que las “otras economías” –las que están al margen del capitalismo– pueden producir sólo bienes simples como alimentos o vestimentas, pero no bienes complejos como antibióticos o computadoras. No hace falta remontarse a 600 años atrás planteando los avances científicos de las poblaciones originarias, basten algunos ejemplos simples dentro del capitalismo.

Algo que a todos nos compete de cerca son las computadoras y los programas de computación. Estos programas que parecen tan complejos se hacen en la casa de un conjunto de muchachitos que trabajan por su cuenta y después les venden sus investigaciones a las grandes empresas. Doy este ejemplo relacionado con la mistificación que existe hoy alrededor de esta llamada “sociedad del conocimiento” donde se nos presenta la producción y la relación con los recursos como una cuestión muy compleja, fuera del alcance de nosotros como seres del montón. No me voy a referir al tema de los antibióticos porque de eso dará cuenta Andrés Carrasco más adelante, lo que quiero decir es que hoy, más que nunca, se hace necesario volver a recuperar la potencia que tenemos como humanos y saber que podemos

producir cualquier cosa, que todo lo que se ha producido hasta ahora, lo han producido los hombres y mujeres como todos nosotros. Debemos recuperar esa potencia en tanto somos seres económicos; esa potencia que otorga la fe en que cualquiera de nosotros es capaz de producir cualquier cosa. La gran ideología montada a nuestro alrededor nos tiene convencidos de que lo importante, los objetos de última generación, se producen con la tecnociencia, es decir, con un saber sofisticado, difícil y sobre todo lejos del alcance de nosotros como productores. Deconstruyamos los mitos que tan bien genera el capitalismo para controlarnos y restarnos potencia.

Ejes de la economía indígena: La experiencia de Bolivia

Pilar Lizárraga

Pilar Lizárraga es investigadora de la Comunidad de Estudios JAINA (Tarija, Bolivia). También integra el Grupo de Trabajo de Desarrollo Rural del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

La experiencia que intentaré compartir con ustedes parte del análisis de las reivindicaciones de comunidades campesinas y pueblos indígenas guaraníes del Sur de Bolivia. El tema que se ha propuesto en este capítulo es por lo menos provocador, sobre todo en la coyuntura actual de Bolivia que plantea un proceso de refundación del país. Pensar en el tema de la producción de valores de uso, de mercados para la sustentación de la vida, es una forma de interpelar a un proyecto de dominación que tiene una visión de desarrollo que está impregnando todos los aspectos de nuestras vidas, cambiándolos, transformándolos y haciéndonos cada vez más dependientes. El tema nos convoca a pensar en toda esa serie de demandas, de movilizaciones, que se han venido protagonizando en Bolivia para fundamentar las propuestas de transformación que puedan ser articuladas en el marco de la Asamblea Constituyente. Como ustedes saben, nosotros tenemos mucha esperanza en que este proceso histórico que vivimos cambie las reglas de juego. Reglas de juego que no sólo den paso al reconocimiento de un sujeto político, sino que también nos permitan reconocer a los sujetos económicos. Esto implica reconocer las formas de vida, implica replantearnos los conocimientos, las tecnologías, las reglas de juego que van a dar paso a las estrategias de vida de los pueblos.

La interpelación que se ha venido dando a partir de 1990 con la “Marcha por el territorio y la dignidad” protagonizada por pueblos indígenas de las tierras bajas, estuvo centrada alrededor del concepto de ciudadanía. Un concepto de ciudadanía que invisibilizaba a los sectores de las tierras bajas del Oriente. Todas estas reivindicaciones y movilizaciones nos plantean un primer hito en 1990, cuando los pueblos indígenas de las tierras bajas van a cuestionar un punto fundamental como lo es la ciudadanía. Una ciudadanía que no reconocía a los pueblos de las tierras bajas: mojeños, trinitarios,

ignacianos, chiquitanos, como ciudadanos bolivianos. Esta marcha logra el reconocimiento político y de los territorios indígenas, pero no logra algo fundamental que es el reconocimiento de las formas de vida. Si bien se hace el reconocimiento político, éste es enunciativo porque ignora, una vez más, la existencia de esas formas de vida, sus conocimientos y su identidad.

En los primeros años de la década del 2000, la llamada “guerra del agua” también cuestionó principios fundamentales este proyecto de dominación, como el tema de la mercantilización de los recursos y la expropiación que se hace de ellos, que están en manos de indígenas y campesinos y son su fuente de vida.

Después viene la guerra del gas, que también es una consecuencia, una interpelación profunda a las reglas de juego imperantes, en la cual se habla del tema de la soberanía, pero no de una soberanía dada solamente por la propiedad sino también en términos de pensar los nuevos roles que podría jugar la sociedad civil y las formas bajo las cuales podrían producirse los bienes para la sustentación de la vida. En este caso los protagonistas fueron los bolivianos en su conjunto. Hace poco estalló el conflicto minero en Guanuni que una vez más pone en evidencia la visión mercantilista sobre los recursos.

Sobrevuelo estos temas para llegar a la cuestión del mercado. La interpelación que los movimientos sociales realizan al proyecto de dominación en diversas etapas de nuestra historia es el cuestionamiento activo al modelo del desarrollo. La ideología del desarrollo parte del principio de dominación del mercado. Un mercado que en realidad es el ordenador de una modalidad de vida que se impone sobre otras posibles; el mercado determina tipos de trabajo, tecnologías, conocimientos y nuevas instituciones.

Si analizamos el caso concreto de un producto como el maíz, se puede observar que dentro de la cadena productiva de Bolivia, adquiere una connotación bastante importante a partir de lo que es la producción del alimento balanceado. Pero este producto, visto desde una óptica cultural, no es solamente portador de un valor monetario, sino portador de un valor simbólico que le permite a todo un pueblo poder reproducir su identidad y su cultura. Me refiero concretamente al pueblo guaraní que se encuentra situado en la parte del Chaco boliviano y que comparte territorio con el Brasil, la Argentina y el Paraguay. Este pueblo tiene una estrategia diversificada, vive de la caza, la pesca, la agricultura. Dentro de la agricultura, el producto fundamental es el maíz. El maíz es ese producto que da a las familias un valor y una identidad muy importante. Hay familias que llegan a cultivar hasta veinte variedades de maíz y en base a eso sustentan su

soberanía alimentaria. Cuando el mercado define el valor monetario de un producto, el producto pierde su valor simbólico y tiene solamente valor de cambio. ¿Por qué? Porque entra en un circuito en el que se demanda una variedad específica, obligando a los productores indígenas a que cambien la matriz productiva. Lo que se produce es la sustitución de variedades fundamentales para la vida de los indígenas por variedades que se requieren en centros consumidores que tienen otra perspectiva de vida.

Para los indígenas el maíz tiene un valor simbólico. Cuando circulan sus múltiples variedades de maíz está circulando su identidad; esto significa la posibilidad de reproducirse no solamente como sujetos individuales, sino como sujetos colectivos. De modo que el maíz cumple muchas funciones: alimento, reproducción de espacios festivos, elemento de trueque, etc.

La transformación de las matrices productivas provoca un cambio de las relaciones de producción. Los indígenas comienzan a transformarse en asalariados, trabajadores y jornaleros que pasan a depender totalmente de las empresas. Esto introduce nuevas jerarquías sociales, tales como la de concebir “pobres viables” y “pobres no viables”. Los pobres viables son los indígenas que pueden acceder, transformando su matriz productiva, al circuito comercial. Los pobres no viables son aquellos que, por condiciones y limitaciones que se dan dentro de su sistema, no van a poder acceder a nuevas tecnologías, a nuevos insumos y a nuevos conocimientos. Aquí comienza a generarse un problema de desestructuración de la comunidad que, entre muchos otros factores, genera la pérdida de la identidad.

La introducción del mercado capitalista influye además en otras áreas de la organización comunitaria indígena; una de ellas es la de la producción de conocimiento. Para los indígenas, el conocimiento y su producción son un bien colectivo. El hecho de producir una semilla de tipo específico es propiedad de todos los miembros de la comunidad. Ahora, bajo la nueva lógica de organización del capital, lo que se ha logrado es que ese conocimiento pertenezca sólo a algunos miembros de una comunidad, no todos manejan el mismo conocimiento para producir un tipo determinado de semilla. La nueva lógica no permite que todos ingresen en la nueva forma de organización del trabajo.

Estos son sólo algunos elementos que nos han llevado a tratar de vincular algunos argumentos con las propuestas de cambio que proclamó el gobierno de Evo Morales en Bolivia. Estas propuestas no sólo deberían ir más allá del sujeto político, sino que también deberían reformular los roles que habrá de atribuírseles a las economías campesinas. Se ha dicho que uno de los elementos fundamentales de la propuesta política del gobierno es la

soberanía alimentaria. Para lograrla se propone trabajar sobre estructuras productivas con base campesina e indígena, para que el conocimiento local, las tecnologías y todas las formas de organización propias que tienen estos pueblos, puedan ser reconocidas. Es importante trabajar sobre circuitos regionales en los cuales cada uno pueda intercambiar lo que tiene para no incorporar en la producción lo que demandan los centros consumidores.

Territorio, producción y mercados

La lógica de las demandas que se está planteando desde las organizaciones campesinas e indígenas es la de revalorizar sus instituciones, sus conocimientos y aquellos circuitos alternativos que la lógica del mercado convierte en subalternos.

Nosotros pensamos que es necesario descolonizar el territorio. Esa descolonización pasa precisamente por entender cuáles son las lógicas productivas territoriales para que sirvan de base en la articulación de nuevos territorios y nuevas instituciones. Hay que pensar de qué manera pueden emerger esas formas de vida complejas, indígenas y campesinas, incorporando esas innovaciones que los mismos pueblos han hecho a través de quinientos años de experiencia –sin pensar que hay que volver a los ayllus de hace 500 años– Ya que estamos en otra coyuntura, hay que pensar en nuevas categorías, en circuitos alternativos, con identidad, con comercio justo, pensar en un tipo de mecanismo que permita darle visibilidad a las posibilidades de intercambio para sustentar sus vidas. Cómo conceptualizamos el mercado, cuáles son las relaciones de producción que se van a dar y cómo se van a poder transformar las relaciones de poder de ese proyecto de dominación. Creo que estos son desafíos que también tenemos que plantearnos en términos de manejo conceptual.

Dije que la economía indígena tiene un circuito alternativo que es el de la identidad. Pero la economía indígena también está articulada al circuito del mercado, un mercado que se define a partir de un tipo de matriz productiva específica. Por eso se trata de pensar un nuevo concepto de mercado.

El gobierno de Evo Morales tiene un gran desafío debido a que por sus características tal vez sea el primero en la historia de Bolivia que puede reorganizar los territorios de la producción indígena partiendo de sus formas tradicionales, conservando las modalidades que fueron el sustento de sus vidas. Si vuelve a imponerle lógicas externas a la producción indígena, atizará el conflicto. El mayor problema está en aplicar políticas tradicionales en zonas en las que el capital ya se ha apropiado de los recursos naturales, tales como la zona de Tarija.

Producción y mercados desde la comunidad Kolla Tinkunaku

Abel Palacios

A casi 90 Km de la ciudad de Orán encontramos lo que fue la Finca San Andrés y hoy es propiedad comunitaria de la organización Kolla Tinkunaku. Comunidad acostumbrada a luchar por la recuperación de sus territorios arrebatados por el Ingenio San Martín del Tabacal; por conservar su biodiversidad frente a las empresas petroleras. Pueblo de trashumancia y de producción del maíz que mantiene sus principios y cultura como pueblo indígena.

Pertenezco a la comunidad indígena del pueblo kolla Tinkunaku, ubicada en el noroeste de la provincia de Salta, más precisamente en una zona conocida actualmente como Reserva de Biosfera de Yungas. Vivimos hace muchísimo tiempo en esa zona y muchas de las cosas que vivimos ahí, no están tan relacionadas, o no tienen relación en absoluto con lo que se vive en una ciudad. Y tal vez ésta sea una ventaja. Porque nuestra manera de vivir nos ha permitido, por ejemplo, pasar sin ningún tipo de problemas las crisis económicas. La última crisis (2001–2003), que fue muy mala para todos los argentinos, a nosotros apenas nos llegó, precisamente porque teníamos nuestra producción, de manera que seguimos viviendo tranquilamente. El aspecto económico no lo hemos pensado desde el punto de vista de la organización. Si lo hubiésemos hecho, habríamos modificado nuestro modo ancestral de trashumancia que respeta el equilibrio con la naturaleza. Por eso lo cuidamos mucho.

Pensar en introducir una economía que va a producir excedentes para vender afuera generaría seguramente un conflicto interno. Por eso seguimos manteniendo nuestra forma de vida, creo que no la vamos a cambiar, no vamos a permitir que alguien de afuera venga a cambiarnos con ese verso lindo de “ustedes tienen tanta riqueza, por qué no la explotan, por qué no la sacan y se llenan los bolsillos de plata”. Eso nos es ajeno.

Para mantener nuestro sistema de vida, nuestra costumbre es vivir en verano en lo que se llama la “parte alta” (entre los 2000 y 3500 metros sobre el nivel del mar) donde existe un cultivo específico para esa zona y en invierno en “la parte baja”. A la ganadería, toda de subsistencia, para consumo propio de las familias, también se la mantiene de esa misma

manera; se la sube en verano para la parte alta y en invierno se la baja. Eso nos da la ventaja de tener alimento casi todo el año.

Desde la ciudad traemos lo que no producimos: fideos, arroz, azúcar, a veces harina para mezclarla con la harina de maíz. Por eso, decía yo, que ese tipo de trabajo interno, que desarrollan todos los que viven en la comunidad, nos ha llevado a tener una autonomía de supervivencia y a no depender de lo que se produzca afuera o de los conflictos que haya afuera. Es probable que la misma geografía del lugar nos haya permitido separarnos del resto de las ciudades.

En su momento, estoy hablando de hace más de cinco años atrás, intercambiamos productos, a manera de trueque, con la gente de la Quebrada de Humahuaca. Nosotros llevábamos la producción para allá y ellos nos traían su producción. Esto se ha perdido; ahora bajamos hacia la zona de Orán. Sin embargo, todavía se sigue practicando el trueque y bueno, esa es la manera en que vivimos.

Pizarro y los wichis

La zona de Pizarro en Salta, restituida a los wichis, es un caso emblemático de lo que ha pasado. Ya antes de que el gobierno de Salta les expropiara las tierras para ponerlas en venta, esa era una zona de reserva provincial. Allí vivían de la caza y de la pesca. Hoy se los ha obligado a vivir en 800 hectáreas, cuando su ámbito de desarrollo era muchísimo más amplio. Vivían de la recolección de la miel; recorrían mucho más que 800 hectáreas, el territorio que usaban era mucho más amplio. Nosotros vemos en esto, que los de afuera hicieron un mal negocio con respecto al ámbito de desarrollo de la comunidad. Los wichis dicen que lamentablemente tienen que modificar su modo de vida para adaptarse a la pequeña fracción de terreno que les asignaron; eso va a implicar aprender nuevos métodos de cultivo, cambiar su manera de vivir en el sentido de adaptarse a un determinado terreno, cosa que no hacían antes, porque tenían una vida de tipo nómada, donde, según las necesidades, se movían a diferentes lugares en toda la extensión de lo que era la reserva. Ahora no, solamente pueden moverse dentro de las 800 hectáreas; el resto queda como Reserva Nacional, bajo la jurisdicción de Parques Nacionales.

Los “campos de experimentación”: la Red de Comercio Justo del Movimiento de Campesinos de Córdoba

Natalia Aimar y Pamela Mackey

El Movimiento Campesino de Córdoba (MCC) está compuesto por varias organizaciones integradas por familias campesinas de diferentes zonas de la provincia. Desde hace algunos años, en el 2003, junto a estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba se fue conformando la Red de Comercio Justo del MCC con el objetivo de dar valor al trabajo de las familias productoras, reivindicar la idea de soberanía alimentaria y llegar con los productos campesinos a una mayor cantidad de personas del campo y la ciudad.

Nosotros comercializamos los productos de las familias campesinas del norte, noroeste y noreste de la provincia de Córdoba. Uno de los productos que comercializamos es el cabrito; su producción es la principal de nuestra zona y nos impulsó a organizarnos en la ciudad de Córdoba. Antes sucedía que el cabritero le compraba cabritos a las familias campesinas por 8 pesos –los cambiaban por un paquete de yerba–, elegía los mejores cabritos y los productores campesinos, en su mayoría pequeños productores con pequeñas extensiones de tierra, recibían poco dinero por su cría. Entonces nos organizamos en la ciudad para hacer lo que llamamos “campañas de cabritos”, una venta masiva donde logramos un precio justo para el productor, evitando la enorme ganancia que antes se llevaba el cabritero. La idea era que tanto el productor como el vendedor y los consumidores –en su mayoría trabajadores y estudiantes de Córdoba– se vieran beneficiados con un precio justo y que la venta también nos dejara una ganancia a nosotros. Además de eso, queríamos llegar con un producto rico y sano al consumidor. Así es como empezamos a organizarnos. Las familias campesinas utilizan la leche de cabra para hacer dulce de leche y distintos tipos de arrope para su auto-sustento. Sin llegar a pedirles una producción masiva, comercializamos el arrope y el dulce de leche, intentando que llegaran a la mayor cantidad de gente de la ciudad. Son productos que vienen del monte, sin aditivos, elaborados cuidando el monte que tenemos: arropes de algarroba, de mistol y de miel, producción que antes era para autoconsumo. A través de proyectos y de pequeños emprendimientos, empezamos a

comercializar una gama más variada de productos, no sólo para obtener ganancia, sino para lograr que a todos nos lleguen estos productos sanos que vienen de largas tradiciones.

En la organización tenemos dos pilares. Uno, es la soberanía alimentaria, que es la libertad de elegir qué cosas producir. El otro, es la conservación de nuestras costumbres. Para nosotros es muy importante trabajar con productos nativos como una forma de conservación y reivindicación de la cultura campesina. Nosotros queremos mantener nuestras formas de producción y esto no es una cuestión menor, queremos mantener el cocinar a leña en el campo, que es otra de las cuestiones que tratamos de reivindicar.

Todos participamos de la discusión a la hora de poner precio a nuestros productos. Somos los productores los que ponemos los precios porque nosotros sabemos el valor de la materia prima, de los frutos, del azúcar, de lo que se necesite. Nosotros consideramos que es fundamental que sea el mismo productor quien pone el precio a su trabajo. Ahora estamos avanzando en lo que tiene que ver con el trabajo del vendedor para que este proyecto dure en el tiempo para que todos seamos parte de este proyecto. En general, gran parte de nuestros vendedores en la ciudad son universitarios a quienes les estamos ofreciendo un trabajo. La intención es que el campesino obtenga la seguridad de que se puede quedar en el campo, que pueda seguir eligiendo tener esa vida; porque con el avance de este modelo capitalista de la soja, muchos de los campesinos están siendo desalojados; los obligan a irse a la ciudad, donde terminan viviendo en villas o muy empobrecidos. Entonces lo que buscamos es poder generar esa seguridad, que todavía no logramos plenamente. En este sentido es necesario asegurar un ingreso para las familias campesinas y permitir que ellos sigan viviendo en el campo, que es donde ellos quieren estar.

Una de las cuestiones fundamentales para pensar otro tipo de mercado tiene que ver con el reconocimiento de la forma de producción de los pequeños campesinos. Otra cuestión importante es el trabajo en redes. Con esta característica que tenemos, las organizaciones que trabajamos de manera local y territorial, necesitamos poder establecer redes con otras organizaciones que también producen para generar intercambios, ya sea de productos o de experiencias de venta.

Nosotros vivimos la economía social solidaria no como un parche en la economía capitalista; la vivimos como algo integral, como algo transformador de las relaciones entre las personas y entre las personas y la naturaleza.

La globalización y el comercio justo

Juan Silva

El Instituto para el Comercio Equitativo y el Consumo Responsable (ICECOR) es una asociación de trabajadores, técnicos y profesionales que producen servicios para fortalecer la economía solidaria, las formas asociativas de trabajo y la consolidación de redes como por ejemplo, a nivel nacional, la Red de Comercio Justo.

No tenemos que tenerle miedo a la globalización; es una construcción social y hay que tomarla como un dato, hay que trabajar y transformarla para que tenga otro signo, otro significado y otra orientación.

El desarrollo del comercio justo y de la economía solidaria se enfrenta con instituciones que organizan mercados. En nuestra región –América Latina, el Caribe y América del Norte– la organización de mercados libres está a la orden del día. Fracásó el ALCA, que era un plan de acuerdo a nivel hemisférico, pero todavía sigue vigente el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México, Canadá y Estados Unidos. Este tipo de acuerdos amenaza seriamente a toda experiencia alternativa. Muchos de nuestros compañeros latinoamericanos conocen ésto en carne propia, sobre todo los mexicanos.

Hay un consenso generalizado de que si no exportamos, morimos. Esto es una mentira, porque todavía hoy se comercializa en fronteras internas más del 75% de la producción mundial. Es decir, que la comercialización a niveles globales es apenas del 25% de la producción de la economía mundial. Esto significa que tenemos el gran desafío de organizar este tipo de comercio en el nivel de las naciones.

La Comunidad Andina, el Mercosur, la Comunidad del Caribe, etc. son organizaciones latinoamericanas que han pasado por distintas etapas. Los tratados de libre comercio (TLC) han intentado desmovilizar estas formas de organizar los mercados locales para fortalecer las economías regionales. El comercio justo, del que nosotros participamos, y que además organizamos y fomentamos en la Argentina, también está vinculado a varias economías regionales.

En América Latina hay dos grandes organizaciones de comercio justo; una es la Red Latinoamericana de Comercio Comunitario (RELACC), la otra es la Mesa de Coordinación Latinoamericana de Comercio Justo. Estas dos organizaciones hacen mucho esfuerzo por instalar los principios que

dieron origen al comercio justo Norte–Sur en una relación Sur–Sur. O sea, quieren aprovechar la experiencia de los compañeros del norte que iniciaron esta experiencia de fortalecer a los menos favorecidos en el mercado, a través de ciertos principios de organización e implementarlos en nuestros territorios. Nuestra región y estas organizaciones –Mercosur, Comunidad Andina y del Caribe– ofrecen una oportunidad maravillosa por ser países limítrofes que comparten lenguas y culturas, lo que favorece y facilita la creación de áreas de intercambio. Esto permite aprovechar zonas fronterizas, donde las comunidades étnicas y las unidades ambientales son similares. Todo comercio justo nace con una perspectiva de solidaridad e intenta buscar complementariedades entre grupos y pueblos, más allá de la competencia. Los puentes y los caminos que comunican a estas comunidades homogéneas pueden ser dinamizadores de un intercambio comercial.

El comercio justo Norte–Sur nos ha enseñado mucho, pero creemos que por más que haya 10 mil tiendas de solidaridad en Europa, ellas no van a alcanzar para revertir la situación de dependencia y de pobreza sistémicas. Nuestras propuestas han sido pensadas para combatir la pobreza desde la pobreza y están pensadas para que funcione una economía de pobres con pobres. No se ha pensado en forma sistémica y éste es nuestro desafío: cómo se llega a sustituir una economía centrada en la acumulación y la maximización de la rentabilidad. Si bien es cierto que nuestras experiencias, por decirlo de algún modo general, son alternativas e intentan sustituir el modelo de acumulación que nosotros conocemos, tenemos que empezar a pensar la economía solidaria de manera sistémica, es decir, hay que pensar en la manera de revertir el modelo. Estas primeras experiencias exitosas son muy importantes, son portadoras de grandes valores, pero tendríamos que empezar a superar esos encuentros en los que nos felicitamos entre nosotros, para pensar cómo establecer nuestra presencia en niveles más amplios, a través de la incidencia política en los espacios del Mercosur, de la Comunidad Andina y también en nuestros espacios nacionales. Los espacios privilegiados a nivel nacional son los gobiernos locales. Esto nos vincula a una cuestión también política que tiene que ver fundamentalmente con la ciudadanía. Los TLC vienen para quedarse con los servicios públicos: el agua, la salud, la educación. Esos son los servicios de la ciudadanía. En ese punto es donde las experiencias autogestionarias, las experiencias de economía solidaria, tienen que empezar a preocuparse. Esos son los lugares que nosotros hemos descuidado por estar muy vinculados a la productividad, a la comercialización, al consumo. Porque todavía no discutimos con nuestros gobiernos nacionales la reasignación de recursos que fortalezcan

a los gobiernos locales con los que es posible establecer alianzas ya que todavía, por cuestiones de escala, algunas multinacionales no han llegado.

Desde el inicio de la experiencia de fortalecer la economía solidaria y el comercio justo, hemos recorrido muchas organizaciones. Existe una organización a nivel continental que se llama Red Intercontinental para la Economía Social y Solidaria (RIPESS) cuya última reunión fue en Dakar, con los pueblos africanos que se interesan en conocer nuestra experiencia en América Latina y en establecer intercambio con nosotros. Un ejemplo de fortalecimiento de la economía solidaria y del comercio justo es Alemania. Alemania es uno de los lugares más fuertes en esto, por eso quiero dar las gracias particularmente al Instituto Goethe por ofrecer este espacio.

En este sentido, tenemos tres desafíos. El primero es fortalecer las redes. Nadie en este espacio se puede salvar sólo; esta era una consigna de los setenta que hoy se hace más necesaria que nunca. Si no trabajamos en redes no hay forma de implementar un comercio justo. Todo el mundo reconoce la necesidad de las redes, pero es muy difícil armarlas, es muy difícil ponerse de acuerdo en las consignas que van a sostener esa red. Conocemos las consignas, pero hay que construir la red concreta, hay que empezar a armarla entre todos. Encuentros como éste deberían acompañarse con mesas de intercambio de conocimientos y de productos. Durante el último encuentro de Cochabamba, en Bolivia, se organizó una mesa de negocios. Este espacio no puede perderse la oportunidad de brindar mesas de negocios, cuando precisamente vienen compañeros de regiones diversas. Por ejemplo los compañeros que producen cacao buscan azúcar orgánica, porque necesitan producir chocolate para poder exportar o para poder hacer bombones, alfajores o lo que fuere en sus lugares de origen. Quiere decir que los encuentros de intercambio de experiencias no alcanzan; tenemos que incorporarles, como en las fiestas o como en las ferias, alegría, música, diversión e intercambio. Debemos intensificar e implementar las alianzas, éste sería el segundo desafío. Alianzas con el Norte, pero también entre Sur y Sur para poder discutir de otro modo las maneras en las que el comercio justo se ha venido organizando hasta ahora. Ustedes saben que el Norte tiene una tradición de 40 o 50 años en materia de organización del comercio justo y que cuenta con una entidad internacional, la *Fair Trade Label Organization* (FLO) que representa a las agrupaciones de comercio justo de cada país. Es decir, en esto no estamos solos. No es que tenemos que aprender todo. Ya hay caminos transitados en los cuales nos podemos inspirar.

El tercer desafío es el de desmonopolizar el conocimiento científico y técnico. Hay que producir con calidad. Recuerdo que cuando iniciábamos las experiencias de comercio justo, algunos decían “bueno, te lo compro, pero sólo por esta vez, para colaborar, pero no una segunda, porque es de mala calidad”. Si no lo decían, ponían cara de estar pensándolo. Hemos aprendido que el conocimiento y la tecnología resuelven problemas de logística, de finanzas. A propósito de las finanzas, es necesario articular alguna manera de generar un flujo de recursos hacia este sector, vinculado acaso con las redes de finanzas solidarias europeas o las redes de micro-créditos, que en este país están cada vez más a la orden del día. Los bancos han encontrado un gran filón para ganar adeptos en el sector no “bancarizado, a través del micro-crédito que les proporciona una alta tasa de retorno ya que del 98% al 99% de los pobres pagan sus deudas. El micro-crédito también se ha convertido en una puja, en una cuestión de tipo político, ideológico, conceptual, de principios. Nada de esto es sencillo, nada es fácil, hay muchos intereses locales que atentan contra el comercio justo.

Comercio Justo desde la Red Tacurú

Tamara Perelmuter

La Red de Economía Solidaria Tacurú surge de la iniciativa de un grupo de organizaciones (de trabajadores desocupados, trabajadores autogestionados, campesinos, estudiantes, consumidores, etc.) que en forma articulada buscan dar respuesta al problema de la comercialización de algunos productos, promoviendo a su vez la organización del consumo responsable. La Red trabaja en Buenos Aires y propone que entre vecinos, familiares, compañeros, amigos, etc. se conformen núcleos de consumo responsable para hacer compras colectivas a distintas organizaciones de productores/as.

Pertenezco a un colectivo que se llama La Mala Educación, un colectivo de estudiantes y graduados de la carrera de Ciencias Políticas de la Universidad de Buenos Aires. Nuestra experiencia es bastante similar a la de la Red de Comercio Justo de Córdoba. Desde hace poco tiempo y de manera incipiente estamos armando en Buenos Aires la Red de Economía Solidaria Tacurú. Participamos de la red como colectivo de estudiantes porque nos parece importante empezar a pensar estas cuestiones, pensar en otras formas de producción, de comercialización y también de consumo. Similar a lo que decían nuestras hermanas cordobesas, consideramos que, como consumidores, es muy importante educarnos en el respeto a las formas de producción campesina y a las formas alternativas de entender los mercados. No sólo hay que pensar que lo que consumimos son productos sanos, orgánicos, no transgénicos, vinculados a la tierra de otra manera, sino que, también, debemos tener en cuenta que detrás de esos productos hay otras formas de producción, de entender la naturaleza, la vida y las relaciones humanas. Por eso nos parece importante que desde acá, desde la ciudad, nos apropiemos de estas experiencias.

La red trabaja con los alimentos obtenidos a través de proyectos productivos de movimientos de trabajadores desocupados y de movimientos campesinos. En la ciudad nos organizamos en núcleos de consumo que autogestionamos. Nuestra red se llama Tacurú¹ y la idea es que justamente desde acá, desde la ciudad, podamos apropiarnos y autogestionar todos los núcleos de consumo que se puedan; quienes quieran sumar sus proyectos productivos también están invitados a ser parte de este proyecto.

¹ La dirección del sitio Web de la Red Tacurú es www.redtacuru.com.ar

Comentarios

Somos consumidores de valores de uso

Miguel Teubal

En este contexto es necesario remarcar que la mayor parte de nosotros está involucrada en el intercambio de valores de uso. O sea, una persona que recibe un salario, que es la retribución por un trabajo, por una fuerza de trabajo, utiliza ese salario para comprar los bienes que necesita. Quiere decir que estamos acostumbrados al intercambio de valores de uso. No creo que la existencia de empresas que se dedican exclusivamente a la producción de valores de uso sea cosa de otro mundo. Hay muchas empresas, cooperativas, asociaciones de distinto tipo, empresas familiares, incluso la panadería de la esquina, que intercambian, en lo esencial, valores de uso. La pregunta que uno puede hacer es si ésto también tiene que ver con las grandes empresas; si las grandes empresas con tecnología de punta pueden operar con criterios de valor de uso y no de valor de cambio. Algunas empresas estatales son empresas que generan un valor de cambio, no tienen por qué manejarse únicamente con criterios de uso. Ergo, no creo que el problema se circunscriba a las economías campesinas o a las economías de los pueblos originarios; ellos tienen la ventaja de haber trabajado siempre de esta manera. Ahora, sus experiencias salen a la luz, pero antes se las despreciaba, se partía de la base de que iban a desaparecer a medida que la sociedad se modernizaba y las sustituía; en este esquema todos íbamos a convertirnos en asalariados y en algún momento del futuro se iba a producir la transformación de la sociedad. Creo que existe el potencial para que ahora mismo, en cualquier momento, podamos transformar la sociedad.

El territorio como espacio de la vida: la experiencia mapuche

Chacho Liempe

En estas ocasiones en que tengo que contar nuestra experiencia siempre pienso qué difícil es ser claro y sintético. En relación a lo que le preguntaron al hermano Abel Palacios, es decir, a la situación que vivimos todos los

pueblos originarios, quiero comentar que nuestro reclamo es por el territorio. Entendemos por territorio el espacio de la vida. La tierra es sólo un lugar de la producción, el territorio es muchísimo más amplio. Aquí empiezan las grandes diferencias culturales e ideológicas. Diferencias que incluso se plantean con aquellos que entendemos que tienen que ser nuestros aliados, nuestros compañeros: los campesinos. Porque les cuesta mucho asimilar nuestra existencia; es cierto que la reconocen pero se van a ver obligados cada vez más, mientras tengamos vida nosotros, a aceptar que existimos.

Abel Palacios comentaba que se redujo a 800 hectáreas el territorio de los wichis. No entendí bien, aunque me doy cuenta de que hubo gente con buena intención que encontró esa solución para llegar a un acuerdo con el gobierno. No sé con quién negociaron, pero redujeron a un pueblo que durante cientos de años tenía el espacio libre para vivir, a un espacio de 800 hectáreas. Seguramente habrá gente que sostiene que ésta es una solución ecuánime, y en ese sentido disentimos hasta con los mismos campesinos, porque no entienden que nosotros tenemos una forma de vivir diferente y también el derecho natural de desarrollar la vida según nuestras costumbres. Por eso me da envidia y me da alegría que haya pueblos que todavía hoy puedan vivir como vivieron nuestros ancestros. . . aún así hay gente que dice: para qué quieren tierra si no la trabajan. . . Lo dicen los campesinos, que tienen que ser nuestros compañeros. Entonces digo, o decimos, por qué, por un lado, se nos exige tanto a nosotros, en el mínimo espacio que nos han dejado, cuando por otro lado se han apropiado de continentes enteros donde vivían nuestros pueblos. Y de qué les sirvió, de qué les sirve hoy si los han destruido. Estoy hablando de los que tienen que ser nuestros aliados, ni hablar del resto. Se nos aprieta a nosotros, a los pueblos originarios, en lugar de estar apoyando nuestra lucha, en vez salir a recuperar miles, millones de hectáreas donde debería desarrollarse la humanidad en su conjunto.

Capítulo 3.

División del trabajo, jerarquía y tecnología

Las grandes empresas y las corporaciones promueven determinadas pautas de organización y división del trabajo que no sólo inciden sobre su funcionamiento interno, sino que también generan valores y pautas de conducta sobre la sociedad en su conjunto. La sociedad, sobre todo en las culturas urbanas, suele ser muy permeable a las pautas jerárquicas, de modo que termina por aceptarlas como si fueran parte de su cultura. Esas pautas establecen órdenes jerárquicos y criterios de valor. Por ejemplo, se parte de la idea de que la producción agraria es mejor cuando es masiva. O bien que para poder ascender en la escala social los trabajadores, los jóvenes, deben especializarse en determinadas tecnologías como la informática, la administración de empresas, la ingeniería genética, etc. En este proceso se tiende a dejar de lado la importancia de otros conocimientos, tanto de saberes prácticos como de aquellos vinculados con la formación integral de la persona. Sobre todo en América Latina, la fe acrítica en la tecnología aplicada a la agricultura está arrasando con lenguas y culturas tradicionales que cumplían nada menos que la función de mantener la diversidad biológica.

La tecnología se ha convertido en un saber excluyente. Es tan vasta y generalizada su promesa de bienestar general, que los investigadores aceptan perder la visión de conjunto para no perder el tren de la moda. Debido a su extrema complejidad, la tecnología es cada vez menos accesible a la generalidad de los trabajadores.

En este capítulo, los autores revisarán el sentido de “panacea” que se atribuye a la tecnología genética cuando es aplicada en la medicina, el agro y la producción industrial. Se preguntarán sobre quiénes son los verdaderos beneficiarios de la aplicación de las pautas tecnológicas y si es posible que convivan sin conflicto paradigmas tan disímiles como la agricultura campesina y el mundo de los agronegocios.

La ciencia como fraude del progreso

Andrés Carrasco

Andrés Carrasco es médico, especialista en Embriología Molecular del Laboratorio de Embriología Molecular de la Facultad de Medicina, de la Universidad de Buenos Aires. Fue Presidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Se interesa en vincular la investigación científica con la enseñanza superior.

Es necesario que ofrezcamos a nuestros pueblos la posibilidad de que trabajen felices, con un grado suficiente de dignidad, para un progreso técnico y científico de la humanidad, si no tan grande como el que asegura el capitalismo, al menos que no implique el sacrificio de nadie. Pueblos felices, sin sacrificios y sin dolor. Esto es lo humano, es lo natural y además es también científico.

Juan Domingo Perón

Las reflexiones que siguen están directamente relacionadas con mi experiencia cotidiana en el laboratorio. Yo soy un hombre de las llamadas ciencias duras. Trabajo en biología molecular, más precisamente en embriología, en el área que se ocupa del desarrollo embrionario de los animales. No pretendo hacer un planteo anticientífico porque la ciencia, en sí misma, no tiene la culpa de la situación actual del quehacer científico. Como producto de una construcción social, la ciencia está inmersa en la complejidad de cada momento histórico que, a su vez, conlleva distintos paradigmas ideológicos. Esto último se relaciona con el hecho de que la ciencia se desarrolla siempre como una parte instrumental de los grupos hegemónicos de turno. Aquellos científicos que proclaman la neutralidad, autonomía o independencia del quehacer científico, por distintos intereses, no dicen la verdad o están equivocados.

La ciencia, tal como la conocemos y concebimos hoy, se organiza alrededor del desarrollo capitalista de los siglos XVII, XVIII y XIX. Este desarrollo está impregnado por el racionalismo cartesiano, que identifica las categorías de progreso y de bienestar general con la promesa de mayor bienestar y justicia para todos. El modelo que equipara el desarrollo científico con el factor progreso está en crisis¹. Cuando el desarrollo científico se convierte en instrumento de penetración y colonización, la civilización y la barbarie se dan al mismo tiempo; progreso y barbarie son dos caras de la misma moneda.

¹ Ver: Ronald Wright, *Breve historia del progreso. ¿Hemos aprendido al fin las lecciones del pasado?* Barcelona, 2006

Lo que en otro tiempo estaba en manos de los ejércitos o de opresivos sistemas económicos, hoy se manifiesta en la acumulación del conocimiento. De esta manera, el desarrollo tecnológico se ha convertido en uno de los instrumentos más sutiles de penetración tecno-capitalista. La ola alcanza a importantes universidades del mundo, que paulatinamente se convierten en dependencias atadas a los intereses de las grandes corporaciones, especialmente en los países de la llamada periferia.

En la actualidad se ha puesto en marcha un proceso planetario de privatización de la producción del conocimiento y, por lo tanto, un proceso de privatización de los medios de producción científica y tecnológica, en particular en disciplinas que están más de moda, como la biotecnología, el desarrollo de la informática y las comunicaciones.

En la Argentina, con la ilusión de una modernidad tardía, seguimos la corriente y, mediante un mecanismo de travestismo acrítico, aceptamos los paradigmas del Imperio. Nuestros laboratorios están dedicados a la investigación de temas “competitivos” que nos permiten subsistir como investigadores, es decir, somos impulsados a investigar en determinadas áreas porque esas son las áreas que habilitan el interés para acceder a los subsidios; de esta manera se accede a una legitimidad y un prestigio dictados por los países centrales. La alternativa es el ostracismo. Las hegemonías tecnológicas de los países centrales imponen los temas y las disciplinas a desarrollar.

Un ejemplo de la relación dialéctica entre la historia y las estructuras de dominio se remonta a mediados del siglo XIX. Darwin publica “El origen de las especies” en 1858. Pocos años más tarde, en 1883, en medio de una vertiginosa y contradictoria discusión acerca del concepto y alcance del darwinismo, un primo de Darwin, el aristócrata inglés Sir Francis Galton (1822–1911) creó el primer laboratorio de eugenesia en el Colegio Universitario de Londres. Sir Francis Galton, meteorólogo y geógrafo, se había inspirado en las ideas de H. Spencer (quien acuñó el término “supervivencia del más apto”) y en la filosofía positiva de August Comte quien elevó el progreso a la categoría de redentor de lo humano. Galton acuña el término “eugenesia” (que significa “bien nacido”) para denominar a una nueva ciencia que pretende crear una raza humana mejor a través de la selección del cruzamiento. La idea de eugenesia es funcional a la sociedad victoriana y termina por institucionalizarse. Años más tarde inspira la creación de las escuelas de higiene de la Alemania de la República de Weimar, antesala del nazismo.

De manera simultánea estas ideas prendían en los Estados Unidos. A principios del siglo XX se crea allí el primer laboratorio de eugenesia y

control de la calidad racial de la especie humana. En los Estados Unidos la eugenesia se desarrolla con rapidez, enfocada en la necesidad de eliminar aquellos contaminantes genéticos de la población americana aportados por inmigrantes y negros. Apunta a mantener la pureza de la dotación genética de la población usando la esterilización y la segregación².

En los Estados Unidos, la eugenesia floreció bajo el reinado Charles Davenport, eminente genetista que, en 1904, fundó el Laboratorio para la Evolución Experimental en Cold Spring Harbor con el soporte de la Fundación Carnegie de Washington. Al principio concentró sus esfuerzos en el análisis mendeliano de animales. Pero Davenport, que pertenecía desde 1903 a la American Breeding Association, pronto comenzó a interesarse por el estudio de la herencia humana y de la eugenesia como instrumento de control de calidad de la raza humana. Los miedos sociales alertaban sobre el impacto inmigratorio en el stock genético proveniente del norte europeo que, no casualmente, constituía la elite dominante de la costa este de los Estados Unidos, los herederos de las trece colonias originarias. Los científicos en Estados Unidos se abocaron a estudiar las enfermedades mentales y a la solución de las enfermedades sociales, como por ejemplo la pobreza. Para ello, Davenport y Harry H. Laughlin, su asistente, convencieron a Mary Harriman de la importancia de la eugenesia, quien a su vez logró que su madre, la viuda de Eduard Harriman y multimillonaria heredera de la empresa de ferrocarriles, aportara varios millones de dólares para fundar, en 1910, la Oficina de Registros Eugenésicos (Eugenics Record Office, ERO). Ambos, Davenport y Laughlin, fueron durante más de veinte años los responsables de fogonear en el Congreso y en la Suprema Corte de los Estados Unidos la legislación que llevó a 300.000 esterilizaciones y numerosas restricciones a la inmigración de italianos, de judíos y de otras nacionalidades consideradas racialmente inferiores. Recién en 1939, ante las cada vez más inocultables noticias del nazismo, el Instituto Carnegie retiró los fondos y el ERO debió cerrar. A partir de entonces toda la producción científica de esa Oficina fue paulatinamente desacreditada, a pesar de haber sido junto a otras instituciones y fundaciones, inspiradora de las sucesivas medidas tomadas por el régimen nazi.

Los trabajos desarrollados en ese laboratorio y el activismo político de sus científicos fueron parte de una visión de época, producto del marco ideológico imperante desde principios del siglo XX. Por más que después de la Segunda Guerra se hizo lo posible por ocultarla, Hitler mismo reconoció haberse inspirado en el Acta Regulatoria de la Inmigración de 1924 para

² Ver: N. Wright Gilliam, *A life of Sir Francis Galton*, Oxford University Press, 2001

promover las leyes nazis de purificación racial que legalizaron el genocidio alemán.³

Este es uno de los antecedentes más importantes de la investigación genética y biotecnológica de la actualidad. Es el antecedente que funda la clonación, los transgénicos y otros productos del saber biológico actual. Creer que estas estructuras culturales, que parten de asimetrías y de superioridad de una especie sobre otra, han sido erradicadas definitivamente de la ciencia, sería más que ingenuo.

La ciencia en la actualidad

Aun hoy la comunidad científica defiende el relato sobre la neutralidad de la ciencia, de una ciencia que se desarrolla de manera independiente y sin interferencias, de la ciencia que no está sometida a ninguno de los elementos que mueven a las sociedades en los distintos momentos históricos. Esta construcción, de indudable raigambre positivista que se da en un momento de incertidumbres e intentos de despolitización, se ha consolidado como nunca antes en la historia de la modernidad transformándose en un sutil y descarnado instrumento de poder. La injusticia imperante da cuenta del paulatino proceso de deshumanización del objetivo iluminista del quehacer científico.

El tecno-capitalismo de los países centrales le da prioridad al control del desarrollo disciplinario y la investigación científica de los países periféricos, pero ya no como complemento de un conocimiento accesorio y “distractivo”. Ahora requieren acciones y objetivos como parte de una estrategia de dominación que avanza sobre el pensamiento crítico y el debate intelectual. En los últimos años, la Universidad de Harvard ha hecho avances muy concretos sobre América Latina con la intención de controlar algunos aspectos del desarrollo científico tecnológico que a ellos les interesan. A fines de septiembre de 2006 lanzó el Programa PABSELA (Programa para el Mejoramiento de la Educación de las Ciencias Biomédicas en América Latina) con la participación activa de la Fundación Instituto Leloir. El lanzamiento se hizo en la Casa Rosada, con la presencia del Presidente. Es un acuerdo entre la Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (SeCyT) y la Harvard Medical International con el fin de realizar cursos intensivos teórico-prácticos, dirigidos a médicos e investigadores jóvenes latinoamericanos en el área de las Ciencias Biomédicas. Los cursos son dictados por investigadores de la comunidad médica de Harvard y están enfocados en

³ Ver: Stefan Kuhl, *The nazi connection*, Oxford University Press 1994

la utilización de la más novedosa tecnología para el tratamiento y la cura de enfermedades de “alta incidencia” regional. El uso de las universidades para la extensión hegemónica no es nuevo, pero ahora es una estrategia que apunta a dominar modelando las cosmovisiones de la periferia, que siempre tuvo conductas de resistencia a las que ahora se hace necesario prevenir.

El Programa PABSELA es parte de una estrategia que pretende desarrollar tecnología y entrenamiento para la biomedicina del futuro. Harvard tiene 18 hospitales, no en Alemania por supuesto, los tiene en Dubai, los tendrá en la Argentina, además de nueve mil médicos asociados. Cuando desde Harvard se difunde un discurso tecnológico que pretende ser “la medicina del futuro”, se está pensando en un modelo ajeno a nuestros intereses y necesidades, dirigido a pocos consumidores de alto poder adquisitivo, como por ejemplo sucede con las terapias celulares (con células madres) en un mundo donde el mercado queda reducido a quienes puedan comprar tiempo de vida y salud.

La Universidad de Harvard no es una organización de caridad. Está respaldada por el sistema “bostoniano” de producción biomédica, posee los laboratorios más avanzados en materia de investigaciones sobre ingeniería genética y se apoya en un conjunto de empresas de biotecnología que abarcan desde la biomedicina hasta la agricultura. En nuestro país se da la paradoja de que la Fundación Leloir (antes Campomar), al tiempo que rompe su vínculo con la Universidad de Buenos Aires, hace un convenio de intercambio académico con Harvard. Asume un criterio de extraterritorialidad y un tránsito hacia la privatización de un espacio que hasta ahora, por su historia institucional, fue público.

En la Argentina, las instituciones académicas han comenzado a transitar la deriva hacia su privatización; cediendo terreno a las decisiones del sector privado se alejan de su función social. Al ceder terreno, esos institutos ya no son controlados por la sociedad sino por intereses privados. Si hoy tenemos un desafío en la Argentina éste es el de hacer una profunda discusión acerca de cómo se produce conocimiento científico–tecnológico llevando el debate a la sociedad, para que la sociedad empiece a tomar decisiones acerca de cuáles son las vías de descolonización en este marco.

Veamos un ejemplo de la biotecnología aplicada a la medicina. El Mal de Chagas es una enfermedad endémica en gran parte de Latinoamérica. Se da en todo lugar donde existe el *triatoma infestans* (vinchuca). El Chagas se puede prevenir si se fumigan adecuadamente los lugares donde puede habitar el vector. Aun así, existen muchos grupos de investigadores en todo el mundo empeñados en inventar una vacuna o un remedio

para curar el Chagas. Este es un ejemplo cabal de hegemonía tecnológica: los científicos quieren extirpar la enfermedad en vez de estimular planes sanitarios. Con una aplicación sostenida de DDT, en diez años se podría eliminar el Chagas de nuestra zona. Más allá de sentir que participa de una modernidad técnica, el investigador que promueve la cura como eje de un problema sanitario está desafiando el paradigma central de la medicina que es la prevención. ¿Para qué desarrollar drogas si la enfermedad puede evitarse fumigando?⁴ ¿Por qué este cambio de paradigmas? Porque el invento de la vacuna significa enormes cantidades de ganancias.

Esta “medicalización” de la salud es consecuencia de un reduccionismo biologista y nunca es inocente. El 90% de los recursos se invierten en tecnologías complejas para enfermedades que afectan sólo al 10% de la población; mientras que el 10% del esfuerzo público y privado se dirige a enfermedades que afectan al 90% de la población mundial y esto sin considerar al hambre como flagelo sanitario.

Otro caso interesante es el que denunció días atrás la psicoanalista Silvia Bleichmar. Se trata del uso de un tranquilizante con el cual los laboratorios Novartis hicieron fortunas durante los años 2004 y 2005: el metilfenidato (MFD), cuya marca comercial es más conocida como Ritalina. Según un estudio realizado por la agencia norteamericana de control de medicamentos, en los Estados Unidos más del 9% de varones de 12 años y casi el 4% de las niñas están medicados con esta droga por haber sido diagnosticados con “trastorno de déficit de atención”. Desde la medicina, yo puedo afirmar que esa enfermedad no existe. Es un trastorno inventado por el laboratorio; es un invento del cual son partícipes padres, maestros y psicólogos. Ante la hiperactividad de un chico, mejor doparlo en vez de mandarlo al potrero a jugar a la pelota. Esto es muy grave. Se comprobó que esos chicos desarrollan adicción, psicosis y pueden tener efectos colaterales graves a mediano plazo. Quiere decir que las farmacéuticas, más allá de apropiarse de las plantas mediante el patentamiento, inventan síntomas para poder vender productos. Ellas determinan qué es sano y qué está enfermo.

Otra ciencia es posible

En su Tesis sobre la Filosofía de la Historia, Benjamin condenó la ideología del progreso en virtud de los componentes ideológicos que lo fundamentan: la ideología darwinista, el determinismo científico natural y el optimismo ingenuo. Es decir, condenó una idea de progreso que es continuo, infinito,

⁴ Ver: Marina Oybin, *El asesino silencioso*, Le Monde Diplomatique, Julio 2007

determinado, unidireccional, virtuoso y acumulativo orientado al dominio o apropiación de la naturaleza. En el capitalismo tardío esas premisas, de raigambre positivista, no han cambiado. Afirmamos que la ciencia de hoy ha tomado el camino del fraude por convertirse fundamentalmente en una mercancía al servicio del poder. La voluntad de “ser rentable” esconde que el conocimiento es, en realidad, conocimiento para el mercado. Por eso, también la apropiación de la naturaleza ha pasado a ser objetivo primordial de la hegemonía tecnológica; esa apropiación se da en cada uno de los lugares donde actualmente se realiza investigación científica ya que algo sustantivo se esconde en la tecnociencia y es la modalidad de lo imposible, pensarse así misma.

La pregunta clave sería si es posible hacer una ciencia distinta dentro del capitalismo. Hoy por hoy el sistema capitalista está afianzado como pauta cultural, social y económica; la adhesión a esta ciencia de bienestar y de progreso es un imperativo categórico, no se pone en duda. Lo único que queda es ser consciente de la situación y denunciarla, ponerla en evidencia.

Este progreso no es progreso porque, desde el punto de vista de la comunidad científica, es exclusión, fragmentación y fraude. Exclusión porque la tecnología no se comparte, así como no se socializa el conocimiento. Hay miles y miles de equipos trabajando en miles y miles de temas diferentes sin saber a ciencia cierta cuál es el rompecabezas en el que finalmente va a encajar la investigación que se está haciendo. Ese rompecabezas es manejado por los que tienen efectivamente la visión de conjunto, no por los científicos. En todo conocimiento científico–tecnológico hay un principio de incertidumbre. Uno sabe que una verdad tiene duración hasta que es refutada por otra verdad. Sin embargo, ahora la verdad no importa. Lo que importa es desarrollar un producto para colocarlo en una góndola del mercado. Si determinado producto de alguna corporación se vende para curar cierta enfermedad y después de un año de ocupar la góndola se comprueba que no es efectivo, a nadie se le mueve un pelo: siempre habrá otro producto que lo reemplace.

Cuando las corporaciones manejan el conocimiento y su desarrollo, lo que importa no es la verdad sino la eficiencia mercantil. Esta lógica y sus nuevos paradigmas son devastadores para el prestigio futuro de la ciencia. Sus promesas exageradas, a veces falsas, están asociadas a que haya más progreso des–regulado, más bienestar. Un ejemplo de esta ficción: en un artículo de una revista científica, un investigador de Francia reportó sus estudios sobre la resurrección biológica. Este científico, que sostiene haber matado a una bacteria para hacerla resucitar después, no es un delirante, es

un biólogo molecular, discípulo de un premio Nobel. Lo que nos está diciendo es que algún día podremos operar sobre la resurrección. No solamente vamos a ser inmortales, sino que además vamos a tener el poder de volver a la vida desde la muerte. Esta fantasía está operando como paradigma de nuestro colectivo social. En la Edad Media el rey debía tener un hijo varón para perpetuarse y así mantener el poder. Hoy el principio de la clonación o la biotecnología es la inmortalidad. Obviamente, esta tecnología no está diseñada para los pobres. La biotecnología de la agricultura o de la ganadería, o inclusive la biotecnología en la medicina, están diseñadas para los más poderosos, para que menos tengan más y menos puedan disfrutar más. Este nivel de investigaciones no puede socializarse por los inmensos costos que implican. En cambio el hambre y las enfermedades infecciosas siguen siendo de las plagas más grandes del mundo, pero esas enfermedades no se están curando porque no se estudian.

Existe entonces una operación cultural que nos determina a pensar que esto es el progreso. El centro del capitalismo es la economía, no el bienestar para todos. Mientras la economía entendida como acumulación de capital ocupe el centro de la escena, no puede haber mejoras para los seres humanos. Cuando se producen 35 millones de toneladas de soja sólo para darle de comer a los chanchos de Europa uno piensa que con toda esa soja se podrían alimentar 300 millones de personas. Matar de hambre a la gente no le produce satisfacción a nadie, tampoco a un capitalista, pero en esta carrera por el control, las muertes por inanición pasan a un segundo plano.

Cuarenta años atrás teníamos certezas. Sabíamos quién era el enemigo. Hoy el panorama es mucho más difuso porque hemos dejado de discutir a nivel cultural e ideológico. Anular el espacio público como eje del contrato social es anular la posibilidad de instaurar un discurso crítico. Es fundamental imaginar vías para aproximar estos temas a la sociedad. Es hora de que la ciencia deje de acentuar las diferencias entre ricos y pobres y vuelva a ser un instrumento de igualdad social. Las nuevas tecnologías no parecen tener este objetivo. Es hora de volver la mirada hacia la filosofía, hacia una formación profesional que incluya el debate del pensamiento crítico. Cuatro décadas atrás existía una conciencia generalizada acerca de esta temática. Hoy somos sobrevivientes de una guerra perdida. La única solución es apelar al debate político, ideológico y cultural en el seno de cada pueblo, de cada sociedad. Ojalá que un día, Latinoamérica entienda que lo que no hizo en el siglo XIX lo tiene que hacer en el siglo XXI; y ese es el desafío.

¿Venimos del pasado o del futuro?

Toti Flores

El Movimiento de Trabajadores Desocupados de La Matanza (MTD La Matanza) no recibe planes asistenciales. Financia sus proyectos con donaciones de embajadas extranjeras y fundaciones. Desde hace varios años cuenta con la ayuda de la organización no gubernamental Poder Ciudadano, que les abrió su agenda de contactos. Así nació una alianza entre el diseñador Churba y el MTD, que produce 2000 prendas por semana con el lema “Pongamos el trabajo de moda”.

El MTD La Matanza se inició en 1995 cuando los vecinos decidieron organizarse porque no podían asumir los pagos de la luz debido al alto índice de desocupación que había en la zona. Un año después iniciaron una cooperativa de servicios comunitarios llamada “Cooperativa Barrio La Juanita”. Hoy la cooperativa tiene una panadería, un taller textil, un taller de serigrafía, un jardín de infantes, un centro de ciudadanía y otros servicios comunitarios. Su desafío actual es ordenar la gestión socio-productiva con la estrategia de largo plazo y el sentido político y social de la organización.

En un mundo de identidades en permanente mutación, es bueno decir qué hacemos, quiénes somos, de dónde venimos. Hace algunos años nos presentábamos simplemente como trabajadores; esa era nuestra identidad y todo el mundo entendía qué hacíamos, qué esperábamos de la vida. Decir hoy “somos trabajadores” resulta mucho más difuso porque los hay de la industria, de la educación, de la tecnología y también trabajadores desocupados. Para agregar más confusión, a los trabajadores desocupados les dicen piqueteros, nueva categoría social inventada por la prensa y aceptada por todos. Decimos que estamos orgullosos de ser piqueteros, así fue nuestro comienzo.

Con el tiempo nuestra existencia se fue modificando. Planes económicos o desarrollos tecnológicos fueron la causa de que perdiéramos el trabajo; si se trata de buscar culpables, los hay para todos los gustos. Podemos decir entonces que el avance tecnológico que dejó en la calle a millones de personas es el mismo que nos unió para superar la barbarie. El tema central es encontrarle solución a los problemas y aceptar que hay un desarrollo instalado definitivamente y, por lo tanto, inmodificable. La cuestión es cómo se utiliza la tecnología y el saber.

Nuestra vida, primero como trabajadores, luego como desocupados o piqueteros, fue muy contradictoria. El hecho de pertenecer a una gran masa

de desocupados le facilitó al poder el control social de los trabajadores. Un factor esencial de ese control fue el manejo de la culpa. En los desocupados, la culpa hace que uno pierda la identidad y, con ello, se pierde la autoestima, la familia, los amigos, todo. Sólo la culpa puede explicar la pasividad de los trabajadores durante los primeros años de las privatizaciones.

Nosotros logramos pasar de la culpa de los desocupados a la autogestión. Pudimos descubrir las consecuencias de la culpa a partir de la visita de estudiantes a nuestras asambleas. Así fue que iniciamos un camino de búsqueda. Entendimos que la responsabilidad de estar sin trabajo no era nuestra, nosotros teníamos nuestra fuerza de trabajo totalmente intacta. Eran otros los que no la usaban. Se dice que llegó la era del fin del trabajo a causa del desarrollo tecnológico; no es necesario ser demasiado inteligente para observar que, por ejemplo en un barrio como el nuestro, La Matanza, lo que sobra es la posibilidad de generar trabajo. Faltan cloacas, falta gas, falta asfalto, las casas no están terminadas. Trabajo hay, lo que no hay es empleo. Nuestros empleadores decidieron cortar el chorro, se llevaron la *guita* que se depositaba en otros lugares y generaron esta posibilidad de que la sociedad empezara a vivir esta situación de barbarie.

El trabajo tecnológico, el trabajo de la creatividad, de la investigación, también es trabajo, es fuerza transformadora. Para nosotros, el trabajo es una fuerza transformadora y no se trata solamente del trabajo manual, sino también del conocimiento. El conocimiento es una gran fuerza transformadora. A nosotros nos costó entender que, en realidad, todo se va reconvirtiendo. En los comienzos del capitalismo comenzó a desarrollarse el sueño de la abundancia. Para volverlo realidad, se desarrollaron las fuerzas productivas. Hoy nadie puede decir que las fuerzas productivas no estén desarrolladas para satisfacer las necesidades de alimento de la población mundial. Hay más producción de la necesaria. El tema es que esa producción no está en manos de todos.

El socialismo real que se dio en algunos países tampoco resolvió el asunto porque cayó en la trampa del desarrollo y la competencia de la economía capitalista. El socialismo falló porque no pudo desarrollar el tema de la subjetividad, de la construcción de sujetos; no tuvo en cuenta el tema del desarrollo autónomo de las personas como factor esencial para la creación innovadora. Desde un punto de vista objetivo, hoy se podría decir que en cuanto a las relaciones de producción, en el campo se produjo una verdadera revolución. El campesino no trabaja la tierra con el arado; la biotecnología suplantó el arado con maquinarias que incrementaron geométricamente la productividad.

Ahora vemos los campos plagados de soja. ¿Eso es beneficioso para la humanidad? No tengo la respuesta a esta pregunta porque observo que en muchos sectores del campo, la gente que vivía mal ahora vive mejor. Yo nací y crecí en un pueblito de la provincia de Entre Ríos, San José de Feliciano. Después de la debacle me invitaban a hablar sobre nuestra experiencia, en pueblos cercanos a San José; estuve por ejemplo en Concordia, un pueblo pujante durante la época en la que vine a Buenos Aires; hoy Concordia está destruida. No me animaba a ir a San José de Feliciano, me decía que el pueblo habría desaparecido, también mi familia, mis amigos. Hace dos años atrás un amigo insistió en que fuera. Me hizo una invitación que no pude rechazar: cumplía cien años el club en el que yo jugaba al fútbol. Finalmente fui. Me encontré con el mismo pueblo pequeño, ahora muy pujante, limpio. La causa del cambio era un intendente que se dedicó a desarrollar emprendimientos, hasta un emprendimiento de informática con nueve computadoras conectadas a Internet, no lo podía creer.

¿Cuál es la diferencia entre Concordia y San José de Feliciano? La reconversión. Mi pueblo ya no era sólo ganadero, sino que había incursionado con mucho éxito en la producción agrícola, fundamentalmente soja. Y la verdad es que es muy difícil conversar ideológicamente con esta realidad. Yo les explicaba los problemas de la soja transgénica y ellos me decían: existimos gracias a la soja. ¿Cómo se comunican los problemas de la soja transgénica? ¿Es mala de verdad?

En un determinado momento nuestro movimiento decidió poner en marcha los proyectos de autogestión rechazando cualquier ayuda asistencial del estado. El emprendimiento que más satisfacción nos dio fue el de la panadería; demostramos que podíamos trabajar aún sin máquinas. El avance tecnológico no nos competía: hacíamos pan en un fuentón, lo vendíamos y sobrevivíamos. No sabíamos nada, pero tuvimos capacitados. Con el pan pudimos aprender que con diez kilos de harina salían catorce kilos de pan. Era maravilloso. La multiplicación de los panes es posible, decíamos nosotros.

Más adelante entendimos la importancia del poder simbólico. Es difícil creer que una sociedad soporte el despojo que generaron las políticas neoliberales si no está adormecida o anestesiada. Descubrimos la causa en el poder simbólico de la televisión y de los medios en general. De modo que decidimos crear un programa de radio que funcionó durante tres años en una FM de Laferrere. Después creamos una editorial donde editamos nuestros libros.

Con la creación del taller de costura comenzó nuestra verdadera recuperación a nivel de la producción industrial. Nos decían que estábamos locos: un taller de costura cuando la confección extranjera, mucho más barata, había invadido el mercado. Nos asociamos con el diseñador Martín Churba y desde La Juanita, un barrio humilde de La Matanza, nuestros productos fueron exhibidos en la feria Buenos Aires Fashion 2004. Martín Churba, hombre generoso y empresario exitoso, se considera un marginal. “Por más que tengamos éxito –dice Martín Churba– en la Argentina todos somos marginales”. Tiene razón, en el mundo otra es la historia. La Argentina es marginal.

Churba nos propuso un programa que se llamó “Pongamos el trabajo de moda”: en la era del fin del trabajo, nuestro taller confeccionaba ropa para el trabajo. Martín diseñó un guardapolvo sensacional que se exhibió en Fashion 2004. A las cinco mujeres que integraban el taller ya nadie iba a convencerlas de que se sintieran culpables por haber perdido el trabajo. Aquellos guardapolvos fueron exportados al Japón en muy pequeña y modesta escala. En una oportunidad, yo elogiaba entusiasmado los beneficios de la economía solidaria que nos permitía exportar guardapolvos hechos en nuestro taller de costura cuando una persona, escéptica de la vida, me preguntó cuántos guardapolvos exportábamos. “Unos doscientos cada dos meses”, le contesté. Churba nos pagaba muy bien porque los guardapolvos tenían un alto valor agregado. “Eso no es exportar”, me contestó el escéptico, “exportar es cuando uno llena *containers* que salen del país con la producción”.

Tenía razón el hombre. Continuamos con el taller de costura con la ayuda de un programa de la Red de Comercio Justo de Italia. Eso nos permitió exportar remeras a Italia. Acabamos de cerrar un convenio con una cadena de producción que comienza con una cooperativa de hermanos tobas en el Chaco, sigue con una fábrica recuperada en Pigüé (que hace la trama), continúa con nosotros que nos encargamos de la confección y termina con la Red de Comercio Justo que lo exporta. Nos comprometimos a exportar cien mil remeras por año. Cien mil remeras, “¿Cuánto es eso?”, pregunté yo, queriendo saber si podíamos almacenar semejante producción en nuestro pequeño taller, una vieja escuela abandonada. “Tres *containers*”, me contestaron. Y yo digo “ah, entonces sí, ahora estamos incidiendo en la realidad”.

Dos palabras finales acerca del desarrollo de estos emprendimientos. La manera de encarar el presente está relacionada con la manera en que nos planteamos nuestra proveniencia. Hay dos formas de hacerlo: remendar lo

que sucedió en el pasado o creer en la utopía. Es decir: ¿venimos del pasado o del futuro?

Ésta es la discusión. Nosotros sostenemos que venimos del porvenir y creemos que el desarrollo de la humanidad está de nuestro lado. Los procesos objetivos no nos determinan porque nuestra prioridad está en las relaciones. Nosotros empezamos a andar un camino de transitar los prejuicios que teníamos, y empezamos a asociarnos con empresarios exitosos. Y muchos amigos nos decían “¡estos los van a cagar!”. Y con Churba también. Churba nos pagaba diez veces más el guardapolvo y nosotros teníamos dudas todavía, “¿por dónde nos está jodiendo?”, porque el prejuicio es muy difícil de sacar. Ahora, cuando más nos asociamos y no quedamos presos de un solo sector del poder, más autónomos somos. Entonces la cuestión asociativa nos parece que es fundamental para desarrollar propuestas.

Agronegocios y campesinado: dos sistemas en conflicto

Bernardo Mançano Fernandes

Bernardo Mançano Fernandes es geógrafo, director del Departamento de Geografía de la Universidad Estadual de Sao Paulo, sección Presidente Prudente y asesor del Movimiento sin Tierra (MST). Es autor de numerosas obras sobre el movimiento más importante de América Latina.

A inicios del siglo XXI la vida campesina y el capitalismo agrario constituyen dos sistemas antitéticos. Cada uno genera su propio espacio político, sus relaciones, su concepción del trabajo y de la utilización de tecnologías y su desarrollo territorial. Ambos constituyen sistemas que se manejan con paradigmas antitéticos. Hablamos de dos totalidades. Sin embargo, el paradigma del capitalismo agrario parte de la base de que existe una sola totalidad que es la de los agronegocios, ubicando al mundo campesino como parte de ella.

El agronegocio está compuesto por un conjunto de sistemas: el sistema agrícola, el sistema industrial, el sistema financiero, el sistema mercantil y el sistema tecnológico. Cargill es un ejemplo de este conjunto de sistemas que ejercen un control monopólico. Cargill, Monsanto y Bunge hoy controlan la producción de soja del mundo, como la Citrosuco y Tropicana controlan la de naranja. Existe entonces un conjunto de cuatro o cinco multinacionales que controlan toda la producción del mundo e intentan convencer a los campesinos de que son partes subalternas de este sistema. Lo que quiero indicar aquí es que la vida campesina no es subalterna más que a sí misma, en función de que ella también es un sistema autónomo. Se trata de un sistema cuyas partes integrantes no están quizá tan desarrolladas como las del agronegocio; la vida campesina sostiene el sistema agrícola pero no desarrolla, por ejemplo, el sistema tecnológico. Otro ejemplo es el de una industria familiar de baja tecnología que no domina políticas financieras porque el mercado es controlado por el capitalismo agrario. Quiere decir que la agricultura campesina conlleva un “inacabamiento”.

Agricultura campesina y agronegocio como sistemas diferentes

El territorio del agronegocio es lo que en el Brasil llamamos “desierto verde” o campo sin gente. Está concebido sólo para la producción, nadie puede vivir allí; de modo que se generan emigraciones, expropiaciones y concentración de la tierra, la riqueza y el poder. Estas son algunas de las características inherentes al agronegocio. Otras se relacionan con la producción a gran escala para la exportación, el trabajo asalariado, el alto grado de utilización de tecnologías, la mecanización intensiva, la transgenia, el uso de agrotóxicos, el alto grado de destrucción del medio ambiente, el control total del mercado, la intervención en las políticas agrícolas y la utilización de *lobbies* y fusiones para dominar todo el proceso. Además, el mundo del agronegocio posee complejas redes de investigación en conexión con muchas universidades de la Argentina, Brasil, Estados Unidos, Francia y otros países.

Por otro lado, el campesinado entiende al territorio como lugar de vida y de producción. Las comunidades campesinas viven, trabajan y producen en el territorio; esta distinción con aquella percepción que se tiene desde el agronegocio es muy importante. Las características propias de la agricultura campesina son: la distribución de la tierra (a contrario de la concentración de la tierra), la producción de alimentos de calidad sin uso de agrotóxicos, el auto-abastecimiento, el desarrollo local, regional y nacional (opuesto a la agroexportación). En este territorio la producción es a pequeña escala, con trabajo familiar. El uso de tecnología es bajo. Por otra parte, la agricultura campesina tiene escasa producción tecnológica. En nuestra universidad, por ejemplo, no hay investigaciones que sirvan para desarrollar la agricultura campesina. Cuando las hay, se trata de investigaciones muy localizadas, sin la amplitud que tienen aquellas que son hechas en función del agronegocio. La vida campesina no incide en el control de los programas agrícolas estatales porque carecen de organizaciones que puedan tener influencia sobre las decisiones políticas. Sus decisiones mercantiles son extremadamente dependientes ya que en general se comercia sólo con las comunidades vecinas o las municipalidades. La agricultura carece de redes de investigación y de *lobbies*.

En este contexto podemos comprender los factores de desarrollo y de conflicto como dos procesos que interactúan y se enfrentan todo el tiempo. La lucha por los territorios materiales (la tierra) e inmateriales junto con la producción de conocimiento y de tecnología campesina, son algunas formas de enfrentamiento que la Vía Campesina ha propuesto para poder combatir al agronegocio. Conflicto y desarrollo son dos elementos inseparables. La

agricultura industrial sostiene que los conflictos frenan el desarrollo, pero esto no es así; no hay desarrollo sin conflictos y, en este caso particular, se trata de una disputa desigual en el que la agricultura campesina ha tenido que ceder posiciones. En el año 1940, los agronegocios controlaban el 50% de los territorios agrícolas de Brasil y en 1980, el 75%. En el 2000, el porcentaje de territorios bajo su control descendió al 70%, lo que representa el fruto de las luchas campesinas que lograron minimizar la tendencia mayoritaria hacia el agronegocio.

En Brasil, las empresas que controlan el “desierto verde” tienen el apoyo total del gobierno para instalar fábricas y ampliar las plantaciones forestales. En los últimos tres años, sólo la Aracruz Celulose –que tiene cerca de 250 mil hectáreas plantadas con eucalipto– recibió casi 2 billones de reales del gobierno. El 8 de marzo de 2006 dos mil mujeres de Vía Campesina realizaron en Barra do Ribeiro, Río Grande do Sul, una acción simbólica en el marco del Día Internacional de la Mujer. En pocos minutos destruyeron una parte de la plantación de eucaliptos de la papelera transnacional Aracruz, que cuenta con una fuerte participación de capitales noruegos. Este es un ejemplo de reacción de los campesinos cuando el agronegocio se territorializa rápidamente. Pero no se trata solamente de ocupar tierras, o incluso de ocupar tierras improductivas como tradicionalmente se hizo en Brasil, porque a este ritmo, dentro de poco no van a quedar áreas exentas de producción. Se trata de determinar desde lo legal y lo jurídico cuál va a ser el territorio campesino.

La escala del territorio campesino garantiza la identidad territorial a partir de la producción familiar pero al mismo tiempo representa una forma de subordinación al agronegocio –que puede dominar el espacio, dominar el tiempo y trabajar a gran escala con el uso del trabajo asalariado. La explosión de la territorialización del agronegocio genera un nivel de conflictos permanente. La creación de los llamados *fair trades*, mercados justos, de economía solidaria, son experiencias de construcción contra-territoriales al capital. Tanto en la ciudad como en el campo, si las organizaciones que luchan contra el capital no construyen mercados alternativos a los capitalistas, no vamos a conseguir desarrollar una fuerza capaz de enfrentar al capital de una forma más dura.

No existen ni en Latinoamérica ni en África, experiencias exitosas de creación de universidades o institutos de investigación campesino donde podamos desarrollar la biodiversidad y la agroecología para distinguirnos del agronegocio. Gran parte de los campesinos tienen que producir con los conocimientos y de la tecnología del agronegocio. La creación de redes de

investigación y de universidades campesinas permitiría construir espacios de cambio, de ideología, métodos y teorías para el desarrollo territorial. Desarrollar políticas internacionales entre las organizaciones campesinas es una forma de cambiar esta realidad y permitir que los campesinos se ubiquen como sujetos históricos para avanzar más de lo que se hizo en el siglo XX. La educación es un gran factor de poder. En Brasil la ideología del agronegocio se ha introducido hasta en las escuelas, de manera que nosotros estamos luchando para que también haya una materia campesina, donde se enseñe que la agricultura tradicional es la del futuro precisamente porque tiene diez mil años de existencia y propone una organización del mundo a escala humana.

Desarrollo campesino y contrato social

Carlos Vacaflares

Carlos Vaca Flores es ingeniero agrónomo e investigador de la Comunidad de Estudios JAINA (en Tarija, Bolivia). También integra del Grupo de Trabajo de Desarrollo Rural del Consejo latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

La división del trabajo, la jerarquía y la tecnología de punta aplicadas a la agricultura es un tema de relevante actualidad para describir la situación actual en Bolivia. El gobierno de Evo Morales representa directamente a los movimientos sociales y tiene el desafío de implementar una revolución, una refundación del Estado que implica superar el Estado colonial. Esto último significa optar por políticas contrarias a la acumulación del capital, contrarias al abuso de tecnología de punta para sobreexplotar la tierra. Hasta ahora el Estado nunca reconoció que en Bolivia existen diversas formas de vida, diversas culturas, diversos territorios y diversas maneras de organizar la producción y que estas diversidades deben ingresar hoy en su área.

Soy ingeniero agrónomo y me toca asesorar a una organización campesina de Tarija. Esta organización está luchando desde hace tiempo por lograr ciudadanía. En este sentido, el trabajo fue el instrumento por el que los grupos sociales fueron incorporándose al contrato social de la modernidad. En estos países de origen colonial, como Bolivia, donde persisten estamentos sociales de pueblos indígenas, el trabajo campesino, el trabajo obrero, el trabajo de los excluidos del sistema, había sido hasta ahora ignorado por el Estado sólo formalmente se los reconocía como parte del contrato social. Después de la revolución de 1952, las mujeres y los campesinos accedieron al derecho a ser educados, pudieron ser propietarios de la tierra y pudieron votar. Sin embargo, cincuenta años después, el pueblo se rebeló porque sus condiciones de vida siguen siendo las mismas; la pobreza en los sectores rurales y campesinos de Bolivia es igual –o peor– que antes. No se trata entonces solamente del reconocimiento formal, sino de trabajar en serio por la refundación del Estado.

Para ilustrar lo que entiendo como refundación del Estado voy a narrar una experiencia concreta que ejemplifica lo que está sucediendo ahora mismo. El gobierno del MAS plantea el acceso a un modelo de estado social

comunitario; sin embargo, en el contexto del desarrollo rural sigue adherido a modelos de desarrollo basados en recetas liberales. Un ejemplo de ello la dan las asociaciones de productores. Se dice que estas asociaciones son las formas en las que los campesinos se reúnen para generar su propia economía. Pero en Tarija se ha dado un proceso que terminó por cuestionar el modelo de asociación de productores cuando no está subordinado a la estructura comunal.

Ustedes saben que en Bolivia se descubrieron grandes yacimientos de gas más o menos a finales de los años noventa. Como Bolivia sufría de una grave crisis del modelo económico, del sistema de representación política, el gas generó grandes movilizaciones sociales en función de la esperanza de un desarrollo contundente. Más aún en Tarija, ya que los yacimientos se encuentran precisamente en este departamento. Los movimientos (entre ellos también los campesinos) comenzaron a trabajar sobre diferentes modelos de desarrollo.

La Prefectura del Departamento de Tarija (el gobierno de la provincia) pasó de manejar entre 8 y 10 millones de dólares al año como presupuesto de inversión pública, a tener entre 200 y 300 millones de dólares por año. Para un departamento como Tarija, que cuenta con medio millón de habitantes, ésta es una cifra muy importante. Los campesinos se movilizaron de inmediato y comenzaron a recopilar sus demandas para articular una estrategia de desarrollo rural. En las discusiones se fue configurando una pregunta clave: ¿cuál fue la causa por la que los proyectos anteriores no funcionaron? Resulta que esos planes no servían porque sobrepasaban la organización comunal; ellos fueron generados por ONGs integradas por asociaciones de productores que ignoraban la organización comunal. Estas organizaciones de productores se vinculaban sólo a los pobres viables, no a los excluidos. Lo interesante es que en el caso de Tarija los campesinos muy pobres constituyen más de la mitad de la población del área rural. Era obvio que los campesinos pretendieran crear una propuesta de desarrollo para todos los pobladores del campo.

En función de esto último, se debería trabajar con un modelo tecnológico que no fuera abstracto, es decir, que partiera de la necesidad de la comunidad campesina. Junto a la nueva propuesta también se hizo la crítica a los enfoques, estrategias y proyectos anteriores que proponían el uso de una tecnología que los campesinos no aplicaban. Esa tecnología buscaba que los campesinos se convirtieran en productores agrarios capitalistas orientados hacia la exportación. Ahora los campesinos dicen no, “no podemos ni queremos porque tenemos otra forma de organizar nuestra producción; nuestro

objetivo no es solamente la eficiencia económica para competir en los mercados, nosotros producimos para vivir en el campo, para seguir viviendo en la comunidad”.

El campesino afirma que quiere vivir en el campo, con su familia, sus muertos, sus fiestas y sus tradiciones. En este sentido el campo es un espacio de vida, no de producción. Es un espacio propio, inmediato, que no tiene que ver con el mercado ni con hipotéticos centros de consumo que están en otra parte. A partir de todas estas reflexiones se genera una propuesta intuitiva de desarrollo que es anterior a la llegada del MAS al poder. Cuando Evo Morales es electo presidente se articula, entonces, una estrategia para convencer al gobierno de elaborar políticas de desarrollo rural acordes con la propuesta.

Cuando tomamos conciencia de los planes de desarrollo rural del gobierno de Evo Morales, comprobamos que se incurría otra vez en el modelo de las cadenas productivas, de las asociaciones de productores. El grupo de tecnócratas que se formó en torno a los ministerios de agricultura y desarrollo rural, siguió cayendo en estas sutilezas ideológicas que parten de la base de que hay una sola forma de encarar el desarrollo. De manera que es perentorio hacer que los estamentos del poder y la población en general entiendan que la producción rural a escala industrial no es el único modelo. Los campesinos deben acceder al reconocimiento de su legitimidad como actores económicos y culturales. Deben formar parte efectiva de ese nuevo contrato social que se está diseñando. Solamente podrán ser reconocidos cuando de una vez por todas se acepte su naturaleza económica diferenciada.

En eso estamos en Bolivia, en Tarija. Se trata de una contienda ideológica: trabajar por la superación del Estado colonial implica trabajar por el real acceso a la ciudadanía de estos grupos sociales. Hay que terminar con ese prejuicio de considerarlos actores premodernos porque eso implica que son malos y que entonces los grupos sociales más modernos, son mejores. Esto es fácil de decir, pero muy difícil de trabajar, porque la clase dominante maneja los medios de comunicación, esos medios que hacen lo imposible para que la oligarquía no renuncie a ninguno de sus derechos y beneficios.

Durante los últimos meses se generó una confrontación violenta. Es necesario que los dos sistemas, el agroindustrial y el campesino tradicional, aprendan a convivir de manera pacífica y solidaria. En Bolivia, la organización campesina no niega la validez de los modelos de desarrollo basados en el capitalismo; tampoco plantea que este sistema desaparezca. Nadie está

reclamando el retorno a una sociedad campesina pura, o indígena exclusivamente. Lo que se plantea es la refundación de un país donde estos grupos sociales excluidos accedan a la ciudadanía a través del reconocimiento de sus formas económicas y culturales.

Sin embargo, para los grupos oligárquicos que tienden a manejar las economías capitalistas del agronegocio, la existencia de las economías campesinas es un peligro porque pone en evidencia el mero afán mercantil del agronegocio. Las economías campesinas tienden a organizarse en torno a comunidades concebidas como espacios de recreación de las relaciones sociales donde se genera un poder que, ejercido o no, es un importantísimo foco de resistencia. Por eso se tiende a que las comunidades campesinas dejen de existir y es también por eso que los campesinos desconfían profundamente de los modelos de asociaciones de productores. La asociación de productores reduce la interacción social de sus miembros integrantes porque le da prioridad a la eficiencia sin que importen los factores territoriales como la cultura, la fiesta, los hábitos, la necesidad de estar cerca de los muertos, la Pachamama, es decir la vida en su conjunto.

La cuestión clave para la superación del Estado colonial es ¿cómo se hace posible la convivencia de los dos sistemas?, ¿cómo gestionar la relación conflictiva entre ambos? Porque también las lógicas capitalistas deben tener algún tipo de funcionalidad y de sentido en la vida, no se trata de negar completamente todo; pero lo que se está reclamando es el reconocimiento de los derechos de la economía campesina, de la economía indígena. En este momento histórico de Bolivia estamos viendo cómo se resuelve este dilema desde la práctica política.

Agricultura, biodiversidad y conocimiento

Carlos Vicente

Carlos Vicente es farmacéutico y especialista en plantas medicinales. GRAIN es una organización no gubernamental (ONG) que promueve el manejo y uso sustentable de la biodiversidad agrícola basado en el control de la gente sobre los recursos genéticos y el conocimiento tradicional¹.

En su diálogo con la naturaleza, la agricultura tradicional ha generado una enorme cantidad de conocimiento sobre nuestra biodiversidad. Adaptando semillas y creando nuevas, agricultoras y agricultores de todo el planeta han generando un vasto conocimiento a través de la práctica agrícola. El ejemplo más cabal es el del maíz que proviene de una semilla creada por indígenas mesoamericanos. El maíz como tal no existe en la naturaleza; en ninguna parte del mundo existe el maíz silvestre. Esta creación campesina es uno de los principales alimentos de buena parte del planeta. Todas las semillas agrícolas creadas por campesinos y campesinas son la base de lo que hoy utiliza la industria semillera del mundo para generar sus semillas llamadas híbridas, que son aquellas mejoradas por transgénicos.

Ninguna semilla mejorada o transgénico es creación de una corporación, de un ingeniero agrónomo o de un fitomejorador. Todas las semillas que hoy se utilizan y de las que depende la subsistencia de nosotros sobre la tierra han sido una creación campesina. Durante 10 mil años de experiencia se han ido domesticando los cultivos y creando biodiversidad; la subsistencia del planeta depende de esto, no de las corporaciones, ni de las semillas mejoradas o los transgénicos.

Tomemos el caso de las plantas medicinales. La Organización Mundial de la Salud estima que existen entre 25 y 50 mil plantas diferentes, que fueron investigadas por agricultores, agricultoras, indígenas y campesinos de todo el mundo para desarrollar y mejorar el cuidado de la salud. La misma Organización Mundial de la Salud estima que apenas conocemos el 10% de esas plantas. A medida que avanza el nuevo modelo agroindustrial se va poniendo en jaque al restante 90%. Al desplazar a los campesinos a las ciudades, los agronegocios exterminan culturas y conocimientos que ya no se pueden recuperar.

¹ La dirección del sitio Web de GRAIN es www.grain.org.

Estudios realizados por la Organización Sanitaria Panamericana determinaron que de los 119 medicamentos que la OMS tiene en su lista de básicos, el 75% son producto de conocimientos tradicionales. Ese 75% es hoy la base de toda la farmacología moderna, que viene a confirmar el uso que las comunidades les dieron durante miles de años. Ese tesoro se está perdiendo por la sobreexplotación de la tierra ejercida por la agricultura industrial.

Un informe sobre recursos fitogenéticos de la FAO publicado en 1996 asume que la principal causa contemporánea de la pérdida de diversidad genética fue la expansión de la agricultura comercial moderna. No obstante, el director de la FAO dijo hace pocas semanas que hace falta una nueva “revolución verde” para alimentar a los pobres del mundo. La FAO publica un documento donde describe la causa de un problema y, para resolver ese problema, insiste en seguir aplicando la misma causa. En ese mismo informe de 1996 se prueba que sólo en el siglo veinte se perdió el 50% de la diversidad agrícola del planeta. O sea que en cien años se perdió la mitad de esas semillas que durante diez mil años los agricultores investigaron, crearon, difundieron, multiplicaron y compartieron.

El planeta cuenta con una producción agrícola capaz de alimentar a 8 mil millones de personas. Los problemas obviamente son otros, y está claro que no son precisamente los campesinos quienes quieren la revolución verde sino las grandes corporaciones. Porque el desplazamiento de campesinos y de semillas agrícolas está destruyendo la generación de un conocimiento imprescindible para el equilibrio del planeta. Con ello se pierden culturas y también lenguas; se dice que con el traslado de los campesinos hacia las ciudades se pierden once lenguas por año. En un momento en el que las corporaciones y el pensamiento del primer mundo se regodean con la sociedad del conocimiento, se pierden conocimientos ancestrales, se extingue la biodiversidad, se eliminan culturas y lenguajes.

Semilla suicida: a fines de la década del noventa el Departamento de Agricultura del gobierno de Estados Unidos y la compañía de semillas Delta & Pine Land desarrollaron una tecnología para impedir que los agricultores conserven y vuelvan a usar los granos cosechados, forzándolos a comprar nuevas semillas cada ciclo. Monsanto, la mayor empresa comercializadora de granos del mundo, quiso sacar a la venta ese tipo de semillas. Ante las protestas mundiales se comprometió a no comercializarla. En 2006, Monsanto volvió a la carga: anunció que mantendrá la “semilla terminator” fuera de los cultivos alimenticios, pero la aplicará en algodón, tabaco, cultivos farmacéuticos y pastos con genes de esterilidad. La clave de la semilla que se suicida es el así llamado “sistema de protección de tecnologías”. Se trata de una toxina que mata al

embrión en un momento predeterminado de su desarrollo, impidiendo la germinación de la semilla.

La soja es en la Argentina un poderosísimo factor de desplazamiento de campesinos hacia las ciudades. Empobrecidos, fuera de su hábitat natural, son alimentados por la soja donada por las magnánimas empresas que los desplazaron. Los transgénicos, los organismos genéticamente modificados, producidos a través de la ingeniería genética, son la mayor expresión de la búsqueda de control absoluto de las corporaciones sobre la vida. Porque, a decir verdad, los transgénicos no cumplen con ningún objetivo en la alimentación ni en la agricultura. No son necesarios para alimentar mejor a la gente, ni para mejorar la calidad de los alimentos. Los transgénicos sirven solamente para controlar la agricultura. Hoy por hoy nuestro país es presa de Monsanto. Entre 2003 y 2006 Monsanto inundó el cono sur con soja transgénica, dejó que esa soja circulara en Brasil, Paraguay y el sur de Bolivia sin interesarse por la recaudación de los *royalties*. Una vez que la soja invadió todos estos territorios, Monsanto dijo “señores, yo quiero cobrar”. Ése es el objetivo que tienen los transgénicos: están diseñados para el control de la vida. De modo que la eugenesia no es algo que se terminó con el fin del régimen nazi. Hoy día la eugenesia es un fenómeno social extendidísimo en los Estados Unidos, donde he visto avisos con leyendas como esta: “Si usted pudiera tener el hijo más inteligente de su barrio ¿no lo tendría?”. Hay empresas trabajando para que cada uno tenga el hijo del sexo que quiera; con la inteligencia, la altura y el color deseados. Y esto que pasa a nivel del “mejoramiento” humano es más o menos equivalente a lo que sucede con el “mejoramiento” genético aplicado a la agricultura.

La utilización de los transgénicos supone que hay un solo conocimiento válido y verdadero. Al resto de saberes se los descalifica como folclóricos, tradicionales, antiguos, obsoletos; mientras tanto, son esos conocimientos que se pretende eliminar los que todavía nos curan, nos alimentan y nos hacen sentir el sabor de lo natural. ¿Cuál es entonces la ventaja de las corporaciones cuando pretenden sustituir los saberes tradicionales por el nuevo conocimiento científico y tecnológico? Los derechos de propiedad intelectual: la tecnología le pone dueño y precio a lo que antes era de todos. Los Estados Unidos ejercen desde hace veinte años una enorme presión sobre las legislaturas de los países productores agrícolas para que se sancionen nuevas leyes de patentes. De esta manera se pretende eliminar aquello que antes era de dominio público; ahora el conocimiento tiene un dueño y un precio.

La mercantilización de las plantas medicinales es un ejemplo de este proceso. Tenemos el caso de la *congorosa*, una planta medicinal que en Brasil se llama *espinheira santa* y se usa tradicionalmente como cicatrizante y anticancerígeno; su acción anticancerígena ha sido investigada por científicos de Brasil y hoy se encuentra patentada por un laboratorio japonés. Finalmente el objetivo es éste, la vida convertida en una mercancía.

El conocimiento tradicional es básico para nuestra subsistencia sobre la tierra y es muy vasto, complejo y selectivo. Siempre fluyó libremente entre los diferentes pueblos y originó nueva diversidad biológica y cultural. El ejemplo del maíz ilustra cómo el conocimiento ha circulado y se ha compartido sin derechos de propiedad intelectual entre todas las culturas que habitan este planeta. Por lo tanto, la cuestión de los derechos de propiedad intelectual tiene como único objetivo generar monopolios y tener un control absoluto sobre los actuales y los futuros negocios de las corporaciones con los medicamentos, los alimentos y los biocombustibles que, dicho sea de paso, prometen cubrir muchos millones de hectáreas en la Argentina.

Estos derechos de propiedad intelectual ya han tenido un enorme impacto sobre la biodiversidad; el mismo impacto que tienen los organismos genéticamente modificados, la apropiación de conocimientos y de recursos de los pueblos, la homogeneización cultural y biológica, la imposición de un modelo de agricultura homogénea e industrializada centrada en la exportación y la dependencia de los agricultores de las grandes multinacionales. La soja de Monsanto generó cuantiosos conflictos; hoy por hoy nuestros grandes terratenientes están haciendo lo imposible para no pagar las regalías que pretende Monsanto al mismo tiempo que es clarísima la pérdida de biodiversidad agrícola y silvestre y la invasión de transgénicos. Durante el pasado mes de octubre, 17 millones de hectáreas fueron fumigadas con glifosfato y otros agroquímicos en la Argentina.

Son muchos los movimientos sociales que están buscando otros caminos. La Vía Campesina, una red internacional de organizaciones campesinas, impulsó conjuntamente con organizaciones de la Unión Europea un movimiento de resistencia a los derechos de propiedad intelectual. Ellos sostienen que la biodiversidad no es negociable y denuncian el modelo agrícola de los agronegocios y transgénicos. Las organizaciones campesinas están defendiendo sus espacios de agricultura, defendiendo sus semillas, defendiendo su autonomía, trabajando conjuntamente para crear redes alternativas de construcción solidaria. Hay que fijar los límites a este modelo de tecnología que pretende convertir nuestras vidas en una mercancía. Hay que ponerle

límites a la incidencia de la ciencia sobre la vida. Hay que buscar convergencias entre los movimientos, trabajar sobre las particularidades de la problemática de los derechos de propiedad intelectual sobre la vida, cuestionar los paradigmas sobre los que se sustenta el actual sistema y tomar conciencia de las cuestiones de poder subyacentes. Esta lucha expresa la búsqueda de la “soberanía alimentaria” –una terminología inventada por Vía Campesina– que pretende generar redes para que campesinos y campesinas puedan participar de las políticas agrarias de los diferentes países. De qué nos sirve producir 17 millones de hectáreas de soja que alimentan a cerdos y aves de corral de la Unión Europea y de China. La soberanía alimentaria como proyecto sostiene que “las semillas son un patrimonio de los pueblos, al servicio de la humanidad y no una mercancía de la que se pueden apropiar las corporaciones”.

En otras partes del mundo hay mucha conciencia de la necesidad de consumir productos orgánicos sin agrotóxicos y sin manipulación genética. Sin ir más lejos, la Argentina produce seis millones de hectáreas de productos orgánicos que exporta a Europa. Hace algunos días me encontré en Colombia con Mario Mejía, un agroecólogo que lleva más de setenta años luchando por estas cuestiones. Ante la probabilidad de la apropiación de la cultura orgánica por parte de las corporaciones, él me decía “no debemos olvidarnos que ayer murieron 25 mil personas de hambre en el mundo”.

Todo esto me hace pensar que en realidad estamos en guerra y creo que tenemos la capacidad de ganarla simplemente construyendo otro modelo. Somos muchos, muchos más los que estamos buscando un camino alternativo, un cambio de paradigma. El capitalismo y los socialismos reales articularon modelos de dominación de la naturaleza y, por lo tanto, de las personas. Eso marcó los últimos siglos, desde la revolución industrial en adelante. La única salida es crear una cultura de la cooperación a partir del cambio de cada uno de nosotros. Este cambio no va a llegar desde un movimiento social o un movimiento político. Es un modelo del que debemos hacernos cargo; para empezar, hacernos cargo de qué comemos y con qué nos curamos. Ese “otro mundo posible” pasa por la transformación cotidiana de nuestras vidas y por tomar conciencia de que ahí está la Organización Mundial de Comercio con sus tratados de libre comercio, que no tienen nada que ver con el libre comercio sino que son herramientas confeccionadas en provecho de las grandes corporaciones. Ya no hay políticas nacionales, ahora las políticas agrícolas se imponen desde afuera.

Capítulo 4.

Organización laboral: ¿Qué eficiencia y para qué?

Por lo general, el concepto de eficiencia se utiliza para significar el incremento de la producción. En este sentido, su único objetivo es la maximización de la ganancia; eficiente es toda aquella empresa que aplica cualquier método para lograr más ingresos. En la *new economy* esos métodos se llaman “reestructuración”, “flexibilización” o “re-ingeniería”; eufemismos que se usan para darle un nombre más moderno al acoso del salario, la reducción de personal y el cercenamiento de los derechos de los trabajadores.

Sin embargo, cuando los objetivos son otros, el concepto de eficiencia adquiere significados diferentes. En la práctica, no sólo en la Argentina, sino en diferentes partes del mundo, la economía del tercer sector está desarrollando modelos de producción y autogestión donde el concepto de eficiencia está relacionado con el diseño de nuevos lazos sociales que apuntan a sociedades y modos de producción más justos. En este contexto, la eficiencia apunta al bienestar comunitario y no a la ganancia o a la acumulación.

Este capítulo se concentra en definir conceptos de eficiencia alternativos. Entre los testimonios prevalece la experiencia de las empresas recuperadas de la Argentina que se constituyen como un paradigma en materia de producción autogestionada. Aquí aparece la eficiencia junto a una larga serie de escollos y dificultades que las empresas debieron y deben resolver para lograr la estabilidad que un sistema político dedicado al clientelismo se niega a otorgarles.

Empresas recuperadas: algunos interrogantes

Julián Rebón

Julián Rebón es doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Profesor de la Carrera de Sociología (UBA) e investigador del Instituto Gino Germani.

El hecho de reflexionar sobre formas alternativas de producción no es una mera preocupación académica sino un tema social que, en el momento más agudo de la crisis argentina, surge de la necesidad de los mismos trabajadores. Esa necesidad plantea no sólo la recuperación del trabajo como forma de supervivencia, sino también aspira a un modo de producción que reconstruya sus condiciones de vida manteniendo la identidad como trabajadores. Esto se manifestó de un modo heterogéneo y diverso.

En el interior y en los márgenes del reservorio de la fuerza de trabajo, distintas fracciones de trabajadores intentaron avanzar en la generación de condiciones de vida por sus propios medios. Entre los sectores populares se desarrollaron un sinnúmero de estrategias laborales: el *cartoneo* en sectores de extrema pobreza, los micro-emprendimientos de distintos sectores sociales, el fugaz desarrollo de redes de trueque entre las clases medias pauperizadas. Una de estas alternativas laborales fue la recuperación de empresas. Ante el vaciamiento y cierre de empresas desestabilizadas por la crisis, los trabajadores decidieron ponerlas a producir bajo su dirección.

Más que otras experiencias similares, la recuperación de empresas es uno de los ejemplos más emblemáticos del avance sobre la gestión propia de los modos de producción. También fue sumamente estimulante en el campo intelectual, sobre todo para aquellos que pensamos que el orden capitalista, intrínsecamente, genera desigualdad y que no hay modo de resolver ese proceso de construcción, de diferenciación, si no se modifican los modos de producción del capitalismo.

Uno de los elementos más significativos de la recuperación de empresas fue el atrevimiento que tuvieron estos grupos de encarar en forma autónoma el desempleo, en un momento en que la sociedad, en su conjunto, parecía disolverse. Estos trabajadores no sólo tuvieron que lidiar con un

contexto económico en estado de colapso, sino también enfrentarse a patrones, jueces, policías y, muchas veces, también a sus propios dirigentes. Podría decirse que los trabajadores se vieron obligados a confrontar con parte de su propia cultura, con la resignación y la pasividad existentes. Además de trascender los mecanismos institucionales de procesamiento del conflicto, tuvieron que pasar al terreno de la acción directa, es decir, a aquellas acciones que no están mediadas por el orden institucional. En los momentos más duros de la crisis no había alternativas institucionales para resolver sus problemas.

Una vez asumida la producción, surgieron inconvenientes y complicaciones imprevistas, problemas nacidos de la defensa de la fuente de trabajo aún a costa de dejar de ser asalariados. En este sentido, los trabajadores se enfrentaron a algo nuevo: producir sin patrón. En el caso de las empresas recuperadas, el hecho de producir sin patrón no formaba parte de una utopía anterior. El inicio de la producción sin patrón da nacimiento a la crítica al modo socio-productivo capitalista desde la praxis. Otro inconveniente es que el trabajo asalariado deja de ser el elemento estructurante de una empresa que, al mismo tiempo, debe moverse en el contexto de un mercado que le es ajeno. Objetivamente, el mercado es hegemónicamente capitalista. En tal sentido, los trabajadores empiezan a plantear una serie de dilemas donde se hacen presentes las tensiones entre lo nuevo y lo viejo, entre lo posible y lo deseable.

¿Cómo resolver el problema de la dirección de la producción? Antes era claro quién ejercía el mando: el dueño de los medios de producción, o aquel en quien éste delegaba su autoridad. Ahora hay que empezar a ejercerlo de un modo diferente. Aquí subyace una doble tensión. Por un lado, el desafío de construir una cooperación basada en la nueva autonomía originada a partir de la ruptura de la heteronomía del capital. Por el otro, la obligación de conformar una co-operación, operaciones en correspondencia. Hay que producir colectivamente, con lo cual se hace necesario establecer nuevas normas y acciones en común. Por un lado, hay quienes quieren resolver el *miedo a no poder producir* concentrando el poder en alguna persona, el de más experiencia, el de mayor trayectoria. Por el otro, se corre el riesgo de que la autonomía no logre sintonizarse de modo productivo, que cada quien haga lo que le parezca y no logre articularse productivamente.

¿Cómo resolver el tema de la regulación de la actividad, de lo que históricamente fue “la disciplina”? ¿Qué modos existen para regular la actividad laboral? ¿Las que se aplican para aplacar la fuerza de trabajo, tales como la vigilancia jerárquica, el castigo económico, el control por tarjetas?

¿Son éstos los modos que deben utilizar los trabajadores para construir un trabajador responsable, activo, comprometido? Si esos no son los modos, ¿cuáles son?

¿Cómo ampliar la empresa? ¿Ampliamos la empresa cuando hacen falta más trabajadores con la incorporación de familiares o de aquellos que compartieron la lucha con nosotros? ¿Lo hacemos incorporándolos con los mismos derechos que nosotros? ¿O los que nos *bancamos* la lucha en los momentos más duros tenemos que tener ciertos privilegios frente al resto? ¿Tenemos que compartir con todos o podemos contratar a trabajadores asalariados? Y así, una gran cantidad de preguntas que nos desafían a pensar estas prácticas laborales.

Otro tema recurrente es cómo capitalizar, cómo conseguir financiamiento, un tema que las empresas resolvieron de maneras muy distintas: a veces reclamándole al estado, otras “poniéndole el hombro” a la empresa, auto-explotándose por un tiempo, o trabajando a *façon*, es decir vendiendo el servicio de procesado industrial a clientes que proveen la materia prima y retiran el producto para su comercialización como un modo de construir una acumulación inicial. Ahora, ¿qué pasa cuando esto deja de ser una acumulación inicial y se transforma en algo estructural? ¿Cómo resolverlo?

Estos son interrogantes que las empresas recuperadas se formulan a diario: ¿cuál es el criterio de eficiencia para las empresas recuperadas? ¿Maximizar la ganancia de forma sostenible como una empresa capitalista o dar prioridad a la calidad de vida de los trabajadores? ¿Es sólo de los trabajadores o es de los trabajadores y la comunidad? ¿El egoísmo del capital puede ser reemplazado por un “egoísmo” colectivo más trascendente, colectivo pero, en definitiva, no-social?

¿Cómo trabajar con el mercado sin cuestionar o pensar modos de articulación entre las unidades productivas? No hay certeza acerca de cuáles son las respuestas correctas a estas preguntas. Sin embargo, todas ellas construyen el desafío de cómo construir un orden social y productivo alternativo al capital.

Criterios de eficiencia y criterios de equidad

Miguel Teubal

Miguel Teubal es economista especializado en temas agrarios. Investigador Superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Profesor Consulto de la Universidad de Buenos Aires.

El criterio de eficiencia depende fundamentalmente de los objetivos que se plantea la organización que produce. Depende de la perspectiva desde la cual se plantea la eficiencia y, por consiguiente, de los objetivos que se plantean desde esa determinada perspectiva. Imagino que puede existir una confrontación de ideas o de criterios en relación con el concepto mismo de eficiencia, así como existen criterios diversos y múltiples respecto de la equidad según los diferentes contextos. En este sentido, los criterios de eficiencia no pueden estar disociados de los criterios de equidad que se plantean las distintas empresas.

Por lo general, cuando se habla de eficiencia se piensa en los criterios desarrollados a lo largo de los años en el marco de la sociedad capitalista; son criterios empresariales concebidos desde el interés de la patronal. Desde esta perspectiva, la forma de administrar bienes o recursos y la forma de organizar el trabajo dependen de un objetivo esencial: maximizar las ganancias a corto, mediano o largo plazo. A esto se le llama “ser competitivo” e implica la confrontación con otras empresas, tanto del país como del exterior. En este contexto, el trabajo es sólo un factor de producción.

En todo estadio del capitalismo el hecho de lograr un mínimo de ganancia es el factor esencial de la supervivencia de la empresa.¹ Desde cierta perspectiva, esto sólo se logra mediante la explotación. O sea, la ganancia es la apropiación del fruto del trabajo de los demás: trabajadores, campesinos, profesionales, etc.

¹ No obstante, sabemos que muchas empresas no sobreviven si no es a través de subsidios, negocios financieros que las mantienen a flote o al aporte del Estado. Hay empresas que por su propia naturaleza difícilmente obtengan ganancias sustanciales, como por ejemplo los ferrocarriles o algunas compañías aéreas que se mantienen mediante subsidios. En muchos casos hay razones válidas para mantenerlas: el interés común, la producción en determinada región, etc. Eliminar los ramales ferroviarios en la década del noventa fue desastroso para determinadas regiones del país. El mercado, en sí mismo, no necesariamente resuelve el problema de muchas empresas, tampoco garantiza la persistencia de cierta eficiencia en la sociedad y menos de cierta equidad.

Según los criterios más difundidos en nuestra sociedad, la eficiencia es igual a la maximización de la productividad de los factores productivos. En realidad se trata de maximizar los niveles de productividad de la tierra, del capital disponible o por hombre ocupado, a los efectos de potenciar las ganancias del capitalista o del detentador de los medios de producción. Estos y otros agentes económicos presentes en las diferentes actividades, aparecen en este contexto como simples factores productivos cuyos intereses no necesariamente son tomados en consideración.

Este es el criterio más difundido de eficiencia, pero no es el único. La empresa capitalista plena no es la única que prevalece en el mundo. Corresponde por consiguiente considerar otros criterios, como los que predominan en las fábricas recuperadas o autogestionadas, las cooperativas, las comunidades e incluso en la multiplicidad de empresas familiares, tanto en el campo como en la ciudad. Y también están las empresas públicas, o las empresas públicas con control obrero. Aunque en determinados contextos deben adoptar criterios afines para su supervivencia, todas son empresas que no responden necesariamente a las necesidades del capital o a los criterios empresariales más difundidos en la sociedad capitalista.

Estas empresas alternativas son diferentes. Tienen criterios de eficiencia diferentes porque están imbuidas de criterios de equidad diferentes; en ellas no puede dissociarse el criterio de eficiencia de los criterios de equidad. Cabría preguntarse entonces ¿cómo se modifican los criterios de eficiencia y equidad cuando consideramos estas otras formas de organización social de la producción? Quizás los casos más notorios en la actualidad de nuestro país lo constituyen las empresas recuperadas. ¿Cuáles son los criterios de equidad y eficiencia –entre otros– que utilizan para su desenvolvimiento económico? ¿Pueden ambos criterios ir de la mano sin contradicciones? En términos generales, también las empresas familiares tienen su propio criterio de eficiencia. Desde las cooperativas campesinas de Misiones hasta la panadería familiar de la esquina, en su mayoría son empresas autogestionadas que usan criterios propios, no necesariamente idénticos al de la empresa capitalista. Estas empresas alternativas tienen objetivos múltiples, diferentes a las capitalistas.

Quiere decir que hay múltiples criterios de eficiencia. Para una empresa capitalista, el hecho de maximizar la ganancia puede significar la reducción drástica del plantel de trabajadores. La empresa recuperada o alternativa prefiere poner el acento en el bienestar de los trabajadores. Ambas tienen que decidir en algún momento cuánto invertir para ampliar la escala de la producción o mejorar el producto, pero aquí también corresponde hacerse

la pregunta sobre qué tipo de inversiones habrá que realizar. En el campo, un criterio de eficiencia puede ser, por ejemplo, el de lograr una agricultura sustentable sin la utilización de agrotóxicos o transgénicos. Al mismo tiempo, tanto en el campo como en la ciudad, las empresas familiares imponen otras restricciones a su funcionamiento, por ejemplo, la de aumentar el bienestar de la familia sin echar a nadie. Para ello, en el caso del campo, pueden comenzar produciendo alimentos para su consumo propio o para vender en los mercados locales. Puede ser que eso no necesariamente implique aumentar la ganancia, porque no se utiliza determinada tecnología o no se cultivan determinados cultivos. Sin embargo, cuando existe esta restricción importante para su funcionamiento, surgen criterios de eficiencia con objetivos diferentes. Ya no se trataría del incremento de la ganancia, sino del bienestar de los miembros, de la comunidad, o de la preservación de la tierra.

Aunque la mayoría de la población del planeta no se rija por criterios capitalistas, estamos obligados a movernos en un mundo dominado por esos criterios. La mitad de la población mundial trabaja en el campo y se rige por criterios inherentes a la agricultura familiar; allí no hay necesariamente una división del trabajo equiparable a la de la industria y la producción se mantiene en una pequeña escala. Una empresa familiar no necesariamente va a sustituir a un familiar por una máquina, lo cual sería esperable si los que trabajan fueran asalariados. En estos contextos también será diferente lo que se vaya a producir y con qué tecnología se lo haga.

Creo que esta cuestión es importante, porque no sé si en nuestro país se puede resolver el problema del trabajo si no se consideran estos otros criterios de eficiencia en el marco de las empresas alternativas. En los últimos años hemos tenido una tasa de crecimiento sustancial, equiparable al crecimiento de la China que lo hace al 9% anual. Se dice que las altas tasas de crecimiento van a reducir la desocupación. Y es cierto que se fue reduciendo, pasó del 25% al 13%, 11% en términos generales. Sin embargo un 11% de desocupación es mucho. Si reducir la desocupación mediante tasas de crecimiento elevadas es un criterio de eficiencia, el problema de la desocupación nunca se va a resolver del todo. El empleo, en términos generales, no podrá absorber la desocupación y la subocupación que existen. Esto sólo pueden hacerlo otros mecanismos alternativos de empleo.

Por otra parte, la ocupación tal como la vemos en la actualidad, es en gran medida trabajo en negro. El 44% de los asalariados u ocupados argentinos de este momento es “trabajo en negro”. Por eso es necesario considerar no sólo algunos aspectos de la problemática de las empresas, sino también

ubicar todo ésto en un contexto más amplio. En ese sentido, creo que todas estas nuevas formas de producir, que utilizan criterios alternativos en los procesos productivos, que toman en cuenta criterios de equidad diferentes para llevar adelante su producción, son fundamentales para resolver los problemas del empleo en este país y tal vez en muchos otros más. Sucede que en nuestro país existe una estructura de autogestión que podría ser aprovechada; si no se lo hace no es por desconocimiento, sino porque en realidad no hay voluntad política para incrementar la ocupación. Lo único que se plantea en la actualidad es maximizar el crecimiento, acaso sea algo mejor de lo que se planteaba durante el *menemismo*, donde el factor trabajo, por ejemplo, había desaparecido de la agenda política. Ahora se habla más de la ocupación, pero se espera remediar la situación a través de los mecanismos de aumento del crecimiento en términos generales. El crecimiento económico en sí, sin redistribución del ingreso, sin otras nuevas formas de organización social, no va a resolver el problema.

Empresas recuperadas y políticas públicas

Héctor Palomino

Héctor Palomino es sociólogo, egresado de la Universidad de Buenos Aires, profesor Asociado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Coordina actualmente el grupo de investigadores sobre Modelo Económico, Trabajo y Actores Sociales, del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

La importancia de las empresas recuperadas y de los movimientos sociales puede ser analizada en varios planos. Voy a limitarme a un aspecto. No voy a hablar de cuestiones de tipo cultural, vinculadas con la posibilidad de gestionar procesos productivos de manera autónoma, prescindiendo de empresarios y patrones; tampoco, de la cuestión vinculada con la construcción de actores colectivos en la sociedad argentina. Quiero referirme a un aspecto relacionado con el plano político; se trata del interrogante acerca de la posibilidad de pensar políticas públicas a partir de la existencia del movimiento de empresas recuperadas. El surgimiento de las empresas recuperadas se vinculó con la emergencia de la desocupación de los últimos años en la Argentina. A diferencia de las políticas públicas formuladas para resolver la desocupación de modo individual, lo que plantean las empresas recuperadas en particular y una parte de los movimientos sociales en general, es la posibilidad de resolver el desempleo de manera colectiva.

Esta afirmación integra un repertorio de proposiciones lógicas. En el fondo, si hay tantos desempleados en la Argentina, por qué no pensar el desempleo como un problema colectivo. Debería ser bastante obvio que algo que afecta a tantas personas no pueda resumirse en una sumatoria de problemas individuales y que las respuestas individuales al desempleo difícilmente resuelvan un problema que es colectivo. Pero precisamente, el repertorio de políticas públicas disponible en la Argentina –y no sólo aquí sino también en países los europeos– parte por lo general de la individualización de los desempleados. Esta lógica de individualización preside, por ejemplo, los numerosos esfuerzos realizados para registrar a los desempleados. También se aplica en otras políticas sociales a la búsqueda de mecanismos de inclusión de personas a través de su identificación y su individualización. Lo que se intenta siempre es registrar a los beneficiarios.

La visión centralizada de este enfoque es la de construir un registro único de beneficiarios. Nosotros hemos sido testigos de varios actos públicos en los cuales los funcionarios inauguraban, con bastante “pompa”, registros únicos de beneficiarios para la atención de programas sociales; en la perspectiva que planteo, esto sería el “colmo” de la individualización del problema.

Plantear una política pública de apoyo a las empresas recuperadas implica apostar a una solución colectiva para problemas que, como el desempleo, son también colectivos. Es plantear ya no una lógica de individualización, sino colectiva; y es precisamente el campo de las empresas recuperadas donde se permite precisar mejor el despliegue de esta lógica de acción colectiva.

Voy a hacer una pequeña acotación al margen, que tiene que ver con una cuestión teórica sobre este tema. Uno de los modelos de reflexión que prevalece para analizar la acción colectiva es el de la lógica del control, generalmente inspirada en los planteos de Mancur Olson. Para este autor, el problema de la acción colectiva es que tiende a diluirse a través de su desviación oportunista. La cuestión planteada por el *free rider* –viajero gratis o polizón– es decir, por la persona que aprovecha los bienes públicos de manera oportunista para fines individuales, es una forma de articular la lógica de acción individual con la acción colectiva. Este enfoque del *free rider*, o de cómo utilizar individualmente recursos de orden social, prevalece en varias de las formulaciones de programas sociales inspiradas en el concepto de capital social.

Esta noción es en realidad ambigua porque puede ser leída desde dos perspectivas diferentes; por un lado, podemos enfatizar el capital social en el marco institucional y asociativo existente, considerándolo como atributo de un colectivo que alude a las capacidades sociales que pueden ser movilizadas para el crecimiento económico, el fortalecimiento de la democracia, etc. Por el otro, en el sentido que prevalece en los marcos conceptuales de estos programas, es decir el de capital social considerado como un atributo individual, que alude a los recursos que puede utilizar un individuo para el logro de sus fines. Se trata de un capital que integra el portafolio de recursos a disposición de los individuos. Este segundo sentido se articula en una lógica similar a la del *free rider*, de la que hablaba Olson. Se trata de aprovechar individualmente el capital social.

En los programas de apoyo a los desempleados, la alternativa sería pensar el desempleo como un problema colectivo y pensar a las empresas recuperadas como una solución colectiva para problemas colectivos. El enfoque

que hoy prevalece en la Argentina es el de los programas de asistencia a los desempleados formulados en términos de apoyo a la búsqueda individual de empleo. Son programas que colocan los recursos sociales, los recursos colectivos, al servicio de la búsqueda individual de empleo. Los problemas que surgen son los que provienen del encuentro entre los demandantes de trabajo, generalmente empresas o empresarios privados, y los oferentes de trabajo, los desocupados. El seguimiento de estos oferentes desocupados o beneficiarios del programa busca precisamente controlar las conductas de tipo *free rider*. El interés está puesto en el control social, tratando de que los desocupados no aprovechen los recursos que brinda el programa para otra cosa. Por ese motivo, el beneficiario debe demostrar que está buscando trabajo.

Este tipo de programas son los que se intentan instalar en la Argentina dentro del ámbito público. Los antecedentes se encuentran en el modelo de los Centros de Empleo o *Job Centers* de Inglaterra o en la Agencia Nacional para el Empleo de Francia. De esta forma se estimula la búsqueda individual de empleo; un modelo que pretende adaptar la oferta de trabajadores a la demanda individualizada formulada por las empresas. En estos programas un concepto clave es el de “empleabilidad.” Se trata de fortalecer las competencias individuales de los trabajadores para aumentar sus probabilidades de ser empleados. Ser “empleable” o no, pasa a ser un problema individual del desempleado.

Para expresarlo de manera sintética, este enfoque termina por invertir el problema. Así concebido, el desempleo deja de ser un problema colectivo, un problema del sistema económico, una característica negativa de un sistema incapaz de movilizar la mano de obra disponible en una sociedad, para devenir en un problema de los sujetos desempleados. La incapacidad de generar empleo por parte del sistema se transmuta en la incapacidad de los empleados para conseguir un empleo. Se transmuta en un problema individual entonces, la solución propuesta por estos programas apunta a fortalecer la “empleabilidad” de los individuos. No hace falta aclarar que la “empleabilidad” es menos un concepto teórico que una definición operativa que alude a la distancia entre lo que se demanda y lo que se ofrece en un mercado de trabajo.

Frente a este marco de opciones culturales e institucionales presentes, la existencia de las empresas recuperadas plantea un desafío, que sería el de asumir una solución colectiva a problemas que son colectivos. Que esto constituya un desafío es, en el fondo, un indicador del clima cultural prevaleciente. En un momento de crisis y de crecimiento del desempleo,

la recuperación de empresas fue vivida casi como una salida natural del problema. En efecto, una de las cosas que me llamó la atención es que prácticamente no hubo demasiadas voces críticas en el momento de la ola de recuperación de empresas. Ahora, en este contexto de crecimiento, los problemas que afrontan los trabajadores de empresas recuperadas son diferentes. Son diferentes pero sigue habiendo empresas recuperadas. De hecho aquí tengo unos informes preparados en el Ministerio de Trabajo, en un programa de trabajo autogestionado, que indica que en los últimos tres años se siguieron recuperando empresas. Entre comienzos de 2003 hasta fines de 2006 se recuperaron 53 empresas sobre un total de 197 registradas. Es decir, aún en momentos de crecimiento económico, las empresas recuperadas siguen siendo concebidas como un mecanismo de solución de problemas, generalmente vinculados con el empleo.

En los términos planteados anteriormente esto es una prueba de eficiencia, porque en realidad la cuestión planteada por las empresas recuperadas es, en el fondo, el problema de la profunda ineficiencia de las empresas privadas porque fueron los patrones privados los que no pudieron sostener estas empresas. Ahora están funcionando con sus trabajadores. En el contexto actual, donde sigue habiendo recuperación de empresas, su existencia es efectivamente un desafío. Entre los problemas que afrontan, se encuentran los señalados por Julián Rebón en este mismo capítulo: problemas crediticios, de inversión, de confrontación con un mercado desconocido, etc. vinculados en general con los posibles apoyos que se puedan recibir, sobre todo, desde el sector público. Uno de los problemas que más se repite es el de cómo garantizar su identidad jurídica. Otro, que estuvo presente desde el comienzo, es el de la tenencia precaria de herramientas y el de los activos; las soluciones jurídicas para empresas recuperadas fueron provisionarias, la mayoría se constituyó como cooperativas, que era el mecanismo institucional existente para convertir a los trabajadores de estas empresas en sujetos de derecho con capacidad para poder comerciar y trabajar. Por eso yo diría que un desafío del presente –no sólo para empresas recuperadas sino para todos nosotros– es cómo encontrar una solución jurídica de carácter colectivo. Y difícilmente se encuentre un camino de este tipo si no se desarrollan programas enfocados en la necesidad de proponer soluciones de carácter colectivo a los problemas de desempleo.

Los problemas de orden productivo o económico son de otro tipo, porque son problemas que se solucionan a través de inversiones, capacitación, desarrollo, innovación tecnológica, etc.; pero para implementar cualquier tipo de solución particular, la cuestión jurídica aparece como un tema previo

a resolver para muchas de estas empresas. Aquellas que mejor funcionan son las que lo han resuelto, pero son relativamente pocas; la mayoría sigue afrontando estos problemas y la dificultad para resolverlos reside precisamente en cómo formular propuestas de propiedad colectiva frente a un marco legal que no favorece precisamente este tipo de soluciones. Por lo tanto es importante reflexionar si hay condiciones que en la actualidad permitan pensar un mecanismo colectivo de solución jurídica.

El momento de surgimiento de empresas recuperadas tiene que ver con el prolongado estancamiento y crisis del modelo de la convertibilidad. Y ahí lo que funcionó es lo que podemos llamar un régimen de precarización laboral. Y este régimen de precarización laboral a mi entender era esencialmente político. En cambio en los últimos años, sobre todo en los últimos tres años, se fue instalando progresivamente un régimen de empleo diferente, que podemos llamar de regulación laboral, con mayor protección y garantías al trabajo. Un indicador de esto es que la composición de los nuevos empleos generados en el último año y medio en la Argentina, en su gran mayoría, fueron empleos registrados, empleos en blanco. Es cierto que el stock de empleo “en negro” es muy grande pero lo que llama la atención es que en los últimos dos años la mayoría, o casi la totalidad, del nuevo empleo creado es empleo asalariado, registrado; es decir, empleo articulado con la seguridad social. Este fenómeno es realmente novedoso y yo diría bastante sorprendente en relación con el anterior régimen de empleo, al que llamamos régimen de precarización laboral; es sorprendente porque con tan pocas medidas activas tomadas por el Estado, en estos últimos años se está revirtiendo el proceso de generación de empleo en negro y se está favoreciendo el desarrollo de empleo de calidad, empleo “en blanco”. Aunque subsisten muchos problemas, uno podría decir que la precariedad o la precarización no es necesariamente un componente estructural del sistema económico sino que es más bien producto de un régimen político y que se puede revertir con políticas. De ahí la importancia de reflexionar sobre políticas públicas. Es decir, si fuera la precarización o la precariedad un componente estructural, entonces difícilmente se podría revertir con algunas medidas de gobierno. Pero se está revirtiendo y esto llama la atención.

En este contexto me parece que sería importante explorar las posibles soluciones jurídicas a los problemas que enfrentan las empresas recuperadas. Sobre todo porque de la solución jurídica dependen posibilidades de acceso a líneas de crédito para las empresas recuperadas y también a otros aspectos como la asistencia técnica o la capacitación. La cuestión jurídica

es central para un replanteo de derecho de propiedad, régimen de quiebras y otras instancias legales que permitan el acceso a la propiedad colectiva.

Para finalizar y retomando el interrogante inicial, considero necesario enfatizar esta cuestión de la carencia actual de políticas públicas en relación al desempleo. En función de crear políticas públicas, la experiencia de las empresas recuperadas debería ser contemplada y analizada con mayor atención por el Estado si se quieren diseñar políticas de empleo acordes con los tiempos que corren.

Construir trabajo desde la carencia: El Frente Popular Darío Santillán

Nahuel Levalli

El Frente Popular Darío Santillán (FPDS) se define como un movimiento social y político multisectorial y autónomo. Nace en 2004 a partir de la confluencia de distintas organizaciones –mayoritariamente de trabajadores desocupados– con diferentes perfiles ideológicos, que coinciden en la necesidad de transitar un proceso de unidad basado en el desarrollo de prácticas comunes. El FPDS recuerda en su nombre a un compañero de lucha que fue asesinado el 26 de junio de 2002 en el Puente Pueyrredón; agrupa a alrededor de 3000 mujeres y hombres de organizaciones populares de Buenos Aires, Santa Fe, Río Negro, Formosa, Tucumán y Ciudad Autónoma de Buenos Aires; en la zona sur del conurbano bonaerense tiene su mayor desarrollo, presente en 14 distritos.

Vamos a relatar nuestra experiencia desde sus ejes transformadores. Desde el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) encaramos la eficiencia del trabajo en relación con las organizaciones de desocupados y sus emprendimientos productivos. El Frente es una organización compuesta por desocupados que impulsan emprendimientos productivos, ya sean rurales o urbanos, conjuntamente con compañeros estudiantes y centros culturales. Hemos logrado un gran objetivo: empezar a construir el trabajo desde nuestra realidad; ¿cómo se construye el trabajo desde la precariedad, desde la carencia total?

Nos confrontamos con la cuestión de trabajar, producir, comercializar y distribuir las ganancias. Frágilmente, nos hemos ido organizando para tener más que esa nada inicial, en el duro contexto del conurbano bonaerense, del conurbano de la ciudad de Rosario y del conurbano tucumano. Cuando, desde las distintas organizaciones, nos planteamos pensar la cuestión del trabajo, lo hacemos desde una concepción político social de transformación integral de la sociedad. Nosotros le llamamos *cambio social*, podríamos también llamarlo, provisoriamente, *socialismo* o como se quiera; básicamente se traduce en cómo construimos una sociedad más justa. La pregunta es cómo comenzar a construirla desde ahora, de aquí en más, todos los días, entre todos, como si fuera una construcción integral, que atañe a todos los que participan en ella. No significa sólo distribuirnos algunos pesos más

que antes, sino transformar relaciones sociales, relaciones de género, capacidades de decisión, de reflexión y de acción para todos nosotros y nosotras. Significa una totalidad compleja de abordar.

Tenemos veinte frentes de lucha y de construcción al mismo tiempo. Los proyectos productivos y las luchas de las pequeñas organizaciones de trabajadores desocupados que se están desarrollando dentro del Frente, se integran en una discusión acerca de cómo distribuimos nuestras fuerzas para poder abordar la cuestión en su conjunto.

En la práctica se ven los escollos. Cuando se inicia un proyecto productivo y se hacen las primeras ventas, se respira ese aire de “somos todos iguales”, “no hay patrón”, “nos distribuimos las ganancias entre todos”. Pero al poco tiempo la realidad se vuelve mucho más compleja. Uno enfrenta la acción cotidiana de producir, comercializar, pedirle puestos de trabajo al Estado, construir viviendas a través de cooperativas, etc., con ciertas convicciones teóricas. Sabemos lo que no queremos. Trabajo con patrón no queremos. Explotación no queremos. Relaciones desiguales no queremos. Lo que queremos es construir una sociedad más justa. ¿Cómo llevarlo a la práctica? Ahí empiezan los problemas concretos. Y los problemas concretos se traducen en cómo se organiza el trabajo desde la carencia total de recursos teniendo que reconstruir o construir relaciones sociales que van totalmente en contra del sistema en el que vivimos. Nosotros no podemos construir el socialismo aislados del mundo en el que vivimos. Hay un sistema imperante, hegemónico, eso lo sabemos desde la teoría y lo vivimos en carne propia. Nuestra práctica cotidiana pasa por la confrontación con las ideas que uno tiene *a priori*.

Porque no se trata sólo de hacer, sino de transformar relaciones y valores que se ponen en juego cuando esa práctica empieza a desarrollarse. Lo que no queremos es que nuestros compañeros trabajen en la organización porque no les queda más remedio. No queremos que estén en la organización porque no encuentran otro trabajo. Ahí es donde empiezan a jugar una serie de elementos relacionados con las subjetividades, valores y tradiciones que llevamos dentro. Este es el punto donde empieza a jugar el proyecto político de la organización: porque no se trata sólo de trabajo, sino de un proyecto político integral, en varios planos, que pretende re-fundar las relaciones estructurales a la luz de la situación coyuntural, de confrontar con el gobierno, de enfrentar al capital. La práctica cotidiana debe dar respuestas a estas cuestiones.

De manera simplista se podría decir que la eficiencia es estar mejor, es satisfacer necesidades personales y colectivas, es darle un valor comunitario al fruto de nuestro trabajo, es querer una transformación interior y exterior. El desafío es cómo se logra todo esto en el marco de un sistema que todo el tiempo está tirando piedras y poniendo palos en la rueda. No construimos en una isla; la construcción no pasa por la denuncia de los males estructurales ni por ignorar las políticas de determinado gobierno.

El primer desafío fue el financiamiento. ¿Cómo construir trabajo cuando no tenemos nada? Nos miramos y nos preguntamos qué tenemos. “Bueno –dijimos– tenemos nuestras manos”. Pero con nuestras manos no alcanza, porque algún capital inicial había que tener. “Pongamos un poquito cada uno, pero también vayamos a reclamar lo que nos corresponde”. Esto implica una exigencia al Estado y también una exigencia hacia las empresas capitalistas que se quedan con el fruto de nuestro trabajo como clase trabajadora.

Entonces logramos tener algún capital inicial y queremos empezar un proyecto. ¿Quiénes trabajamos? ¿Vamos todos y los pesos que sacamos nos lo dividimos? Pero no alcanza para todos; suena muy lindo, pero no se corresponde con las necesidades concretas de transformación y construcción de trabajo. El desafío más grande de las empresas recuperadas fue decidir cuántos trabajamos y cuánto ganamos; porque si somos 20 mil y seguimos sumando compañeros y compañeras, después cada uno se lleva dos mangos a la casa y no le alcanza, de modo que terminamos haciendo changas; terminamos yendo a *laburar* de mucamas en la casa de una señora de Barrio Norte que nos paga 5 pesos la hora.

Nos volvemos a organizar. Empezamos con el proyecto; una panadería, una huerta o una carpintería son los clásicos trabajos que se empiezan desde las organizaciones cuando se tiene muy poco capital. Logramos arrancarle un poco de financiamiento al Estado, o a alguna empresa. También ahí hay que probar si la organización funciona. ¿Por qué? Porque muchas veces sucede que nos cuesta creer que nosotros mismos podemos construir trabajo. Porque hay definiciones que dicen que una organización social no puede construir trabajo y hay compañeros y compañeras que sostienen esa posición. Entonces puede suceder que muchos tomen el proyecto como un interinato, un paliativo momentáneo hasta que logremos arrancarle a Repsol, al Estado o al Metropolitano, algunos puestos de trabajo “genuinos” para que nos sigan explotando dentro de una empresa.

Nosotros creemos que lo nuestro debe ser integral, estamos convencidos de ello y queremos lograrlo. Hay tiempo de sobra. Estamos bastante mal así

que todo lo que aporte es bienvenido. Pero también pensamos que podemos empezar a construir trabajo porque, como decíamos antes, no se trata sólo de hacer una actividad económica rentable, sino también de construir otras relaciones para una sociedad distinta.

Cuando logramos organizarnos para trabajar, surgen cuestiones sobre la eficiencia. Para nosotros el concepto de eficiencia remite a una concepción capitalista; hablar de eficiencia es hablar de capital y eso es “malo”, no sirve. Y entonces, como somos todos iguales y no hay patrón, no importa si un día no vengo, si vengo más tarde o si me olvidé; no importa. Pero pasa el tiempo y nos damos cuenta de que sí importa, porque el objetivo es construir una sociedad distinta. Para eso tenemos que construir una alternativa económica y para hacerlo tenemos que tener la disciplina y la seriedad para poder demostrarle al conjunto de la sociedad que construir colectivamente desde las organizaciones sociales o desde las empresas recuperadas, es posible y es mejor que hacerlo a partir de la acumulación capitalista. Ese es nuestro objetivo. Para poder construir desde ahí, tal vez haya que autoexplotarse, trabajar el doble, esforzarse el triple. Es un proceso largo y difícil.

Nuestra experiencia muestra que el proceso que nos lleva a creer en la construcción de un trabajo distinto no está aislado del conjunto de las otras luchas. Creemos, básicamente, que la conciencia se construye en la medida en que uno lucha y, al mismo tiempo, reflexiona sobre la lucha y el trabajo cotidiano. No se gana más dinero por estar más organizado. Básicamente, estar organizado y estar en la lucha es lo que construye la conciencia. De ahí, si además ganamos más plata, mejor. Entonces aparece de nuevo la discusión: para qué estamos ganando este dinero, cuánto queremos ganar, para qué lo queremos. Yo necesito darle de comer a mis hijos, necesito pagar sus estudios, las pilchas, los servicios. Ahí es cuando nos damos cuenta de que no solamente se trata de la explotación de nuestra fuerza de trabajo sino que todos los elementos que hacen a nuestra vida están insertos en un sistema capitalista que también se debe cuestionar. Hay que darse cuenta de que el fruto de nuestro trabajo debe estar articulado con las luchas por una educación pública, por una salud para todos, por exigirle al Estado lo que nos pertenece.

A través de todo este proceso que es integral, complejo y a la vez desordenado, nuestra experiencia va caminando. Empezamos a confrontar algunas cuestiones que antes creíamos exclusivas del capitalismo. Pasamos por procesos de maduración y de reflexión sobre nuestras propias prácticas y sobre las de otras organizaciones hermanas; tanto en el momento actual como en

el pasado. Así fuimos familiarizándonos con la idea de que si nos organizamos, podremos demostrar que es posible construir un trabajo distinto, mejor. Entonces, volviendo a las preguntas que dieron inicio a este capítulo: ¿se puede mantener un criterio de eficiencia y de productividad sin perjudicar la equidad? Nosotros creemos que sí, que hacerlo es un deber y un desafío. Es un desafío asumir que el fruto de nuestro trabajo, nuestra organización, nuestra mano de obra y nuestro esfuerzo se transformen en bienestar personal y en bienestar colectivo.

Producimos alimentos, producimos bienes, construimos casas, producimos algo para vender en un mercado que nos es ajeno y tenemos que empezar a comercializar y a relacionarnos con terceros en base a una relación netamente capitalista. Porque articular trabajo no es solamente producir. Tenemos que pensar también cómo comercializamos y cómo distribuimos. Tenemos que pensar cómo nos solidarizamos con las luchas gremiales, cómo nos organizamos como sociedad. Si tengo que hacer una refacción o construir algo, por ejemplo, ¿le compro cerámica a la empresa capitalista de la esquina o me contacto con los compañeros de Zanón? Cuando queremos alimentarnos, ¿vamos al supermercado más cercano? ¿Vamos al “chino” de la vuelta? ¿Compramos la producción capitalista o aportamos a otra forma de producción y a otro proyecto de sociedad? Son cuestiones que pueden parecer elementales, pero la transformación debe hacerse todos los días, cada hora, cada minuto.

Nuestro mensaje siempre es de lucha, para alcanzar la organización y la unidad del pueblo. En ese sentido, nuestra intervención de hoy tenía más que nada el objetivo de reflexionar entre todos sobre nuestras prácticas; no solamente contarlas sino también repensarlas y aportar al pensamiento que vamos construyendo desde la lucha cotidiana.

Gestión obrera y eficiencia. La experiencia de Fasinpat (ex Zanón)

Jorge Esparza

Fasinpat (ex Zanón) es una empresa recuperada de producción de cerámicos, ubicada en la provincia de Neuquén, que cuenta con un fuerte desarrollo tecnológico. El proceso de recuperación de la misma se manifestó en un doble frente: el de la lucha económica contra los patrones y el de la lucha por la conducción de los trabajadores contra la burocracia sindical. La estrategia de los ceramistas se concentró desde un comienzo en demostrar que los créditos y subsidios que el gobierno provincial otorgó a Zanón no fueron devueltos por la empresa ni invertidos en la misma. La empresa no había cumplido con sus compromisos y, por tal razón, Zanón debía ser “del pueblo”. En marzo de 2002, los trabajadores pusieron la fábrica nuevamente a producir. Desde ese momento han tenido que enfrentar intentos de desalojo por parte de la justicia y la antigua conducción sindical; intentos que han sido resistidos mediante las redes solidarias que se fueron forjando en la lucha.

Nosotros siempre analizamos las cuestiones como trabajadores y desde allí es desde donde tomamos posición. Particularmente, cuando se habla de eficacia, creo que es muy importante tener en cuenta el grado de necesidad desde el que se parte cuando se plantea un objetivo. Para ilustrar lo que acabo de decir, es necesario hacer un poco de historia. Cuando la fábrica era todavía de Zanón, los obreros estaban muy bien considerados en el contexto de la sociedad. Si un vecino cualquiera iba a pedir un préstamo, faltaba que le pidieran el ADN para otorgárselo. En cambio, si lo pedíamos nosotros, por entonces obreros de Zanón, llevábamos la tarjetita magnética de ingreso a la fábrica y nos ofrecían tomar asiento y nos daban café. Ser de Zanón era tener cierto status. Cuando Zanón se va, nosotros perdimos ésos y muchos otros beneficios.

La necesidad nos hizo descubrir que la eficiencia es diferente cuando se la analiza desde el punto de vista capitalista o desde el punto de vista del trabajador común. Cuál era nuestra necesidad en ese entonces: mantener la fuente de trabajo para poder ganar dinero y darle de comer a nuestras familias. Cuando ingresamos a la fábrica y empezamos a producir, obviamente, éramos eficientes porque demostrábamos que nuestra experiencia como trabajadores nos permitía obtener el dinero para el sustento familiar.

Desde esta instancia es que nosotros sostenemos que la eficiencia parte básicamente de la necesidad y de los objetivos propuestos.

Nosotros hemos aprendido que no hay soluciones individuales: Zanón no es una isla. Estamos sumergidos permanentemente en luchas paralelas; ayer, por ejemplo, estuvimos con los compañeros del Hospital Francés. Nos solidarizamos en todo lugar donde haya trabajadores que pelean por la reivindicación de sus derechos. ¿Por qué? Por una cuestión sencilla: si por ejemplo la educación no es atendida por el gobierno como tiene que ser, esto también me perjudica. La educación pública no es un problema del otro, también es un problema mío. La salud pública, gratuita y en condiciones dignas, no es un problema del otro, también es un problema mío porque el día que se enferme alguien de mi familia yo no le puedo dar un cerámico como remedio. Puedo tener la mejor fábrica del mundo, pero no me va a alcanzar para curar al familiar enfermo. De modo que la solución no es individual, es siempre a título colectivo.

Aquí tenemos un gran problema porque nos han enseñado y nos siguen enseñando que la solución siempre tiene que ser individual. Las escuelas nos forman para pensar como individuos, no como comunidad. Si tengo un trabajo, no importa si mi compañero tiene uno; yo tengo que ocuparme de mantener el mío. Si para ascender de jerarquía, tengo que pisarle la cabeza al compañero, no voy a vacilar en hacerlo. Esa es la formación que, de manera conciente o no, recibimos.

En una fábrica recuperada hemos demostrado dos o tres cuestiones fundamentales. Primero, que el compañerismo está ante todo. Segundo, que la unidad da la fuerza. Por algo estamos donde estamos, después de cinco años de lucha. Porque nuestra organización es una organización entre pares, no con alguien que tiene más jerarquía, sino entre nosotros, donde todos somos iguales, donde no hay una cabeza que manda sino compañeros que plantean o consultan. “Che, pienso esto, ¿Cómo lo hacemos?, ¿qué piensan ustedes?” Se evalúan las ideas y en conjunto vamos todos para el mismo lado. En el momento de llevar adelante una lucha, también esto es eficiencia.

Durante estos años de lucha también comprobamos que la cuestión es más complicada de lo que parecía en un principio. En los comienzos pensábamos que la pelea era sólo contra Zanón, el dueño de la fábrica. Pasado el tiempo dijimos “caramba, esto ya se nos complica, no es solamente Zanón; también está el gobierno provincial metido en el medio”. Poco tiempo después nos dimos cuenta de que aparecía también el gobierno nacional.

Avanzando en el tiempo ya no teníamos sólo tres enemigos, se habían sumado algunos más, como el Banco Mundial, el Banco de las Islas Caimán y muchos más.

El tema se había complicado y nos preguntábamos qué hacer. Descubrimos que ese fue el momento en el que se abrían muy claramente las aguas; se veía quiénes estaban en la orilla opuesta y quiénes estaban del lado de los obreros de Zanón. En síntesis, los que estaban y están del lado de la lucha de los obreros de Zanón son básicamente trabajadores comunes, pensadores, alguna gente de la cultura y organizaciones que luchan por el bien común. ¿Quiénes están del otro lado? Los que nombré: gobiernos, bancos, organizaciones multilaterales de crédito, etc.; un conjunto que nosotros resumimos bajo un concepto muy sencillo: el sistema. El sistema capitalista no puede aceptar que un grupo de trabajadores lleve adelante una fábrica. Para este sistema es totalmente inadmisibles que un grupo de trabajadores haya dejado en evidencia que el Banco Mundial no se maneja bien, que los sectores creados por el gobierno para administrar grandes sumas de dinero y negociar con las grandes empresas o las multinacionales, tampoco se manejan bien. Estamos hablando del Banco Mundial y de quienes nos representan a nivel provincial. Entonces el gran problema que el sistema tiene con los obreros de Zanón es que no se tolera que un grupo de trabajadores deje al descubierto los manejos del sistema capitalista.

Volvamos ahora a la cuestión de las fábricas recuperadas, que ya son más de doscientas en la Argentina. En este contexto existen dos o tres líneas diferentes respecto de lo actuado. Algunas fábricas pasaron por una gran etapa de lucha luego de la cual el gobierno les ofreció diferentes alternativas. Otras no tuvieron que luchar demasiado para encontrar alguna respuesta por parte del gobierno. Luego están aquellas empresas recuperadas que, como el caso de Zanón, siguen en pie sin ayuda del gobierno. Nosotros hemos creado más de 200 puestos de trabajo sin un guiño, sin participación del gobierno en lo que respecta al mantenimiento de la fábrica. A tal punto que en Neuquén hay un pequeño parque industrial por el que todas las fábricas, menos Fasinpat, reciben subsidios al consumo de gas y de luz. Cuando estaba la patronal, Zanón pagaba el 30% de su consumo real de luz y tenía el 100% de la planta en marcha. Lo que Zanón pagaba es menos de lo que estamos pagando nosotros hoy cuando tenemos el 40% de la planta en marcha.

El gobierno acompañó a algunas fábricas recuperadas pero nosotros no vemos que se haya llegado a ninguna solución de fondo a los problemas

que se plantean. Por eso presentamos dos proyectos de ley en la Legislatura provincial, mejor dicho, el mismo proyecto les fue presentado en dos oportunidades. La última vez, lo hicimos después de la reforma a la constitución, porque en ella el mismo gobierno establece un punto acerca de las iniciativas populares. Basándonos en esa reforma, hicimos un pedido formal reuniendo más de 16.900 firmas en su apoyo –el gobierno pide que sean 8000 para poder tratar el proyecto de ley– y eso se presentó en mayo de este año. Estamos en el mes de octubre y todavía no hubo respuesta.

Hace un par de años también se presentó en el Congreso de la Nación un proyecto de ley similar, que seguramente está bien guardado en alguna caja fuerte porque tampoco hay respuesta hasta la fecha. Esto quiere decir que tanto el gobierno nacional como los gobiernos provinciales quieren manejar cada caso por su cuenta y que la cuestión dependa de su arbitrio y no de una ley. Esto no es ninguna respuesta de fondo. Hubo respuestas parciales, como por ejemplo el caso de Renacer, la fábrica que antes era Aurora Grundig, a la que hace un par de años se le concedió la expropiación. Pero a causa de una serie de trabas, sus trabajadores siguen si poder producir; entonces, ¿de qué les sirve la expropiación si los compañeros están afuera, no pueden producir, y lo máximo que han logrado ganar hasta ahora han sido unos 400 o 600 pesos por mes?

Si esa es la solución de fondo, nosotros decimos que no. Por eso hicimos un proyecto de ley provincial donde le proponemos al gobierno una salida puntual para Zanón, teniendo en cuenta que cada fábrica recuperada en la Argentina presenta una cuestión jurídica particular, desde la cantidad de compañeros que hay dentro, a qué se dedican, qué producen, qué pasivos tiene esa fábrica, qué pasa con la propiedad, etc. No es lo mismo una fábrica recuperada que una clínica recuperada; en una se produce un bien, en la otra se atienden enfermos. Hay un sinnúmero de cuestiones que hacen diferente a una fábrica de otra, o un sector de otro.

En el caso particular de Zanón, el 8 de abril de 2003 el mismo Presidente de la Nación, que en aquel momento era candidato, dijo en Centenario, una ciudad vecina, que el problema era político y que si él fuera el gobernador de la provincia, en dos días solucionaba el conflicto. En una conferencia de prensa posterior, el gobernador Sobich también dijo que el problema era político, precisamente cuando nosotros resistíamos un inminente desalojo en la puerta de la fábrica y se habían juntado más de cinco mil personas para defender la gestión obrera. Los dos dijeron en el año 2003 que el problema era político, sin embargo, hasta la fecha ninguno ha tratado el proyecto de ley que nosotros hemos elevado. Por eso ratificamos que desde

gobierno provincial o nacional no hay respuesta a ningún trabajador, mucho menos a las fábricas recuperadas.

Desde este punto de vista, sostenemos que la cooperativa no es una alternativa para solucionar la cuestión de las fábricas recuperadas. ¿Por qué? Porque no hay una política que acompañe los procesos cooperativistas. En Neuquén hay un ejemplo claro. Existen cinco o seis hipermercados y con ellos no puede competir una cooperativa, se hunde a los pocos meses. Podrá mantenerse mientras no asome la cabeza, mientras mantenga una escala reducida, pero si entra a competir con el hipermercado no tiene futuro. ¿A quién va a respaldar el gobierno?, ¿al hipermercado o al proceso cooperativista?

Por otro lado, existen algunas cuestiones relacionadas con la realidad que hoy enfrenta el trabajador y cómo vive esa realidad. Me parece que tendríamos que empezar a hablar de la “esclavitud en blanco”, porque las condiciones actuales del “trabajo en blanco” son denigrantes. Hoy en día los compañeros están obligados a trabajar ocho horas delante de una máquina, delante de una caja registradora; durante ocho horas seguidas por un sueldo de hambre sin tener derecho a opinar o a proponer cómo trabajar un poquito mejor. Hoy tenemos trabajo en blanco que es esclavitud regulada de ocho horas. Hay trabajo, sí, pero en qué condiciones. Ante esta situación, las fábricas recuperadas han mostrado una forma diferente de organización mediante un planteo también diferente. Al menos en el caso de Zanón, todos los compañeros, los 469 que somos en la actualidad, podemos proponer cómo queremos trabajar mejor. Sabemos que vivimos del producto que sacamos, pero cada uno puede proponer cómo trabajar, más cómodo y más tranquilo para que la fábrica sea más rentable y pueda volcar algo más en la sociedad.

Quiero detenerme en una cuestión puntual respecto de la necesidad y los objetivos que nos proponemos como trabajadores. Tanto nos han inculcado los valores del sistema capitalista, que hoy los trabajadores nos creemos capitalistas. ¿Por qué digo esto? Actualmente en Neuquén existen cinco hipermercados y una cantidad impresionante de otros negocios para una población de alrededor de 300 mil habitantes que tiene una enorme cantidad de desocupados que cobran 150 pesos mensuales. ¿Cómo se mantienen estos hipermercados o estos negocios si no es a través de los mismos trabajadores? No es que vendan sólo comida, sino también un montón de otros productos que no son de primera necesidad para un trabajador o para un

desocupado. Cuando hablamos de un cambio social, también hay que empezar a revisar cómo está regulado el comercio, qué es lo que queremos nosotros como trabajadores y hacia dónde queremos apuntar.

Nosotros queremos seguir siendo trabajadores. No queremos una cooperativa que se reparte entre sus miembros toda la ganancia anual y le deja sólo el 5% a la sociedad. La fábrica expropiada, estatizada, debe ser para todos los trabajadores, de todos los argentinos, de todos los neuquinos, pero bajo control obrero. ¿Por qué? Porque no confiamos en el gobierno que tenemos, no confiamos en el gobierno anterior ni en el que va a venir. Si se privatizó YPF porque aparentemente daba pérdidas, eso decían, no van a estatizar Zanón porque da pérdidas. Nosotros hemos demostrado que esto da ganancia. Y también tenemos fundamentos de sobra para no creer en ningún gobierno. Creemos en la unidad de los trabajadores, en el control de los trabajadores, en el control de la sociedad. Por eso decimos que la fábrica tiene que estar bajo la gestión obrera, y que se le rinda cuentas al gobierno y se le pueda exigir al gobierno que rinda cuentas sobre qué hizo con el dinero, con el excedente que salió de la fábrica. Esa es la propuesta de fondo que tenemos nosotros como trabajadores de una fábrica recuperada a la cual el gobierno, vuelvo a remarcar, a la fecha no ha dado respuesta.

La eficiencia como cuestión política. La Asociación Nacional de Trabajadores Autogestionados

Rufino Almeida

La Asociación Nacional de Trabajadores Autogestionados (ANTA) es la primera organización sindical en su género. Articulando política e ideológicamente con la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), ANTA inicia sus actividades en 2005. Está conformada por integrantes de cooperativas de trabajo, de fábricas recuperadas, de emprendimientos comunitarios y de asociaciones de productores agrarios de todo el país que, desde la autogestión, defienden los principios de la solidaridad y el cooperativismo. Desde ANTA se promueve la organización de una economía donde no existan patrones y donde prime la justicia social.

El problema de la precarización del trabajo se remonta hacia los años de la dictadura, donde se establecieron no sólo en la Argentina, sino en toda América Latina nuevos marcos económicos y políticos para el funcionamiento de la sociedad. A partir de los años noventa hubo una segunda arremetida, que fue la destrucción del capital local y la consiguiente ola de desocupación, la mayor de la historia argentina. Para nosotros, los objetivos de la eficiencia son sociales. Se trata de proveernos de aquello que el Estado o el sistema no provee. Aquí, en la Argentina de los últimos años, se habla mucho de la recuperación del empleo, sin tener en cuenta las condiciones de ese empleo.

Yo trabajé en Alpargatas en el año '75; luchaba por mi salario y mis condiciones de trabajo. Después luché contra la dictadura. Más adelante, durante los años ochenta, constituimos cooperativas de desocupados; durante los noventa contribuimos en el movimiento de empresas recuperadas, en los movimientos barriales. Somos el mismo sujeto social de los años setenta: clase trabajadora en una economía capitalista, una economía en disputa. Es en el marco de esa disputa donde surge otro aspecto de la eficiencia: la eficiencia de nuestra propia organización. Por un lado, se trata de lograr la acumulación necesaria para imponer condiciones políticas adecuadas. Por el otro, de generar a través de la lucha parámetros de eficiencia en nuestra propia gestión de la economía y en nuestra propia gestión de los

distintos aspectos de la organización social. Para nosotros, la autogestión es una política que une el proceso dialéctico entre lo macro y lo micro.

Analicemos el siguiente problema a modo de ejemplo: cuando los trabajadores autogestionados queremos legalizarnos, tenemos que inscribirnos en el monotributo. El monotributo es un impuesto individual, lo que significa que el sistema nos considera empresarios, socios empresarios. Estas condiciones nos impiden acceder como trabajadores al sistema de aporte jubilatorio, no tenemos acceso a los sistemas de seguros de trabajo (ART) porque no se nos reconoce como trabajadores. Cuando queremos llegar con nuestros productos o nuestras organizaciones a disputar en el espacio económico, no podemos realizar, por ejemplo, trabajos de construcción porque no tenemos seguros adecuados.

Desde la Asociación Nacional de Trabajadores Autogestionados (ANTA), integrante de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), planteamos un programa que establece, como primera condición, de un marco jurídico institucional para ser reconocidos como trabajadores y dentro del cual podamos movernos desde nuestras organizaciones y desde nuestra condición laboral. Planteamos un régimen para el trabajo autogestionado; una legislación que contemple a las organizaciones que ya existen y que se base en el trabajo de todos estos años. Queremos un marco jurídico que se adapte al formato y a la metodología de trabajo de las diferentes organizaciones. Queremos un marco laboral específico para el trabajo autogestionado, que no es lo mismo que el trabajo empleado o el trabajo del comerciante cuentapropista, porque nuestras organizaciones son colectivas. En este sentido, algunas medidas que tomó el Estado se basaron en los resultados de las luchas de los trabajadores. La existencia de Zanón, la existencia de tantas cooperativas o empresas recuperadas, la existencia de los movimientos de desocupados además de las luchas sindicales, generaron un marco de presión política que hizo eclosión en el año 2001. Sin embargo, las experiencias productivas autogestionadas siguen en estado de emergencia. Mientras permanezcan en este estado, no se puede plantear ningún criterio de emergencia.

Para salir de la emergencia hay que resolver, en primer lugar, el marco jurídico. Se necesitan formas que legalicen nuestras experiencias en términos de propiedad colectiva para resolver los innumerables casos de expropiaciones. También es necesario que el Estado diseñe políticas públicas o marcos regulatorios no sólo de promoción, sino también de financiamiento. Así como generan leyes de promoción para la exploración y la explotación petrolera, nosotros queremos marcos jurídicos, tributarios, políticos y de

promoción para la aplicación del trabajo autogestionado en las áreas que ya existen. No queremos políticas sociales, queremos políticas públicas. Este no es un problema del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, no se trata de ayuda social, sino de políticas económicas. Queremos discutir con el Ministerio de Economía y con el Ministerio de Planificación como trabajadores del sector. Hemos demostrado que tenemos la fuerza y la capacidad necesarias para organizar nuestro trabajo; hoy podríamos estar cumpliendo con planes nacionales de producción de alimentos o de cooperativización del transporte para proveer servicios a quienes no los tienen. Podríamos estar reforzando todo el sistema público a través de las experiencias de autogestión en establecimientos de salud. Podríamos estar trabajando en conjunto con el tema de la recolección de residuos y en el tema ecológico en las ciudades; de hecho, existen experiencias concretas en este sentido, pero es necesario que todas esas experiencias estén legitimadas por políticas. Porque no se trata de una sumatoria de experiencias individuales, sino de un problema sistémico que necesita soluciones estructurales y no parches o remiendos puntuales.

En ese sentido, uno de los inconvenientes más graves fue el proceso de dispersión que produjo la desocupación. Estamos reconstruyendo nuestras organizaciones con un planteo de sindicalización del trabajador autogestionado. Todo esto es inviable si la discusión con el Estado se hace de manera individual, para casos puntuales. Es necesario articular una fuerza nacional capaz de dar esta discusión. Esto no implica fusionarse y diluirse en una organización única. Lo que estamos planteando es discutir un programa único de la clase trabajadora autogestionada, siempre desde las distintas experiencias que tienen que mantener su propia identidad a través de las formas de construcción que ya se han dado. Sería un absurdo plantear que Zanón deje de ser Zanón y dejen de ser ceramistas, que el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) deje de ser MOCASE. Queremos discutir una política común para plantearla ante el Estado y así alcanzar las condiciones necesarias para lograr el objetivo de la eficiencia: la sociedad con justicia social que todos queremos.

Los límites de la autonomía. El Hotel Bauen

Fabio Resino

Buenos Aires Una Empresa Nacional (BAUEN) es la principal empresa hotelera recuperada del país. El tradicional hotel de Corrientes y Callao nacido a fines de los setenta cerró sus puertas en diciembre de 2001. A principios de 2003 un grupo de trabajadores decidió recuperar la empresa. Acompañados por el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas y un conjunto de organizaciones sociales, tomaron las instalaciones permaneciendo en ellas hasta el día de hoy. A pesar de haber recuperado productivamente el hotel, los trabajadores no han recibido por parte del Estado la tenencia del inmueble. En la actualidad, el hotel funciona con más de 150 trabajadores. En sus salones se realizan, además, distintos eventos científicos, culturales, políticos y recreativos. El Bauen se ha convertido en un espacio abierto solidariamente para que diversas organizaciones sociales realicen sus actividades.

En la actualidad estamos pasando por una etapa de reflexión sobre nuestra empresa en particular y sobre los movimientos sociales en general. Desde un punto de vista histórico, el nuestro es un movimiento nuevo. Surgió después del “argentinazo”. Si bien ya existían algunas fábricas autogestionadas antes de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, la mayoría de las fábricas fueron recuperadas posteriormente a esa fecha. En esta etapa, nuestro proceso de reflexión pasa por el descubrimiento de los límites de la autonomía.

El factor más importante, más subversivo, de las empresas recuperadas es la constatación de que una empresa no necesita un patrón para producir. Es decir, se trata de la demostración práctica de la capacidad de los trabajadores para poder producir sin la existencia de un capitalista. Este es un hecho pedagógico. Sin embargo, el proceso de autogestión también está lleno de limitaciones. Al no existir un capital, un patrón, se dan nuevas relaciones de producción donde los compañeros se manifiestan, discuten y deciden de manera más o menos democrática los destinos de la empresa: cómo se reparte la renta de manera equitativa, dónde se invierte, cómo se organiza y administra.

Hacia fuera, la empresa es como cualquier otra, compete en un mercado capitalista y debe hacerlo con los mismos métodos de una empresa capitalista. No hay manera de escapar a esa lógica. De modo que se produce una lógica doble: hacia adentro, nuevas formas de producción; hacia fuera, la

competencia en el mercado que implica bajar costos y mantener una producción sostenida. La persona que ejerce el trabajo de mucama en el Bauen no tiene la posibilidad de cambiar de puesto dentro de la empresa porque si el hotel está lleno –y por suerte, siempre lo está– hay que trabajar, hay que seguir. Finalmente uno no tiene más remedio que aplicar los mismos métodos que una empresa capitalista. A la vez, a medida que la empresa se inserta en el mercado capitalista, se van generando cada vez más presiones hacia el interior del emprendimiento. Por otro lado, la empresa debe sobrevivir, ser rentable, aumentar el sueldo de los compañeros; en fin, esta lógica obligada determina los límites de la autonomía.

Nosotros podemos hacer miles de debates o discusiones sobre este tema pero, en paralelo, hay que encontrar formas de soportar los embates del mercado. Uno de nuestros objetivos fundamentales es procurar que los compañeros sigan sintiéndose parte de la clase trabajadora. Por lo tanto, cada una de las luchas de la clase trabajadora es nuestra lucha por más que no tenga nada que ver con los problemas del Hotel Bauen. Es necesario mantener un alto grado de conciencia política dentro de la empresa porque es el único capital que nos permite resistir los embates a los que nos somete el mercado. Hoy podemos ver, en esa empresa que antes fue una cuna de la burguesía, a compañeros del movimiento de desocupados usando sus instalaciones; ver a los compañeros del Bauen manifestándose en Neuquén contra alguna acción represiva del gobierno provincial contra los compañeros de Zanón, o marchar en Bahía Blanca por la expropiación de un frigorífico; o como días atrás, llevando permanentemente comida y dinero a los compañeros del Hospital Francés.

La acción y la conciencia política son las únicas formas de sostenernos. Para eso invertimos parte de la producción y de la ganancia en la lucha de los trabajadores. Creemos que es la única manera de poder encontrar la unidad entre todos y, desde allí, plantear una política de cambio social. Estamos absolutamente convencidos de que esa política se logra con la unidad de los movimientos, más allá de las diferencias estratégicas que cada uno pueda tener. Es muy importante eliminar la fragmentación para formar parte de una nueva construcción emancipadora de los trabajadores.

Como dije antes, lo más importante del movimiento de empresas recuperadas es su papel pedagógico ante los compañeros, la confirmación de que se puede producir sin la existencia del patrón. Esta es una batalla cultural, porque las empresas recuperadas no surgieron porque los compañeros hayan tenido claro que los medios de producción tienen que estar en manos de los trabajadores; surgieron como la única alternativa seria para poder

enfrentar la desocupación; porque como le escuchamos decir a Neka Jara en este mismo ámbito, en este país estar desocupado es morir¹. En aquel contexto donde el 54% de la población se encontraba en la pobreza y el 32% era indigente, tomar la empresa fue un acto de desesperación y muchos no comprendieron el significado de lo que estaban haciendo.

Por eso hay que desarrollar e insistir en este papel pedagógico, demostrar que se puede producir sin el capital. Teniendo en cuenta las limitaciones de este proceso, no es fácil soportar la presión que nos genera el mercado capitalista. Por eso es importante que comencemos a reflexionar hacia dónde vamos con nuestro movimiento. Los compañeros desocupados, las empresas autogestionadas y las cooperativas de vivienda, tenemos que pensar hacia dónde vamos con todo este tema si no logramos unirnos y producir un cambio social en el país. Nosotros intentamos dar este debate.

1 Ver: Capítulo 6. “Autogestión como desafío. Las organizaciones autónomas” en este mismo volumen

Capítulo 5.

“Ruinas emergentes”.

Solidaridad y Cooperación en la organización del trabajo

La lógica que colonizó los espacios de la vida moderna excluyó e inferiorizó otras formas de organizar la reproducción material de la existencia humana. En tierras altas como el altiplano andino o en las grandes alturas de los montes asiáticos, comunidades enteras habían logrado la autosuficiencia alimentaria. Un modo de relacionarse con la naturaleza había logrado la preservación de la biodiversidad (el 80% de la que perdura, actualmente, está en zonas campesinas e indígenas). Aquellos modos de trabajo basados en intercambios y ayuda mutua, esos modos artesanales de organizar la existencia, fueron desvalorizados en nombre de “la modernización”. Fue un proceso que tuvo graves consecuencias económicas, ecológicas y alimentarias; fue un proceso netamente cultural; fue un gran desperdicio de experiencias en un presente que se invisibilizaba en nombre de un excedente futuro que se denominó “progreso”.

Muchas comunidades y poblaciones no ingresaron en la modernización; fueron excluidas de sus ventajas y desacreditadas en sus formas de vida: fueron los “atrasados”, “inferiores” y para usar las metáforas de Boaventura de Sousa Santos, fueron “Sur”, quedaron abajo no sólo en las cartografías sino en todas las escalas de valoración.

Partimos de la base de búsquedas y transiciones hacia otro tipo de arquitectura social de la que, como sostiene Boaventura de Sousa Santos, sólo se perciben algunas “vibraciones emergentes”. En ella, una nueva mirada sobre el trabajo se hace imprescindible. La propuesta es pensar en estas viejas formas de organización social y del trabajo que en el sistema capitalista hegemónico han quedado olvidadas, relegadas, soterradas, combatidas y negadas y que hoy parecen tener nueva vigencia, nuevos sentidos políticos y económicos como pueden ser las experiencias de las comunidades indígenas en América Latina, los mundos campesinos, las cooperativas, que también surgieron al calor de la revolución industrial, cuando el capitalismo se consolidaba. Es decir, una serie de modos de organización socio-económica que surgían como alternativas a ese modo de producción, que hoy todavía siguen vigentes, que no han sido

eliminados por el sistema capitalista y que han mantenido una vigencia de la que en su momento se descreía como con los modos campesinos e indígenas de producir y de reproducir la vida.

Las diferentes economías de Bolivia

Shirley Orozco Ramírez

Shirley Orozco Ramirez es una socióloga boliviana, periodista y experta en comunicación

Hace poco tiempo en Bolivia ocurrió un episodio digno de reflexión: el conflicto Huanuni en el Cerro Posoconi; allí, dos hermanos de lucha, por un lado, los mineros asalariados y por el otro, los mineros cooperativistas, se enfrentaron a muerte por unos trabajos totalmente precarios. ¿Estamos ante los límites del desarrollo y del progreso como algo deseable y anhelado?, ¿está asegurada la auto-subsistencia y la supervivencia del ser humano?, ¿será que han desaparecido ciertos principios de comportamiento como la reciprocidad y la distribución, característicos de las economías más simples –como diría Polanyi? En ese sentido, considero que hemos llegado a los límites de un capitalismo que ha tenido toda una historia y toda una época pero que, a la vez, no ha logrado erradicar a otros sistemas económicos.

La exposición que sigue va a estar centrada en la experiencia boliviana de diferentes tipos de economía y, en particular, en las economías comunitarias que tenemos actualmente. Por un lado, existen diferentes sistemas económicos en convivencia; por el otro, en Bolivia se pueden esbozar propuestas alternativas en materia de construcción de otra arquitectura social. Aquí veremos qué se puede rescatar de las diferentes sociedades, economías y experiencias que se dan en mi país, en la actualidad.

En los últimos cincuenta años, bajo el sistema capitalista, se han llevado a cabo dos proyectos de modernización en Bolivia. Primero, el capitalismo de Estado, que tiene que ver con una reindustrialización moderna de la economía, con la explotación de la minería específicamente. Posteriormente, en 1985, tenemos la incorporación del modelo neoliberal y la aplicación de este modelo basado en el “libre mercado”, la atracción de inversiones extranjeras, las privatizaciones, la capitalización de los recursos naturales, de los servicios públicos, de las empresas estatales, etc. Este tipo de economía no ha logrado trastocar totalmente a otros sistemas económicos. Según varios estudiosos, en el país se podrían reconocer inclusive tres formas diferentes de sociedad. Como diría el sociólogo René Zavaleta, Bolivia es una “sociedad abigarrada”.¹

Por un lado, coexisten el modo capitalista de producción, la economía de mercado, una industria moderna donde impera el individualismo, un Estado capitalista donde priman reglas de competitividad, racionalización, eficiencia, etc. Por el otro, está el modo simple o doméstico de producción que está articulado con el capitalismo dominante pero mantiene su propia estructura. Aquí se insertan los pequeños terratenientes, los artesanos, los productores campesinos con base familiar; se trata de una economía donde todos los integrantes de la familia participan de las diferentes tareas en las cadenas productivas. No es una economía comunitaria y sin embargo tiene diferentes componentes comunitarios que la permiten mantener su cohesión y también su reproducción. Por último, tenemos el modo comunitario de producción que se apoya en una institucionalidad comunitaria con modalidades diferentes.

Lo que caracterizaba a estos tres tipos de economías era un choque y un conflicto de lógicas. Expresándolo de manera muy simple, se trata de la lógica de las comunidades indígenas en conflicto con aquellas formas económicas que el capitalismo no expulsa del todo porque no le hacen competencia. En este sentido, quiero explicar la diferencia que, desde estos dos puntos de vista, adquieren ciertos conceptos.

Comencemos con la categoría “tiempo”. Para un modelo occidental el tiempo es unilineal, conlleva la idea de progreso. Para las comunidades, el tiempo es cíclico y no permite ser racionalizado. Un ejemplo al respecto es lo que ocurre con las comunidades guaraníes de Itika Guazú, que tienen que negociar la compensación socio-ambiental con las petroleras instaladas en la región. Las petroleras, apuradas por extraer petróleo y compensar los gastos, no entienden que las comunidades tienen que respetar ciertas formas deliberativas como por ejemplo la de informar en las zonas y luego en las regiones sobre el consenso alcanzado en las comunidades, para recién entonces tomar una decisión respecto de lo que les propone la petrolera. Esto tarda un tiempo que a veces lleva años. Luego está el tema del “espacio”. En Bolivia existe la división del ecosistema y de los recursos naturales. Tenemos políticas para la minería, políticas para los hidrocarburos, políticas para el área forestal. Sin embargo, la forma de concebir el tema de los recursos naturales por parte de los indígenas tiene que ver con un “todo”. Tanto es así, que actualmente en el proceso de la asamblea constituyente, proponen una concepción de los recursos naturales como totalidad, no como una política destinada a diferentes recursos. También está presente

¹ Se refiere al libro de René Zabaleta Mercado, *Lo nacional-popular en Bolivia*, México, Siglo XXI, 1986.

el tema de la “eficiencia”. Para las comunidades la eficiencia es conseguir autoabastecimiento y seguridad alimentaria, no se trata de la rapidez ni de la cantidad de producción. Por último, está la cuestión de la “propiedad”; para las comunidades no existe propiedad individual, todo es propiedad comunal.

El modelo de sistema económico de gestión comunitaria se basa en la experiencia y no en postulados filosóficos o teóricos. Esta construcción se hace desde “abajo”, desde la unidad nuclear que es la comunidad, hacia el resto de las comunidades, hacia las zonas o “suyos”, dependiendo de la división territorial propia de los diferentes lugares.² En total tenemos 38 pueblos indígenas en Bolivia, cada uno con su propia cultura y su forma de concebir todas estas cuestiones. Para muchos, este sistema comunal no tiene mucha relevancia porque no ven las relaciones económicas desde la macroeconomía. Sin embargo, creo que es muy importante que se empiecen a aceptar estos conceptos para repensar otro tipo de economía en el futuro.

En Bolivia no se concibe a los indígenas como sujetos sociales; en un sentido similar, Nina Pacari, una compañera ecuatoriana, decía: “no nos ven como sujetos económicos, nos ven como sujetos políticos, sociales, culturales, inclusive parte del folklore, pero no como sujetos económicos”.

No se trata de mantener la economía comunal tal como era originalmente ni de reproducir el modelo tal como se presentaba en diferentes lugares; el eje central de esta propuesta es rescatar su dinámica de funcionamiento y aprovechar al máximo todas sus potencialidades. Los conocimientos y las tecnologías constituyen un “ethos” comunal en el que los recursos naturales, el territorio o los sistemas de riego son de propiedad común. Desde un punto de vista urbano, también los medios y los materiales de trabajo son de propiedad comunal. Lo que varía es el tipo de trabajo que no está enajenado, ya que es usufructuado individualmente como individuo o como familia. A diferencia de lo que pasaba en el imperio incaico, donde quienes pertenecían al él tenían que trabajar para el Estado, aquí se trata más bien de no enajenar la fuerza productiva. En este sentido, se trata de que no exista la explotación, que cada comunero pueda trabajar el tiempo que quiera y pueda producir todo lo que quiera.

² La base social de la constitución de la sociedad agraria de Bolivia fue el *ayllu*. Con doscientos *ayllus* se formaba un *waman*, algo parecido a una provincia, varios *waman* integraban un *suyo* o (*suyu* y cuatro de éstos, según los puntos cardinales, conformaban el *Tiwantisuyo*, nombre con el que los incas llamaban a su territorio. Administrativamente, todo el territorio estaba dividido en cuatro grandes regiones, *suyos* o partes. A ello debe su nombre Tahuantinsuyu (una palabra quechua que significa literalmente “Tierra de los Cuatro Cuarteles” o “de las Cuatro Partes”), que a la vez estaba subdividido en cuatro: Antisuyo, Collasuyo, Cuntisuyo y Chinchasuyo.

En el caso del manejo de la tierra, el indígena puede disponer de ella como si fuera de su propiedad. Todo lo que siembra, recolecta y cosecha le pertenece; sin embargo, una vez concluido ese proceso, las tierras vuelven a manos de la comunidad para que sirvan como pastizal y, de paso, se recuperen. En el caso de las fábricas, la colectividad sería la propietaria de los medios de producción; los trabajadores constituidos en asamblea determinarían el tipo de usufructo, los salarios, la distribución de los materiales, etc. La resultante, el producto, podía ser de cada persona de la comunidad, dependiendo de lo que se establezca previamente en cada caso.

Hay ciertos principios que hacen que esta economía sea viable. Por ejemplo, el principio de reciprocidad, concebido como un “dar y recibir” porque lo que importa es siempre el bien común. Otro principio es el de la solidaridad, que se da tanto en el espacio urbano como en el rural porque con los migrantes también migran los saberes. En Bolivia, buena parte de la población urbana reciente ejerce prácticas comunales, por ejemplo, en la construcción colectiva de viviendas. Otro principio es el de la redistribución, que implica el manejar los excedentes de modo que cuando se los obtiene deben disponerse primero para el bien común y luego para la venta. Por eso cuando se les pregunta si ellos producen para vender, la respuesta es idéntica en todos los casos: “si sobra, sí”. Tener excedentes, acumular para vender, no son principios prioritarios para los indígenas.

Otro principio es el de la complementariedad. En los pueblos andinos existía el control vertical de los pisos ecológicos. La idea era contar con una variedad de productos que aseguren la subsistencia mediante el control de los diferentes pisos ecológicos: una comunidad debe disponer, en el mejor de los casos, de la puna, la sierra, la costa y la selva. El control de los cuatro niveles les garantiza lo que necesitan para poder vivir. Un ejemplo relacionado con este principio es lo que ocurre en la región de Itika Guazú que está integrada por tres zonas. Una de las zonas tiene potencial agrícola, sobre todo para el maíz; la otra, por su clima, es apta para la ganadería; la tercera, cercana al río, es propicia para el cultivo de frutas y hortalizas. La diversidad de productos, proveniente de la diversidad de regiones, es lo que garantiza la subsistencia.

Esto último se relaciona con el principio de la autosuficiencia y seguridad alimentaria. Por ejemplo, los chiquitanos de Santa Cruz disponen del bosque seco y los pantanales. Viven de la pequeña agricultura, la caza, la pesca, la recolección, la ganadería y la cría de aves de corral y chanchos; ésto les garantiza la auto-subsistencia y seguridad alimentaria. La introducción de la producción agrícola a gran escala ha puesto en peligro la

seguridad alimentaria precisamente porque se atenta contra la diversidad. Las comunidades que han sembrado solamente soja, hoy se alimentan a “puro fideo”. Una barbaridad.

Finalmente están los principios de preservación y de biodiversidad. No es casual que las reservas ecológicas con las que hoy cuenta Bolivia se encuentren precisamente en los territorios habitados por los pueblos indígenas durante muchísimos años.

Piensen ustedes en la complejidad de reunir estos principios disímiles con la tradición del capitalismo que propone exactamente lo contrario. Pues bien, este es el desafío actual de Bolivia; ¿cómo se puede implantar un modelo que respete los intereses de la mayoría sin atentar contra los intereses de quienes hasta ahora han detentado el poder en la región? ¿Cuáles son los ejes de discusión en la Asamblea Constituyente? Todo esto tiene que ver precisamente con el modelo de Estado que se quiere de aquí en adelante y, específicamente, con el tema de la autonomía y la autodeterminación. En el debate generado sobre estos temas, muchos teóricos así como muchos dirigentes de los movimientos, cuestionan los actuales reclamos de autonomía porque aseguran que sólo sirven en países donde los indígenas son minorías. En Bolivia, ellos constituyen la mayoría, y no están de acuerdo en reivindicar la autonomía de una cierta región porque eso significaría tener que replegarse a los poderes locales. Esto es lo que ocurre con los pueblos indígenas de las tierras bajas, como los guaraníes chiquitanos que son minoría en los territorios de Santa Cruz y de Tarija y que por su tradición y por su historia, son quienes con mayor legitimidad podrían exigir su autonomía en la Constitución. En contra de sus derechos, la oposición ha propuesto las autonomías departamentales, planteadas por una elite empresarial anclada en ciertos poderes locales.

Resistirse a la desaparición. La experiencia del pueblo mapuche

Chacho Liempe

El Consejo Asesor Indígena (CAI) nació en la provincia de Río Negro a mediados de la década del 80 y es una de las organizaciones mapuche de más larga trayectoria en el Puelmapu; mayoritariamente campesina, a lo largo de sus casi 20 años ha recorrido diferentes caminos, muchos de ellos comunes a otras organizaciones mapuche surgidas en esta región. El CAI considera que la organización del pueblo mapuche debe desarrollarse por fuera de las instituciones estatales y de las estructuras partidarias, y aunque en principio su lucha parece ser por la recuperación de sus tierras, afirman que es mucho más profunda y que no terminará mientras exista el sometimiento.

Agradezco la posibilidad de estar aquí. Estas son oportunidades en las que uno se detiene a escuchar, a aprender y a comparar las historias de otros con la propia. Yo voy a hablar desde nuestra perspectiva como pueblo mapuche. Les voy a contar cómo vivimos la economía, cómo fue nuestra experiencia al organizarnos en cooperativa y cuáles fueron los problemas legales con los que tuvimos que lidiar. Pero antes de eso no puedo dejar de explicarles quiénes somos y por qué estamos hoy aquí. Personalmente, no me resulta fácil. Porque hay que hacer un alto y mirar hacia atrás, hacia la propia vida y la propia historia que está entramada con la de nuestro pueblo. Mi historia no solamente me implica a mí, sino también a mi familia y a mi familia dentro del pueblo mapuche. Mientras hablo se mezclan las sensaciones y los sentimientos. Hace un rato, cuando esperaba afuera a que terminara la pausa y trataba de concentrarme en lo que les iba a decir, tuve una sensación de enorme responsabilidad. ¿Por qué? Porque recordaba que hace casi cien años atrás por esta misma calle pasaba nuestro *lonco* (jefe) nuestro; lo llevaban a La Plata donde terminó por morirse. Pensaba también en lo que habría sentido el cacique Pincén cuando lo llevaban encadenado para matarlo en la isla Martín García. Nuestra lucha está inserta en la tradición de esas mismas luchas. Ellos, como hoy nosotros, trataron de defender su espacio vital para seguir viviendo como lo habían hecho hasta entonces. Eso mismo es lo que hoy pretendemos nosotros: nada más que seguir viviendo de acuerdo a nuestra tradición y a nuestro modo de ser. Este es el contexto en el que me instalo para contarles acerca de

nuestra situación actual. Y repito: no me resulta fácil a pesar de que este no es mi primer coloquio, a pesar de que he juntado alguna experiencia.

Nuestra lucha de hoy tiene lugar en un mundo tan complejo que uno jamás termina de abarcarlo; hay que instruirse permanentemente, hay que seguir estudiando, leyendo y escuchando a los que saben. Coloquios como este son una oportunidad para adquirir conocimientos. Les pido a las compañeras que organizaron este evento que me permitan comentar el título de esta Mesa. Cuando les mencioné el título de la Mesa a los compañeros, a los *peñis* nuestros, ellos se sorprendieron. “¿Qué podés hablar vos de ‘ruinas emergentes’?”, me dijeron. Yo pienso que tal vez sería mejor hablar de “pueblos emergentes” o “sectores emergentes” porque nosotros somos eso: un pueblo que se resiste a desaparecer. No nos entregamos. Queremos seguir viviendo. Tenemos la misma necesidad de toda criatura humana o natural que es la necesidad de estar vivos. La vida es una insistencia en permanecer; una insistencia en persistir en lo que uno es, con todo lo que ello implica: su presente, su pasado y, desde allí, su futuro. Por eso es que también quiero comentarles por qué lo de “pueblo” mapuche. Este no es un concepto antojadizo, sino que tiene raíces y explicaciones muy antiguas, en las que se remonta la larga historia de nuestro pueblo. Nuestros mayores intentaron explicarlo de distintas formas e hicieron que fuéramos incorporando el conocimiento que hoy quiero transmitirles a ustedes para que puedan entender un poco nuestro punto de vista al abordar esta temática. Como pueblo -porque los mapuche somos eso, un pueblo, una nación- sabemos de dónde venimos. Eso puede comprobarse científicamente si se infiere la historia en los rastros que hoy mantiene la geografía; allí en nuestra cordillera, en los picos más altos, todavía pueden encontrarse restos de caracoles y restos de animales marinos. Esto significa que hace muchísimos años hubo un cataclismo, un movimiento de tierra que hizo que todo se acomodara. En la época posterior al cataclismo nace el pueblo mapuche. La gente nuestra nunca sostuvo que en esa época nació “la humanidad”. El pueblo mapuche nace en la misma situación de insistencia por seguir viviendo como la que estamos hoy; es decir, el pueblo mapuche nació de un cataclismo, nació mientras el mundo desaparecía, más o menos como hoy, sólo que ahora no nos damos cuenta de que el mundo está desapareciendo.

Aquel cataclismo contribuyó a que los mapuche tuvieran que entender la importancia de resolver los problemas en conjunto. De aquella necesidad resulta la concepción de que cualquier problema se resuelve entre todos y para todos. Otro conocimiento que nuestro pueblo trae de aquel cataclismo fue la necesidad de observar y de respetar a la naturaleza. Sólo el

conocimiento profundo de la naturaleza pudo hacer que nuestro pueblo sobreviviera en aquel entonces y que luego se desarrollara en conjunto, entre todos, como pueblo. La historia nuestra lo cuenta como un cuento. En ese cuento hay dos fuerzas: Caicai y Trentren. Uno sostenía la tierra, el otro sostenía el mar. Ahí surge nuestro pueblo. Este país, este Estado argentino también quiere ser un pueblo, está en permanente lucha por serlo, pero fíjense, que es un pueblo inventado; no tiene lengua ni tiene religión propia. En el caso nuestro, no es así; nosotros tenemos lengua propia, tenemos nuestra espiritualidad y tenemos un territorio, que es el mismo en el que hoy se desarrolla nuestra vida. Un territorio donde se desarrolló nuestra cultura y nuestra forma de ser y que determinó el comportamiento de nuestro pueblo durante cientos, miles de años conjuntamente con el resto de la naturaleza. Nosotros nos desarrollamos con (y no contra) la naturaleza; tenemos una enorme comprensión de la naturaleza, estamos en empatía con ella. Por eso es que nosotros decimos que venimos de la naturaleza y le pertenecemos. La naturaleza nos posee a nosotros, no a la inversa. Somos gente perteneciente a la tierra, hijos de la tierra. Aquí aparece un elemento que marca la diferencia fundamental con este sistema hoy vigente, que es el capitalismo; este capitalismo construido sobre el eje central de la propiedad privada. La propiedad privada es esencial a la cultura de occidente. Nosotros somos distintos, nadie es dueño de nada: no somos dueños de la tierra sino que le pertenecemos a ella.

El enfrentamiento entre el sistema capitalista y nuestra concepción aparece inmediatamente después de que se invade nuestro continente. No podía ser de otra manera porque el pensamiento capitalista, su ideología, siempre tiende a avanzar y, cuando avanza, busca sobre todo la apropiación de la tierra. Para apropiarse de nuestro territorio había que anular a nuestro pueblo. Este es el origen de la historia y es exactamente lo que sigue sucediendo ahora mismo. Hoy nos toca a nosotros resistir en esa lucha que en nuestro caso concreto no es tan larga, apenas tiene cien años. Quiere decir que mi abuelo, mis abuelos por parte de madre y padre, participaron de esta misma guerra y sintieron su efecto, lo que a su vez ayuda a tener fuerzas porque la historia, cuando es reciente y se siente todavía en la piel, da mucha fuerza. No se trata de la historia que alguien escribió hace muchos años. No. Es la historia que me contó mi abuela, como el cuento del Caicai y Trentren, y la historia de la guerra que me cuenta después mi padre. Ahí se conjugan dos características diferentes, por un lado mi abuela con todo su sentimiento y su visión espiritual; por el otro mi padre, como

varón, con su sentido práctico y su conocimiento concreto de las dificultades. La historia reciente contada por los mayores tiene mucha más energía que la historia aprendida en los libros; así vista, la historia marca pautas para la vida y una visión del mundo. Después, cuando el tiempo pasa, se van enraizando las conductas inconscientes; aprendí de la psicología que las conductas inconscientes ayudan. Una de esas conductas es el silencio. Nosotros pasamos casi cien años en silencio y volvimos a aparecer. Emergemos con nuestros conocimientos y nos preparamos, otra vez, para resistir. Consciente o inconscientemente -hoy tal vez más conscientes- nos estamos preparando para seguir fortaleciendo la manera de permanecer como seres humanos y como pueblo.

Por eso es necesario seguir estudiando, porque estamos en un medio totalmente hostil, confrontados con una lengua y una cultura que no son las nuestras. Esto no sólo le pasa al pueblo mapuche, sino a todos los pueblos originarios que habitan el suelo argentino; el sufrimiento es grande y la humillación también. Nos exigimos estudiar porque queremos salir de esta situación y estar armados para enfrentar las miles de dificultades que aparecen en el camino. A cada dificultad tenemos que buscarle una solución y la solución depende siempre de encontrar una vía de subsistencia; cómo resolver el problema del hambre, de la nutrición, de la educación; cómo resolver los problemas legales y jurídicos. Por defender el territorio, por el afán de avanzar en la recuperación de nuestra tierra, hoy hemos adquirido un montón de conocimientos en materia jurídica. Hemos aprendido, por ejemplo, la diferencia entre lo que es tierra de producción, tierra de apropiación y territorio.

El territorio es el espacio para desarrollar la vida, con toda la complejidad que eso significa. No se trata de desarrollar la vida a partir de pautas fijadas por las leyes de un Estado, sino como un territorio para la convivencia y el mutuo sostén de la comunidad. Hablamos de territorio para mencionar a todos aquellos elementos visibles e invisibles que constituyen el mundo de una comunidad. Territorio es también el aire que respiramos, el cielo que nos da amparo o el viento del que nos protegemos. Esta manera amplia de entender el territorio no es de ahora, no tiene que ver con los recursos naturales sino con lo que nos enseñaron nuestros mayores acerca de la tierra que habitamos. Esto fue siempre así, desde hace miles de años. En nuestra lengua materna el territorio era el Huitral Mapu que, traducido, significa literalmente *espacio para la vida*.

Este espacio para la vida, el territorio mapuche, abarcaba también la provincia, el lugar donde estamos y desde donde empecé a caminar el otro

día para llegar hasta aquí, hasta el lugar en el que estoy ahora. Es decir, desde Río Negro hasta Buenos Aires. O sea que yo como mapuche recorrí todo nuestro Huitral Mapu para llegar a esta reunión. Yo vengo del sur de Río Negro y nuestro territorio se extiende hasta lo que hoy es Chile. Nuestro pueblo está en los dos estados. Los dos estados que se apropiaron de nuestro territorio en una lucha programada en forma conjunta. Esa es la situación nuestra. Lo que nos toca vivir hoy.

Al comenzar a organizarnos tuvimos que enfrentarnos, como dije, a un medio hostil. Primero tuvimos que averiguar cómo nos veían en ese medio para el que teníamos que definir si éramos campesinos, agricultores o trabajadores rurales. Esa búsqueda de identidad nos fue fortaleciendo en la compleja discusión con todo lo que es el medio rural. En este sentido, todo lo que respecta al campo y a la tierra exige discusiones muy complejas con una sociedad permanentemente enfrentada con nosotros. Y a veces es mucho más difícil convencer a quienes simpatizan con nosotros. Nos resulta muy difícil el hecho de tener que discutir con los compañeros campesinos con quienes sí compartimos la forma de producción pero no la cultura. Ellos no entienden que nosotros no podemos renunciar a nuestras tradiciones de propiedad colectiva, venta comunitaria o agricultura en pequeña escala. Desde nuestra organización, el Consejo Asesor Indígena (CAI), mantenemos muy firmemente esta posición. Mientras escuchaba al compañero de Zanón -seguramente en algún momento nos sentaremos a charlar- descubrí que tenemos muchas cosas en común. Por ejemplo, nosotros tampoco esperamos nada del Estado; nuestra experiencia como pueblo nos ha demostrado que ningún Estado, ningún gobierno, por más abierto o progresista que sea, va a conceder lo que nosotros reclamamos. En este sentido no tenemos expectativas ya que los Estados modernos están concebidos a partir de nuestra exclusión. Esto significa que, en un mundo donde prácticamente sólo existe la propiedad privada y esa propiedad se concentra cada vez más en pocas manos, una comunidad como la nuestra, por más pequeña que sea, no tiene lugar. Para que tenga lugar hay que pensar en alternativas profundas. Cuando el país sufrió la última crisis, un gran sector de la sociedad pedía “que se vayan todos”. Con esa proclama se estaba pidiendo que entre todos pensáramos una alternativa, una diferente manera de vivir y de gobernar. Nosotros acordamos con eso y nos puso contentos coincidir con gran parte de la sociedad en ese momento. Nos gustaba ese desafío de pensar cómo sería la nueva forma de establecer lazos sociales o qué nombre llevaría la nueva política. De algo estábamos y estamos seguros: surja lo que surja, tiene que ser radicalmente diferente

a lo que tenemos ahora. En este sentido se trata de pensar más allá del capitalismo, se trata de pensar por ejemplo en relaciones nuevas entre los distintos sectores.

Aquí aparece el primer problema: la aceptación del otro. ¿Cómo podemos pensar en un sistema diferente si solamente pensamos en nosotros? ¿Cómo vamos a desarrollar un pensamiento común si sólo nos ponemos de acuerdo entre nosotros? No, el mundo no es así. Así como el mundo está compuesto de distintos pájaros, distintos animales, distintas especies, también los seres humanos se constituyen en distintos pueblos, distintas experiencias, distintas formas de ser. Si queremos seguir viviendo tenemos que respetar al otro. Si seguimos como hasta ahora, siempre vamos a estar en problemas. Cuando decimos que nosotros queremos seguir viviendo decimos que queremos seguir siendo lo que somos. Ya lo planteábamos hace unos diez o quince años atrás, principalmente frente a los compañeros campesinos y a los compañeros de izquierda. Vamos a pensar otra cosa; les decíamos “sí, que se vayan todos, queremos participar de esta discusión pero no vamos a ser carne de cañón, no vamos a ser número para las elecciones”. Vamos a discutir la política, vamos a pensar en los problemas complejos, mediatos y a largo plazo.

En este andar que es la lucha por el territorio, descubrimos la necesidad de definir desde dónde, desde qué plataforma se empiece de nuevo para construir algo diferente a la permanente explotación y al continuo hostigamiento que sufrieron nuestros mayores, cuando se instaló el Estado nacional sobre nuestro territorio. Porque este Estado argentino se apropió de lo nuestro a través de nuestro exterminio. Pero seguimos existiendo aunque siempre en espacios más reducidos. Con el ejército de Roca, de Alsina y de Sarmiento perdimos una gran parte. Después vinieron los inmigrantes, gente que llegó sin nada, a pie, con una bolsita al hombro o con alguna mercadería cargada sobre el lomo de una mula. Hablo de los mercachifles, así se les decía antes de que se hicieran llamar comerciantes. Ellos se aprovecharon de nosotros; nos vendían al fiado y cuando la deuda se acumulaba, venían por nuestras tierras. Ellos pudieron abusar de nuestra buena fe porque nosotros éramos como rehenes del Estado: no conocíamos la lengua, no conocíamos las leyes, no sabíamos leer ni escribir, sólo sabíamos lo que era producir para la vida. Ellos se aprovecharon de nuestra ignorancia y nos rapiñaron las tierras con todo el apoyo de la policía, de los funcionarios del gobierno y del ejército. Y así hasta hoy, porque esto no pasó solamente hace veinte o treinta años, no, esto también es de ahora. El gobierno provincial sigue blanqueando los robos y las estafas de esta gente. Ahora podemos

demostrar la usurpación con el código en la mano; les mostramos las leyes que firmaron y aún así, con abogados y juicios de por medio, la situación es muy difícil porque la mayoría de los jueces y funcionarios siempre se ponen del lado de los usurpadores. La ley protege a esos verdaderos ladrones, no son otra cosa, son ladrones y son asesinos. Cada reclamo nuestro está basado escrupulosamente en la legislación del Estado, nosotros siempre nos movemos dentro del marco de las legislaciones vigentes. Acabamos de recuperar 60 mil hectáreas. Primero las recuperamos de hecho y después dimos la pelea legal, que todavía sigue.

Una de las experiencias que nos lleva más directamente al tema que hoy nos convoca fue la experiencia de la comercialización. Nosotros producimos fundamentalmente lana de oveja y pelo de chivo. Logramos vender los productos de manera conjunta. Fuimos superando las trabas y llegamos hasta el exportador. Llamamos trabas a los recursos que tiene el sistema para protegerse. Por un lado está el gobierno con sus legislaciones; por el otro, el mercado con sus formas perversas de funcionamiento destinadas a proteger al que más tiene. Nosotros nos constituimos en cooperativa pero al poco tiempo comprobamos que ese sistema no nos servía. ¿Por qué no nos sirve a nosotros y sí les sirve a los demás? Simplemente porque el modelo de las cooperativas funciona dentro del sistema. Por decirlo de alguna manera, el sistema tiene una forma de funcionar en miniatura, funciona de manera parcial, sin tener en cuenta al conjunto. El sistema exige estructuras complejas en las que todo se mueva como en un engranaje donde se desconoce lo que hace el vecino: hay que tener un presidente, deben existir los vocales, el secretario, el contador y así. Ninguno de ellos sabe lo que hace el otro; las leyes en la Argentina repiten los esquemas del Estado; esta estructura constituida por el presidente, el tesorero y el contador termina por armar un casillero jerárquico que, para funcionar, cuenta con las prebendas. Allí es donde empiezan los problemas.

El problema es cultural: sucede que nosotros no encajamos en el sistema. Cuando nosotros empezamos a organizarnos, nuestra convocatoria tenía como eje central la preservación de nuestra identidad. Dentro de este planteo, una de las soluciones posibles para vender nuestra producción era constituirnos en cooperativa. Hicimos entonces una cooperativa a pesar de que no teníamos la menor idea de cómo funcionaba. Fuimos conociendo sus mecanismos sobre la marcha y allí descubrimos que toda esa legislación sólo terminaba por condicionarnos. Aún así la llevamos adelante. Desarrollamos la acumulación, la producción y la venta en forma comunitaria. En nuestro sistema todos participaban en juntar la lana, clasificarla, seleccionarla,

pesarla y venderla. Para la venta se elegía siempre a una persona diferente que venía con el dinero que, lo reconozco, no era poco. Llegamos a juntar 300 mil kilos de lana cuando el kilo de lana estaba a 6 pesos. Traíamos ese millón y tantos que juntábamos, en los bolsillos de nuestras camperas y el dinero le llegaba moneda por moneda a cada uno de los que estaban esperando el fruto de su trabajo. De ahí se salía a la compra de mercadería en conjunto, para todo el año. Pero nos embromaron. Nos embromamos porque el sistema no es compatible con nosotros. ¿Por qué? Porque nosotros somos de hecho una cooperativa, nuestra manera de producir constituye de hecho una forma de relación colectiva y comunitaria. Entonces, todo lo que sea legal, todo lo que sea aplicarnos una forma estructurada a nosotros nos descontrola. Nosotros nos movemos por sentimientos, porque entendemos que tiene que ser así, porque sabemos que cuando se junta la lana hay que salir a ayudar a la gente más anciana, ayudarle a pesar, a acarrear, a juntar. Entendemos naturalmente que todos tenemos que estar enterados de las cuentas y saber cómo manejarlas, también los jóvenes. Todos deben compartir el conocimiento y nadie tiene que ser imprescindible. Pero el sistema no funciona así. El sistema hace que sean sólo dos o tres individuos los que desarrollen conocimiento. El sistema encasilla y estratifica. Nosotros tenemos una manera de ser y el Estado nos obliga a que esta forma de ser se adapte a sus cánones. Y no sólo interfiere el Estado, ahora nos dimos cuenta de que también está el Banco Mundial con las exigencias que imparte a través de diferentes ONG's que financian programas productivos y cooptan a nuestra gente. Todo eso fue muy negativo, casi perdimos la posibilidad de organizarnos. Con la cuestión de la legalidad y la necesidad de nuestra gente de vender su lana se nos fueron muchos compañeros. Esos programas limitaban las discusiones políticas y sólo se acentuaba la cuestión comercial. Finalmente volvimos a lo nuestro que es discutir y decidir todo en forma conjunta porque todo está relacionado y no se puede actuar de manera fragmentada.

La cuestión de la producción tiene que ver con todo el sistema de la vida y constituirnos en cooperativas terminaba por atentar contra nuestra manera de ser. En ningún momento les dijimos que no a las cuestiones colectivas o a las cuestiones comunitarias porque ellas son parte esencial de nuestra cultura. Las asambleas –que nosotros llamamos *Trabún*– son las que determinan, y esto no es de ahora, es una costumbre ancestral de nuestro pueblo porque las decisiones se toman en conjunto. Ahora bien, este sistema nos mete todo tipo de trabas legales desde el carnet de productor hasta la personería jurídica.

Hicimos también la experiencia de relacionarnos con otros grupos. Llegamos a comprarle 20 mil kilos de yerba a una cooperativa de Misiones. Por el tipo de vida que llevamos allá, nosotros siempre compramos al por mayor y al contado. Al comprarle a los misioneros queríamos evitar comprarle a las empresas, pero el funcionamiento de las empresas hizo que siempre tuviéramos que recurrir a los compradores de la región. La gente que conoce la cuestión del mercado sabe que las grandes empresas se protegen entre ellas: si uno quiere comprar en Bahía Blanca, allí le dicen “no, ustedes tienen que ir a comprar a Bariloche”. Se ponen de acuerdo en que la harina se compra en un lado, la yerba en el otro y así. Nos pusieron trabas para evitar que le compráramos a las cooperativas o a algún grupo que se organizaba fuera de nuestra región. En algún momento pensamos comprar el arroz directamente en la Provincia de Entre Ríos. Para solucionar el problema del transporte hablamos con camioneros que estaban sin trabajo y vimos que era posible llegar a un acuerdo. Pero finalmente no pudimos concretar la compra porque el gobierno de la Provincia salió con este reglamento que nos obliga a proveernos dentro de la región. Es por todo esto que nosotros, en este momento, no queremos entrar en cooperativa. Estamos buscando la forma de resolver nuestros problemas en forma comunitaria y colectiva, no a través de las cooperativas. ¿Cómo lo vamos a hacer? Lo estamos pensando, porque no sólo pensamos en hacer valer nuestros productos, sino también en resolver nuestro problema de producción. Parte de este planteo es la recuperación de las semillas para llevar adelante el tipo de agricultura que podemos tener en el sur.

Decía que todas las leyes están dirigidas a proteger al capital. Nuestra experiencia demostró que a la gente del gobierno le preocupa muy poco si nos organizamos como cooperativa o nos organizamos como comunidad con personería jurídica. Lo que sí le preocupa al gobierno es que aspiremos a constituirnos en una estructura independiente del Estado. Sí le preocupa nuestro cuestionamiento del sistema y nuestra pretensión de funcionar de otra forma. Ahí sí, ahí mueven todo su aparato. Las barreras que se cierran son cada vez más impenetrables, nos chicanean a través de controles como el Senasa. Nosotros queremos vender en conjunto y hoy tampoco podemos hacerlo: si no se está en una cooperativa no se puede vender en conjunto. Hay que tener todo un paquete de documentación que autorice a vender como productor. Hoy no podemos vender en forma comunitaria ni siquiera si la lana sale a nombre de uno. Juntamos 300 o 400 mil kilos de lana a nombre de uno, pero tampoco se puede hacer. Nos van encerrando. Nos tienen encerrados en eso y también en la pelea por el territorio. Pero aún

así estamos pensando cómo encontrarle la vuelta. Antes la pelea nuestra era con el mercachifle. Cuando dejamos atrás al mercachifle aparece el mercado. Vendiéndole lana a un exportador entendimos bien cómo era este asunto del mercado. Tuvimos que aprender que la lana se vende por finura. ¿Quién determina la finura o la calidad de la lana? La determina el mercado. ¿Quién determina el mercado? Los que realmente tienen el control, es decir, el monopolio de la lana y ellos también determinan la finura diez o quince años antes de que lo sepan todos. Te dicen: para el dos mil no sé cuánto vamos a precisar esta finura de lana y proyectan sus carneros en función de esa calidad. Diez años después son ellos los únicos que tienen ese tipo de lana. ¿Quiénes son ellos? Los que tienen el monopolio, los Benetton. Nosotros salimos a correr atrás y nunca llegamos.

Quienes nos ayudaron a entender las políticas de los gobiernos y de organismos como el Banco Mundial fueron los compañeros del Movimiento Sin Tierra y de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC). Entendimos cómo funciona el Banco Mundial y qué papel juega dentro del capitalismo. La gente del Banco Mundial fiscaliza lugares impensables, mínimos como el nuestro, con el fin de investigar si le conviene aplicar sus políticas. Esa política significa, por supuesto, avanzar sobre la concentración de las tierras, sobre nuestro territorio y desplazarnos del lugar en el que estamos.

Por ejemplo, llevaron adelante un programa de investigación sobre desarrollo sustentable que, en su desmesura, es muy parecido al proyecto de desarrollo de la Campaña del Desierto. Hoy en día las campañas de exterminio se llaman desarrollo sustentable. Nosotros accedimos a los documentos de ese plan que se propone el desplazamiento de los pequeños productores de la Patagonia. ¿A qué se refiere con “pequeño productor”? El que tiene por lo menos 6 mil ovejas. La gente nuestra tiene un promedio de 300 ovejas. Quiere decir que nosotros no existimos. Este programa del Banco Mundial tiene el apoyo del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y del Estado argentino. Los recursos del Banco Mundial se invierten en nuestra desaparición, lo que en los hechos significa la construcción de viviendas para nosotros en los sectores urbanos. Este sería un desplazamiento sin coerción, pacífico, que es mucho más barato que sacarnos por la fuerza; sea como fuere, llegado el caso no van a vacilar en desplazarnos con las armas. Estos programas de desarrollo sustentable se repiten de manera idéntica en el caso de la deforestación y de la industria minera.

Volviendo al caso de las cooperativas, nosotros entendemos que la formación de cooperativas es una forma de tenernos controlados, pero estamos

dispuestos a romper ese control, porque de otra manera no podemos desarrollar nuestra vida. Contamos con sectores que piensan como nosotros y están dispuestos a dialogar e intercambiar experiencias. Tenemos que pensar que el diálogo es posible porque hay muchos sectores sociales que tienen problemas muy similares a los nuestros; varios de ellos están presentes aquí. El intercambio nos ayuda a entender el mundo y nos saca del encajamiento de luchar sólo como pueblo mapuche. De ahí que entendamos que la cuestión es mucho más amplia, más compleja y supera los límites de un país. Nosotros decimos: vamos a seguir siendo pueblo mapuche. Si se logra o no, eso lo dirá el tiempo, depende de nuestra capacidad. No queda mucho tiempo. Hoy me toca a mí seguir el camino de mis padres. Nuestros hijos ya han empezado a andar su camino y lo que pase de aquí en más depende de nosotros como pueblo mapuche pero también del desarrollo de toda la sociedad con la que debemos reforzar el diálogo.

Reclamo campesino y reclamo indígena

Nosotros luchamos por el territorio, los campesinos, por la tierra. Este es un tema bastante complejo. La gente de la ciudad se alimenta de carne, de huevos, de harina, de todo lo que produce el campo. Los pequeños agricultores, los campesinos entienden nuestra lucha. Lo que no entienden es que no queremos asimilarnos; no comprenden nuestras reivindicaciones como pueblo. En este punto, los campesinos piensan igual que los grandes dueños del capital: ellos conciben a la tierra solamente como medio de producción. Nuestro planteo es mucho más profundo. Tal vez ustedes mismos piensen diferente y ahora mismo estén pensando que lo nuestro es un capricho cultural. Cuando era chico yo hablaba mucho con mi abuela, la madre de mi mamá, que era de Azul. Ella era *ranculche*, que es una rama de los mapuche a los que luego los científicos llamaron erróneamente “ranqueles” para separarlos de nosotros. Los ranculche son parte del pueblo nuestro. Fue mi abuela ranculche la que me informó sobre aquel cataclismo original que dio origen a nuestro mundo. Mi abuela estaba convencida de que ese cataclismo iba a repetirse con mucho sufrimiento no sólo para el pueblo mapuche sino para todo el mundo. Siempre me pregunté cómo iría a ser ese cataclismo. En algún momento pensé que podría parecerse a la bomba atómica. Eran las épocas en que uno de los dos sectores estaba siempre a punto de apretar el “botón rojo”. Después cayó el Muro y en este último tiempo le voy encontrando la explicación al enigma de mi abuela. Estoy entendiendo por qué mis mayores insistían tanto en la necesidad de conocer

el medio que nos rodea, de cuidar el entorno al que pertenecemos. Hoy asistimos al cambio climático que proviene de la destrucción de la naturaleza a nivel mundial: ya casi no hay bosques, los glaciares se derriten, los mares se contaminan, hay cada vez menos agua potable... Mi abuela no estaba tan errada.

Esa situación que tanto nos preocupa es la que queremos discutir con el conjunto de la sociedad porque todos están abarcados en el cataclismo. Entre todos tenemos que pensar en algo distinto. Este no es solamente un problema ecológico: no se trata de tomar menos agua, bañarse con menos frecuencia o ahorrar electricidad poniendo bombitas de poco consumo. Se trata de comprender quiénes son los responsables de la destrucción de la vida. Nuestros gobiernos no están en condiciones de articular legislaciones, programas o lineamientos para evitar la destrucción de la vida. También ellos están sometidos a los intereses de los grandes capitales que hoy dictaminan qué es la política para el medioambiente y al mismo tiempo arrasan con los bosques. Ellos inventan una política para la producción y le meten soja destruyendo grandes sectores de la producción. Esto continúa con la enajenación de las tierras nuestras y la apropiación del agua. Existen personajes increíbles, como el dueño de la Laguna del Iberá, que sale lo más pancho en las tapas de las revistas proclamando que él compró los Esteros del Iberá para conservarlos. ¿Quién le cree? Todos le creen y nadie lo toca. Son los dueños del mundo.

Las mujeres siempre jugaron un papel muy importante en todas las culturas y también en la nuestra. En esta vida que vivimos hoy se han incorporado costumbres y actitudes nuevas como el egoísmo individualista. Nosotros también fuimos víctimas de eso al comienzo de nuestra lucha pero las mujeres nos salvaron. Ellas son hoy quienes van a la cabeza de la lucha porque ellas ven, sufren y entienden la realidad de manera profunda, esencial. Ellas son la transmisión y el sostén de nuestra cultura. Pero esa lucha no se lleva como una reivindicación puramente feminista sino como parte de la lucha del conjunto del pueblo.

Experiencias cooperativas en Europa y Argentina

Gurli Jacobsen

Gurli Jacobsen es profesora de la Copenhagen Business-School de Dinamarca, especialista en cooperativas europeas y una de las más importantes conocedoras de la historia del cooperativismo en la Argentina.

Cuando me invitaron a participar de esta Mesa yo no conocía a Boaventura de Sousa Santos; empecé a leerlo apenas llegué de Dinamarca y recién aquí, en Buenos Aires, comprendí lo de “ruinas emergentes”; inmediatamente me acordé de Quino; de ese dibujo que ustedes deben conocer, el del mundo con el norte hacia abajo y el sur hacia arriba. Ese dibujo ayuda a cambiar la manera de ver estas cosas como si fueran algo fijo. Como muy bien lo explica Libertad (el personaje de la historieta Mafalda), “¿al revés respecto de qué? La Tierra está en el espacio y el espacio no tiene ni arriba ni abajo”.

Ahora bien, en mi presentación en esta Mesa, me propongo desarrollar algunas ideas en relación a tres ejes centrales: 1) la cooperativa como factor de cambio social y su relación con los movimientos sociales 2) la cooperativa como organización y como empresa, y las relaciones entre trabajo y cooperativismo; 3) la cooperativa y las alternativas al mercado.

En cierta manera, las cooperativas existen en las sociedades desde sus orígenes. Aquello que hoy llamamos cooperativas son formalizaciones de una tradición que se vino dando en Europa y que cristalizó en un determinado momento histórico cuando se formaron las cooperativas tal como hoy las conocemos. El proceso en el que ellas se desarrollaron fue paralelo a la industrialización que dio origen a las fábricas y a la urbanización. Los primeros cooperativistas, conocidos como los Pioneros de Rochdale, se dotaron de una serie de normas que, presentadas ante la Cámara de los Comunes del Reino Unido, fueron el germen de los principios cooperativos. Estas normas eran la libre adhesión y el libre retiro; el control democrático; la neutralidad política y religiosa; la venta al contado; la devolución de excedentes; la limitación de los intereses sobre el capital; la educación continua. Aquellos preceptos eran más amplios de lo que habitualmente uno piensa para una empresa común.

Cuando se analizan estas organizaciones hay que verlas, por un lado, como empresas; por el otro, en el contexto de sus actores, de sus agentes y no mirarlas de forma aislada. Si bien se formaron como entidades jurídicas al mismo tiempo que otras empresas capitalistas, las cooperativas tienen una pretensión social que permite ponerlas en el contexto de los factores del cambio social.

Voy a analizar ésto desde “abajo”, desde la perspectiva de los desocupados, los explotados, los pobres, etc. y no desde la perspectiva legalista de la cooperativa. Porque la cuestión legal no tiene necesariamente que ver con el propósito social. Una de las controversias con las que uno se encuentra cuando investiga el tema de cooperativas es exactamente esto. Porque se asocia a la cooperativa con la vida de los que las controlan; entonces mirando a grandes instituciones como El Hogar Obrero y Sancor, o en el caso de Dinamarca, como Arla Food y Tenis Crown, nos encontramos con empresas grandes, que explotan a sus trabajadores, que compiten con cualquier otra empresa capitalista cuyos actores principales son agricultores, empresarios, socios y productores de estas cooperativas.

Algunas estadísticas demuestran cuán fuerte es el movimiento cooperativo danés; por ejemplo, el 97% de la producción del sector lácteo proviene del sistema de cooperativas y de ese porcentaje, el 90% es de Arla Food. De manera que el sector está muy concentrado pero no por ello deja de ser cooperativo. El 88% de la producción de queso proviene del sector cooperativo. Dinamarca es un pequeño país con 5 millones de habitantes. Si miramos su movimiento cooperativo agrícola vemos que tomó forma en 1860 y desde entonces mantiene la misma importancia desde el punto de vista económico. Los principios que regulaban las cooperativas de aquellos primeros tiempos –como por ejemplo la independencia, el voto nominal (y no de acuerdo a la cantidad de vacas que se poseían), la búsqueda del bien común y cuestiones de *empowerment*– le dieron al movimiento la fuerza necesaria para que los granjeros se pudieran oponer a los terratenientes.

Cada clase de producto tenía su cooperativa. Paralelamente, se formaron asociaciones de profesionales que pusieron mucho énfasis en la educación popular. Era una época de expansión de los ideales democráticos; el granjero era consciente de su papel esencial en la sociedad. La consecuencia fue la formación de un sistema cooperativo donde se desarrolló un complejo agro-industrial y político que aún no ha podido ser controlado por el capital internacional, precisamente por ese lazo histórico. Mientras que en aquellos comienzos el 70% u 80% de la población trabajaba en el sector cooperativo, hoy sólo lo hace el 7%. Esto se debe a que en la actualidad

hay un desarrollo de la agricultura orgánica que el sector cooperativista convencional no acepta con mucha facilidad.

El segundo ejemplo que traje para compartir con ustedes es el de las cooperativas de Mondragón, en el País Vasco. Son cooperativas que se formaron con el propósito de dar dignidad al trabajo, por encima del capital. Mondragón es una ciudad en el norte de España que hoy representa una suerte de contra-ejemplo: cuando se dice que las cooperativas de trabajo no pueden tener éxito durante un tiempo prolongado, Mondragón viene a probar lo opuesto porque tiene éxito económico y mantiene los principios de “saber es poder”. Por eso ponen mucho énfasis en la educación; en estar tecnológicamente al día; en aprender lo que sabe el dueño: “no hay nada que no puedas aprender”, “hacer camino al andar”, “tener conciencia de lo que estás haciendo mientras lo haces”.

El tercer ejemplo que deseo mencionar proviene de la Argentina. En 1985 hice mi primer estudio aquí, en las cooperativas agrícolas de origen danés. Lo que surgió como tema central era la cuestión de la independencia respecto de las grandes compañías como Bunge y Born. A través de las cooperativas, los agricultores lograron conocimientos sobre el mercado de granos y también sobre los precios; y este fue un tema fuerte: organizarse contra la dominación del capital internacional en los años cuarenta, en Argentina.

Antes de entrar en el tema de las relaciones entre trabajo y cooperativa, deseo reafirmar que las cooperativas no tienen sentido sin sus actores. Esto es lo que hay que enfocar cuando uno las evalúa y las analiza. Es importante clarificar y distinguir entre estas cooperativas, que en cierta manera son como una palanca económica en un movimiento social, y las otras, que son como una empresa cualquiera, que utilizan la legislación que ya existe en un país. Nosotros estamos hablando de ejemplos donde el propósito social es importante.

Cuando la cooperativa se reinventa

¿Qué pasa hoy en la Argentina, donde el sistema de cooperativas se está utilizando para suplir la falta de trabajo? En realidad esto sucede también en otros países de Europa. En vistas de la exclusión del mercado de trabajo, la organización y gestión autónomas están retomando su importancia en todo el mundo.

En ese sentido, es una lástima que no se puedan transmitir las experiencias de democracia o de autogestión de generación en generación, porque de

hecho, ha habido muchas a lo largo de la historia. De ser así, no habría que inventar algo nuevo cada vez que hay una crisis. Cuando una cooperativa se forma de manera comunitaria, responde a una necesidad social y a un sentido en común. Tal es el caso de las cooperativas de trabajo.

Mi conocimiento empírico sobre las cooperativas de trabajo proviene de mis investigaciones con las de Mondragón, de algunas que estudié en Francia y de las que analicé aquí, en la Argentina, entre 1994 y 1995.

Hay muchas cooperativas de trabajo en las que se da la situación de socios trabajadores y trabajadores empleadores. Existen cooperativas cuyas estructuras de propiedad son controladas por una asociación y no por acciones de capital. Entonces, en cierta manera, se puede afirmar que la cooperativa es una asociación que maneja una empresa o un negocio. En algunos vocabularios se habla de las cooperativas como de empresas de personas, al contrario de las empresas de capital. Esta es una expresión útil para distinguirlas. La asociación, que es la propiedad, y la empresa, que es la actividad, permiten formas donde los socios tienen dos funciones: son copropietarios y son usuarios del servicio alrededor del cual está organizado el trabajo. Podríamos ver estas dos funciones vinculadas a las actividades que hay en una empresa y analizar la relación del socio copropietario y el socio usuario con el aspecto asociativo de la cooperativa y luego hacer lo mismo con el socio copropietario y el trabajador considerando el lado del negocio. No voy a entrar en todos los detalles, pero lo que se vio en algunos análisis es que, por ejemplo, si tomamos el cruce de la parte asociativa con el copropietario, donde hay algo que se parece más a la empresa tradicional, nos encontramos con una asamblea general de accionistas. Si se trata de una cooperativa con “cultura cooperativa”, la manera en que funciona la asamblea general se basará mucho más en la comunicación, el diálogo y la formulación de intereses en común; el tema de la información y la educación relacionado con esta cuestión, es el que marcará la dirección de la empresa. Mi tesis es que si una cooperativa es equilibrada y funciona bien, tiene bastante actividad en todas las posiciones. Lo que se llama la “degeneración puramente económica”, es que la actividad está basada en una relación económica muy parecida a la de una empresa clásica.

Un elemento importante en este tema de la propiedad es cuando las cooperativas se llaman “sin fines de lucro”; ésto no quiere decir que no puedan tener *surplus* o ganancia, sino que la cuestión es qué se hace con esa ganancia. En España, por ejemplo, según la ley de cooperativas se exige que el 10% de la ganancia neta, es decir después de deducir los impuestos, se

utilice para educación y desarrollo social, que el 20% se tiene que tener como reservas colectivas y que el 70% se distribuya entre los socios trabajadores.

En Mondragón han elegido otro modelo. Lo muestro porque es interesante, tienen bastante capital a su disposición y control. Destinan el 10% para educación y promoción social; el 40% para reservas colectivas; y el 45% para los socios. Esto es como una cuenta de ahorro en la empresa. Entonces combinan el interés individual de ganar dinero a largo plazo con crear fondos comunes y colectivos. La historia de las cooperativas está llena de iniciativas que han sido financiadas por estos *surplus*.

Condiciones de posibilidad de las cooperativas

Ahora quisiera presentar algunas reflexiones acerca de las causas que contribuyen al éxito de una cooperativa. La primera de ellas es la posibilidad de hallar un mercado; esto depende, sin embargo, de lo que se considere como éxito o eficiencia. En este sentido, si lo que importa es no perder el trabajo, el éxito reside en que la empresa siga trabajando, sin que importe demasiado cómo subsistirá en el futuro. Si, por otro lado, la meta es que la empresa perdure en el tiempo, se hace necesario articular un mercado adecuado al producto para que éste también tenga garantizada su salida en el futuro.

Uno de los ejemplos de adecuación a un mercado posible es el de una cooperativa de la provincia de Buenos Aires que modificó su rumbo en este sentido. Se trataba de un caso de obreros metalúrgicos que se habían quedado en la calle por el cierre de la empresa. Se les ofreció la posibilidad de poder continuar en forma cooperativa, pero ante el tamaño de la deuda de la empresa, se desistió de llevarla adelante. Los trabajadores, que ya tenían una cooperativa, comenzaron a tomar cualquier trabajo con el fin de generar lo que se llama un "ahorro cooperativo". Limpiaron calles, fueron jardineros de parques y jardines, hicieron trabajos de electricidad y, en dos años, lograron comprar una quinta de varias hectáreas. El objetivo era tener independencia económica como para poder comprar una empresa. No lograron comprar la empresa, pero empezaron a hacer horticultura en la tierra que les pertenecía. Fue un cambio muy duro; hay que ser realistas: nadie se vuelve agricultor de un día para otro si alguna vez fue un obrero metalúrgico. Pero lo hicieron. Una de las personas que participó de esta experiencia me dijo: "con mi señora somos propietarios de algo, por primera vez en la vida. Yo trabajé 23 años en esa empresa y, en aquella época, nuestro sueño era conseguir un sitio como éste. No lo lográbamos

porque trabajábamos en situaciones demasiado inseguras para entrar en un compromiso económico de este tipo. Y ahora, que no tengo trabajo fijo, tengo mi propiedad después de 23 años de soñarla”. Este es un testimonio importantísimo acerca de las posibilidades que pueden tener las cooperativas de trabajo y es la prueba de un “empoderamiento” para utilizar esa palabra tan de moda.

Otros objetivos están ligados a la búsqueda de un equilibrio socioeconómico. Para ello, una condición *sine qua non* es la comunicación y el diálogo interno para controlar el liderazgo. Es imposible hablar de las condiciones de trabajo de una cooperativa sin referirnos también al estilo del liderazgo. Se trata del Yin y el Yang en el que los dos tienen que cambiar y pasar por un aprendizaje. Lo que se tiene que dar, en cualquier caso, es el crecimiento humano. Esto es imprescindible.

Otro factor esencial es la función del líder paralelo. Hay ejemplos de este desempeño en Argentina, España o Venezuela. En algunos casos se hace necesaria una persona liberada del trajín cotidiano para que pueda pensar más estratégicamente. En Mondragón fue el cura don José María; el ejemplo de Buenos Aires fue Don Rodríguez, o el gerente de otra cooperativa de seguros. Cada vez que le preguntaba a los agricultores o los directivos más jóvenes, cómo habían aprendido la manera de llevar la cooperativa, por qué tomaban una decisión u otra, se volvían hacia ese hombre que tenía la claridad, la capacidad de acción y la de expresar esa acción de manera contundente. Sin participar directamente del trabajo, estaba día a día al lado de los dirigentes.

Cuando una cooperativa funciona. El caso CORPICO

José Brinati

La Cooperativa Regional de Electricidad, de Obras y Otros Servicios de General Pico Ltda. (CORPICO) fue fundada en 1948. A partir del momento en que quedó constituida formalmente la cooperativa, con la suscripción y el cobro de acciones, se inició un período de activas gestiones que llevaron, en poco tiempo, a contabilizar más de un millar de socios. Sin embargo, tuvo que pasar casi una década para que la cooperativa pudiera empezar a generar y distribuir energía. En 1957 CORPICO inició la producción energética, con una potencia instalada que superaba ampliamente a la empresa privada que hasta ese momento abastecía en forma deficitaria a la ciudad. Luego fue incorporando diversos servicios: agua potable y saneamiento urbano, enfermería, sepelios, y pólizas de seguros. Actualmente provee de energía a General Pico, y las localidades de Speluzzi, Vértiz y Villa Borgna de la Provincia de La Pampa

Nuestra experiencia demuestra que la economía solidaria puede ser una alternativa para compensar los problemas que provoca la economía de mercado en la era de la globalización. Hace varias décadas atrás, algunas localidades de la provincia de La Pampa eran provistas de energía por empresas multinacionales. El servicio era caro, deficiente y no brindaba una adecuada atención a los usuarios. En un lapso de cinco años, diferentes vecinos de toda la provincia nos organizamos para formar cooperativas de usuarios. La cooperativa de Santa Rosa ya cumplió sesenta años de existencia. A lo largo de toda la provincia se crearon cooperativas para contrarrestar los abusos por parte de la empresa CADE, que era como se llamaba en ese momento.

Los asociados se unieron aportando dinero y trabajo para formar el capital de la cooperativa. Es muy importante recalcar que, recién diez años después se obtuvieron los beneficios deseados, porque hoy tendemos a exigir retribuciones inmediatas y sin sacrificio. Diez años aportando, algunos el dinero y otros el trabajo, para acceder al beneficio de la red propia de energía. Hubo problemas, sin duda, el camino no estuvo exento de dificultades. Todos sabemos cuáles son los riesgos de formar cooperativas, sobre todo el de las rencillas que se producen entre los diferentes miembros. Sin

embargo la cooperativa hoy logró ampliar su gama de prestaciones incorporando el servicio de agua potable, el saneamiento urbano y, dentro de poco, también la telefonía.

Las prevenciones que existen –sobre todo aquí en la Capital– acerca de las cooperativas son comprensibles. Para nosotros, sin embargo, significó el camino de la eficiencia y la prestación de servicios accesibles. La cooperativa eléctrica de Santa Rosa, entidad hermana a la nuestra, brinda servicios de telefonía desde hace cinco años. Ahora, que estamos en condiciones de competir con las empresas de cable, nos enfrentamos con un problema: el artículo 45 de la Ley Nacional de Radiodifusión que impide prestaciones de cable y de telefonía por parte de la misma empresa.

Nuestra experiencia señala que la creación de cooperativas es un camino absolutamente viable cuando uno busca alternativas de economía social o de autogestión para paliar las heridas que deja a su paso el neoliberalismo. Seguramente no significan una solución globalmente aplicable; nadie es el dueño de la verdad, pero los cambios que necesitan nuestro país y la región, pueden darse a partir de diferentes opciones. Una de ellas es la recuperación de empresas por parte de los trabajadores. Pensemos por ejemplo en la situación de los trabajadores desocupados de General Mosconi que viven en una zona petrolera donde el barril de petróleo se vende a 60 o 70 dólares mientras que ellos no tienen trabajo.

Entre los relatos locales aparecen varios caminos probables para ir recorriendo: las cooperativas, la economía de autogestión, en la ayuda mutua, la economía social, etc. El problema está, creo yo, en cómo dar los pasos para lograr soluciones macroeconómicas más globales.

Comentarios

Cuando los sectores populares usan su cultura en las cooperativas

Norma Giarracca

Detrás de las cooperativas pequeñas siempre existe un movimiento de hombres y de mujeres que tienen la voluntad de vincularse para realizar una acción colectiva. En esos casos la cooperativa surge desde “abajo” y a través de protestas, de luchas, de encuentros entre sectores de trabajadores, campesinos, sectores subalternos; este tipo de cooperativa se constituye de otra manera a la que lo hace desde “arriba” porque un grupo quiere por ejemplo solucionar un problema legal vinculado a la contratación de mano de obra o la exención del pago de determinados impuestos.

Esta dualidad, estas dos formas de cooperativas, se reproducen en la historia del movimiento. Surgen en el mundo como un gran movimiento social que quiso resistir a esta forma homogeneizadora del capitalismo y que después, como pasa siempre con los movimientos sociales, se institucionalizan, se cristalizan y a veces terminan degenerándose.

De todos modos, siempre es preferible una empresa cooperativa a una empresa capitalista privada con sus otros modos legales. Al gerente de la cooperativa Sancor no lo conocemos, y a Mastellone que es un gran empresario del sector lácteo, lo vemos siempre en los medios como un gran lobista; esto pasa en la Argentina y en el mundo. Otra cuestión es que las empresas cooperativas no se pueden vender, aún cuando existan importantes intereses para comprarlas y concentrar distintos sectores. En el capitalismo la empresa cooperativa es mucho más democrática que una empresa privada o una sociedad anónima.

Para los sectores populares, para los sectores subalternos, la cooperativa es una herramienta. La cooperativa no puede ser mejor que el conjunto de personas que la integran; eso depende de cómo soluciona el grupo esta difícil tarea de la acción comunitaria. Tomemos por ejemplo el caso de una cooperativa de mujeres, una cooperativa de trabajo de ex jornaleras tabacaleras del sur de la provincia de Tucumán; ellas ayudaban a su padre en el trabajo del tabaco y cuando el padre se enfermó, el patrón les dijo “ustedes no son las jornaleras” y las dejó sin trabajo. Ellas le pidieron

algunas herramientas y formaron una cooperativa que se llama “El Sacrificio” porque está en la zona del mismo nombre. De todos modos, el nombre es significativo. Allí trabajan hombres y mujeres pero estas últimas han logrado mantener la centralidad. En un estudio que hicimos, indagamos por qué con todos los problemas que había en la zona y en el sector y con la conciencia que tenían sobre las complicaciones del trabajo, la cooperativa seguía funcionando. Entonces apareció la figura del “líder paralelo”, representado en una anciana campesina que les inculcaba la cultura de la solidaridad y de la cooperación, aunque no necesariamente los principios de las cooperativas. Elena Juárez, la anciana campesina, les había transmitido a sus cuatro hijas mujeres esa cultura –que también es la base para la cooperación económica– y todas las mujeres la habían aprendido muy rápidamente.

Es decir, muchos campesinos que son solidarios en sus trabajos y en sus vidas, así como suelen serlo las comunidades indígenas, son naturalmente cooperativos; la comuna es una cooperativa natural. Me parece que es como volver a la vieja discusión de la comuna rusa, si había que hacer el socialismo en base a las viejas comunas campesinas rusas –como proponían los populistas revolucionarios de 1880 o Alexander Chayanov en 1917– o había que destruirlas, como finalmente lo hizo Stalin.

Una forma de cooperativa indígena

Abel Palacios

Quisiera dejarles un breve aporte acerca del tema de la cooperativa en una comunidad indígena. Nuestra comunidad de Tinkunaku tiene una autonomía de casi el 90% respecto del resto de la provincia de Salta. En relación a lo que dijo el hermano Chacho Liempe, quiero decirles que también nosotros quisimos formar una cooperativa pero no nos fue bien. Quiero recalcar lo que dijo Chacho: una comunidad indígena es, de por sí, una cooperativa, sin papeles, claro está, pero funciona como cooperativa. Una comunidad no lleva el nombre de “cooperativa”, pero tenemos algo parecido que llamamos “minga”. Cuando un hermano de la comunidad necesita hacer un trabajo en su casa o con su producción, todos los demás le van a ayudar; cuando otro hermano necesita algo, todos le ayudan; esto también es una forma de cooperativismo, pero no con ese nombre; nosotros le decimos minga. Se forma una minga para arreglar caminos, hacer un puente para que en el verano la maestra pueda llegar a la escuelita. Para todo esto la gente se

junta para trabajar de una forma muy unificada. Lo mismo ocurre para arrear el ganado, para hacer la trashumancia hacia el cerro o hacia el monte; entonces se reúnen dos o tres familias con su ganado y bajan juntos, como una manera de protegerse de las inclemencias del tiempo o de los animales que se puedan cruzar en el camino, o para compartir los alimentos que necesitan en la travesía.

Respecto del papel de las mujeres, tengo un recuerdo muy bueno. Parte de ese recuerdo se lo debo a una mujer que fue una de las dirigentes más grandes de la comunidad; ella tuvo que enfrentar una situación a la que no cualquier mujer se atrevería estando embarazada. En ese momento las empresas se estaban metiendo en nuestra finca para tratar de hacer la deforestación que iba a permitir el paso del gasoducto. Y fueron las mujeres de la comunidad las que tuvieron que enfrentar a esas empresas porque muchos de los hombres no se encontraban; ellos se habían ido a trabajar a la zafra o al tabacal y las que quedaban a cargo de la familia, de los hijos, de la casa, del ganado y hasta del mismo cultivo eran las mujeres. Eso es de un gran valor para nosotros, porque ellas mismas son las que están actualmente transmitiendo la cultura y creo que van a seguir haciéndolo. Ellas son las que enseñan a sus hijos. Últimamente, cuando de repente se organizan grupos de trabajo para una determinada actividad o una fiesta patronal, las mujeres son las que encabezan ese tipo de accionar o de organización.

El problema de la tierra nos atañe a todos

Gabriela Massuh

Quiero agregar un comentario acerca de las comunidades indígenas basándome en lo que dijeron Chacho Liempe y Shirley Orozco. El tema central de las comunidades es el territorio y también la tierra. Pienso en la tierra como la base de la subsistencia del mundo, como naturaleza. Desde la ciudad, sobre todo desde la ciudad de Buenos Aires, estamos acostumbrados a escuchar que los problemas de quienes reclaman la tierra son problemas menores, comparados con problemas urgentes como la falta de trabajo, la salud, la educación y tantos males endémicos. Se dice que, ante los problemas que existen en el conurbano bonaerense, los problemas de las comunidades son menores. Escuché estos comentarios peyorativos también durante estos días. Esto parece implicar que, para quienes habitamos los conglomerados urbanos, ocuparnos de los problemas ligados a la tierra y al territorio es una especie de lujo de clase. Yo creo que los problemas de

la tierra son esencialmente nuestros porque ellos atañen a nuestro futuro. La sobre-explotación de la tierra está relacionada con el agotamiento de la naturaleza y sus víctimas directas son quienes viven en el campo. Pero también nosotros somos víctimas, pero nos dedicamos a festejar, conjuntamente con los medios, la política y el poder económico, el crecimiento del 8% anual. Este crecimiento que todo el mundo festeja está directamente ligado al monocultivo de la soja y a la sobreexplotación de nuestro suelo, no sólo por la deforestación que implica, sino por el agotamiento de la tierra a causa del glifosfato. Piénsese más allá, en el crecimiento sostenido de países como la China o la India. Es necesario tener conciencia de que ese crecimiento (no dudo que todo país merece crecer...) atenta directamente contra la subsistencia de la humanidad en el futuro. No es que no se quiera que esos países crezcan, sólo que hay que poner ese crecimiento en el contexto general de la violación y destrucción de los entornos naturales. Estamos destruyendo el planeta y nos ponemos felices porque de eso sólo se leen las cifras macroeconómicas que significan más riqueza sólo para los más ricos. Es decir, existe una contradicción entre quienes defienden nuestro futuro, que es la tierra, las reservas, la biodiversidad, etc. y aquellos que los clasifican como problemas menores. Hago casi una autocrítica, me digo que nosotros debemos saber que los problemas de las comunidades indígenas son nuestros problemas. Y no sólo eso: hay mucho que aprender de ellos porque, en última instancia, son ellos quienes tienen las recetas para otra y mejor forma de convivencia.

Los ejes que abrió el panel

Juan Wahren

Quisiera hacer una breve reflexión final; plantear un panorama para generar algunos interrogantes más, que tienen que ver con la Mesa y con lo que venimos discutiendo. Comencemos por lo que planteaba Shirley Orozco para pensar una sociedad abigarrada como la boliviana, en la que coexisten y disputan distintos modos de producir; esto mismo ocurre en todos los países de América Latina porque existen diferentes modos pre-capitalistas –dirán algunos, o post-capitalistas –dirán otros, que empiezan a entremezclarse y coexistir de una manera que no necesariamente es pacífica, sino justamente en disputa. Este debate, que implica preguntarse si es posible esa coexistencia, también suscitó comentarios en otras Mesas. Pensar la tensión de estas lógicas, el tema de los tiempos, el sentido de la eficiencia

o el tipo de propiedad que existen y también pensar de qué manera nos interesa construir la sociedad futura.

Chacho Liempe nos llevaba hacia las reivindicaciones históricas del pueblo mapuche por la vida y por el territorio. El tema de la Mesa disparaba para cada uno de los ponentes y para cada uno de nosotros diferentes cuestiones, sobre todo pensando en qué sociedades queremos o podemos construir, o cómo se va construyendo esa nueva sociedad. ¿Es posible en el marco del capitalismo empezar hoy a construir nuevas formas alternativas de producción? Shirley Orozco, Chacho Liempe y Gurli Jacobsen nos marcaron algunas alternativas, algunas posibilidades, algunas tendencias que existen, que están ligadas a procesos históricos a veces milenarios y a veces en sincronía con el surgimiento del capitalismo. Me atrevo a agregar un eje más, que Chacho Liempe disparó: dijo un silencio de cien años y hoy volvimos a emerger. En ese nuevo emerger hay dificultades en el diálogo con la sociedad, incluso con la que simpatiza con el pueblo mapuche, incluso con los campesinos. En ese sentido ¿qué desafíos genera esta necesidad de articulación entre los movimientos y las experiencias cooperativas y las comunidades indígenas?, ¿qué dificultades, pero también qué elementos de superación –como diría Boaventura de Sousa Santo– pueden traernos estas traducciones o intentos de traducción entre experiencias, visiones y movimientos?

Capítulo 6.

Autogestión como desafío. Las Organizaciones autónomas

Sobre todo a partir del año 2002, las organizaciones sociales comenzaron a definirse –y lo han venido haciendo cada vez más– como autónomas. Pero esta autonomía en relación a qué se establece, ¿al Estado?, ¿a las viejas centrales sindicales?, ¿a los partidos políticos? La proclamación de autonomía fue paralela a la creación de un espacio territorial donde la producción se vivía como una experiencia portadora de un sentido amplio, un sentido que abarca la totalidad de la existencia. Sin embargo, la autonomía no implica necesariamente la independencia de factores externos; ella se encuentra íntimamente relacionada a dos aspectos; por un lado, la subsistencia y por el otro, la recreación de un tejido social que reproduzca la solidaridad o el bienestar comunitario como propuestas compartidas. Para los movimientos, el acceso a la autonomía pasa por la construcción de un territorio: un espacio de vida donde se dan todos los órdenes de la existencia, tanto para la reproducción de los bienes materiales como inmateriales. No obstante, la construcción de la autonomía es una construcción desde los márgenes, con las dificultades y desafíos que ello implica.

En este capítulo se demuestra cómo la autonomía implica la generación de relaciones sociales que no se dan en el contexto del capitalismo. Ana Esther Ceceña hace un análisis de la situación estratégica actual de los movimientos a la luz de un horizonte histórico común. Juan Carlos Fernández, Neka Jara y Pablo Resino dan respuesta desde la situación concreta de tres movimientos en relación con la autonomía: la Unión de Trabajadores Desocupados de General Mosconi (UTD), el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de San Francisco Solano y el Hotel Bauen que pertenece al Movimiento de Empresas Recuperadas.

Autonomía no es aislamiento.

Reflexiones acerca de la situación actual de los movimientos sociales

Ana Esther Ceceña

Ana Esther Ceceña es economista e Investigadora Titular en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente coordina el Grupo de Trabajo en Hegemonías y Emancipaciones del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y dirige el Observatorio Latinoamericano de Geopolítica, dedicado a investigar los procesos de militarización en el continente.

Cuando hablamos de autonomía es bueno saber dónde estamos parados. Sin pensar que estamos en una guerra, aunque a veces se tiene la sensación de que efectivamente estamos en medio de una que no está explícitamente declarada, sería pertinente imaginar quiénes son nuestros enemigos. Desde un contexto laboral, a primera vista el enemigo podría ser el patrón. Sin embargo, las actuales instancias de producción indican que ese patrón, a su vez, está subordinado a ciertos condicionamientos que lo hacen dependiente de muy variadas circunstancias que ya no dependen de él, sino del Estado provincial o nacional. Pero el Estado nacional tampoco es autónomo porque depende también de otras instancias como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional.

La cuestión es que estamos insertos en un universo complejo y enmarañado. Vistos desde esta perspectiva, movimientos como el de Zanón, el de General Mosconi o el de los mapuche de la Patagonia, por nombrar sólo a algunos, enfrentan hoy un proceso emancipador de gran complejidad. Durante mucho tiempo los movimientos sociales estuvieron concentrados en sus problemas locales, inmediatos, partiendo de la convicción de que, una vez resueltos esos problemas, se podría pasar a instancias más amplias. Hoy en día, parece que esa diferencia, esa distancia entre el relato local y el global ya no existe.

Si entendemos a las repercusiones que tienen las medidas adoptadas en los centros de poder (empresas multinacionales, organismos multilaterales de crédito, gobiernos, etc.) como “lo global”, percibimos que lo global que representa al sistema, está instalado en cada pedacito del planeta. En este

sentido, cada lugar del planeta es universal porque en él se manifiestan todas las contradicciones y tensiones que el sistema presenta en su conjunto.

Este punto de partida es sumamente importante para encarar hoy en día las estrategias emancipadoras. Es cierto que recrear las relaciones internas de un movimiento es una construcción que debe hacerse permanentemente, pero debemos cuidar que esa tarea no se transforme en exclusiva y que alterne con la atención y la mirada en las condiciones globales. Perder la conciencia de la situación global nos hace construir burbujas. El capitalismo se rearticula de manera continua; en este momento existe una suerte de desguace de la fase neoliberal y, ante esto, no podemos distraer la energía con cuestiones internas. Esta nueva fase del capitalismo conlleva una agresividad y una aceleración brutal a través de empresas que no vacilan en aplicar cualquier método para expandirse. Y en esa expansión destruyen, una vez más, territorios materiales y simbólicos que consideramos propios.

La ofensiva proviene no sólo de las empresas, sino también de los Estados capitalistas que impulsan políticas y reglas de juego que imponen patrones de desarrollo social adecuados a sus intereses. Un ejemplo de ésto es el así llamado “desarrollo sustentable”. Todo el mundo parece estar de acuerdo con este precepto, sin embargo se trata de un concepto vacío que, en realidad, sólo apunta a un fin: desarrollo sustentable implica entregar la naturaleza para ser valorizada, para ser desappropriada, para desposeernos una vez más de aquello que nos pertenece.

Junto con esta ofensiva –mucho menos evidente por su carácter– existe de hecho una situación de guerra. No podemos pensarnos hoy en el mundo como si no fuéramos parte de una guerra en pos del acceso indiscriminado a todos los recursos. Si bien se trata de un propósito que genera focos de resistencia en todas partes, posee un arsenal en materia de mecanismos para imponerse. Dentro de este marco general, toda problemática que tienda reflexionar exclusivamente las relaciones entre lo local y lo global –si bien fue beneficiosa en otro tiempo– se transforma hoy en una trampa que nos tiende el enemigo para que no salgamos del encierro. Esto puede parecer una provocación, pero yo conozco movimientos que reflexionan mucho sobre su propia construcción y que no saben qué está pasando, por ejemplo, en Irak o cuál fue la última medida tomada por las asambleas constituyentes en Bolivia o por qué se cayó un avión, etc. Se trata de la ignorancia acerca de eventos que no dicen nada por sí solos sino que cobran sentido dentro del contexto global.

Cuando nos referimos a las grandes transnacionales, a las políticas del Banco Mundial, a los planes militares de los Estados Unidos, uno parece chocar ante escollos insuperables. Sin embargo, en los últimos tiempos se pudieron articular experiencias que, al menos en parte, lograron derrotar esas grandes estrategias. Está el ejemplo de la “guerra del agua” en Cochabamba (Bolivia), que pudo desarticular los planes de una gran transnacional, muy poderosa no sólo porque está vinculada con el equipo gobernante de los Estados Unidos. Una transnacional protegida por todo el sistema bélico que lleva adelante la guerra de Irak pudo ser derrotada por una población que se levantó sin armas, una población que simplemente dijo “no, hasta aquí, de aquí no me mueven hasta que el problema no se resuelva”.

La “guerra del agua” no es el único ejemplo. Hay otros, que tal vez no sean de la misma envergadura. Pero es muy importante saber que ese poder, que se siente como inexpugnable, al mismo tiempo es muy frágil cuando se enfrenta a los colectivos que deciden no aceptar reglas del juego. De esto se trata, de no aceptar las reglas del juego. Decir no, más allá que un convenio firmado permite que la Patagonia sea entregada a cambio de deuda externa, por ejemplo. Si el pueblo se planta y no deja que eso ocurra, en fin, o los matan a todos o el problema tendrá que encontrar un cauce. En este momento es muy difícil concebir procesos emancipadores anticapitalistas. Sabemos que el capitalismo no tiene soluciones para los reclamos de los movimientos sociales, pero tampoco sabemos cuál es la salida. El desafío inmediato es cómo evadir estas reglas del juego. Porque en la medida que se acepten los esquemas propuestos por el propio capital para hacerse funcional, para reorganizarse o para canalizar el descontento, se reproduce el circuito y no hay cambio posible. No hay que aceptar las ficciones del financiamiento de una ONG o de una Fundación para hacer pequeños proyectos. Estas ficciones no hacen más que resolver la existencia inmediata, pero no son parte de un cambio a largo plazo.

Otro de los factores centrales del desafío inmediato es la construcción de la autonomía. Cuando se entra en un proceso de emancipación en el ámbito político es necesario tener resuelta la cuestión material. No hay inserción política sin resolver previamente la cuestión material. Porque hay una gran diferencia entre quienes se proponen armar un proyecto productivo como único fin y quienes pretenden lograr un proyecto de subsistencia para reformular la existencia en su conjunto, como proyecto político, como una manera de asumir la unidad en la diversidad, para reconocernos diferentes y, al mismo tiempo, capaces de crear instancias de diálogo con los otros,

los que no son como nosotros, los que tal vez tengan nuestro mismo objetivo pero no piensan como nosotros. Las diferencias no se resuelven en la introspección, no se resuelven en el aislamiento, sino en la claridad del itinerario histórico. Cuando el horizonte es el mismo, el principal desafío es la creación de una plataforma de diálogo aunque esto sea difícil o por más que sistemáticamente el capitalismo nos fragmente, nos divida y nos ponga a unos contra otros.

Está comprobado que es más fácil pensar y lograr la autonomía en un medio rural donde se dispone de un territorio que permite manejar la producción directa de la existencia. En la ciudad no sólo se es víctima de la marginación, no sólo hay precariedad en todos los estamentos de la vida cotidiana, sino que no hay lugar para sembrar. En medios urbanos, sobre todo en las grandes ciudades, la autonomía debe pasar por otro lado. Tal vez tiene que transitar las rutas que nos lleven a disolver la frontera entre lo rural y lo urbano. Tenemos que resolver esta distancia entre los diferentes tipos de movimientos. En este momento hay que replantear la relación entre los movimientos sociales, de manera que tanto los rurales como los urbanos resuelvan sus necesidades materiales construyendo posibilidades de desarrollo que incluyan a los dos. Es decir, es necesario construir un espacio tangible entre los diferentes grupos que participan de procesos emancipadores para que todos resuelvan sus necesidades materiales sin ceder a la presión que ejerce el sistema para fagocitarlos. De esta manera, se mantiene la autonomía pero al mismo tiempo se construye una articulación transversal.

En teoría toda esta cuestión parece fácil, sin embargo soy consciente de la dificultad que significa. En México, el Zapatismo lleva doce años de existencia y hasta la fecha no ha logrado diseñar una estrategia que permita trasladar la autonomía indígena a la autonomía urbana o mestiza. No hay proyectos de esa naturaleza, tal vez porque ello implica vencer fronteras simbólicas, culturales, políticas y materiales. Éste es todavía un terreno sin arar: lograr una apertura hacia los otros movimientos sin quebrarse hacia adentro.

En vista de las circunstancias históricas y sociopolíticas de América Latina, la combinación de itinerarios históricos diferentes con horizontes semejantes, es otro objetivo a tener en cuenta. Por ejemplo, se puede comparar las diferencias entre algunos movimientos autónomos como el zapatista o el de los trabajadores desocupados de la Argentina, con procesos como el de Bolivia, donde los movimientos lograron poner a un representante propio en la presidencia y transitan, lo quieran o no, el camino del Estado. El

horizonte lejano de los tres movimientos que puse como ejemplo es similar, por más que estén en situaciones históricas diferentes. Es muy difícil poner en relación los itinerarios históricos, los caminos precisos por los que objetivamente cada movimiento está transitando. Este es un tema pendiente y habrá que resolverlo, de lo contrario, el capital seguirá arremetiendo.

Esta fragmentación no sólo proviene de las políticas neoliberales o del mercado, sino de un sistema de presiones económicas plurales que van a la par de presiones militares, jurídicas y policiales. Como factor creciente dentro del entorno social, el tema de la inseguridad es una cuña entre un movimiento y otro. Tal como parece, el capitalismo está muy incómodo con experiencias como la venezolana o la boliviana. ¿Hasta dónde son nuestras esas experiencias? ¿Hasta qué punto forman parte de nuestro propio acervo emancipador? Si las consideramos ejemplares, habrá que sumarse a ellas, no de una manera acrítica, pero sí acompañándolas de alguna manera. Este es otro desafío, es otro punto polémico y complicado.

Otro elemento a tener en cuenta es el análisis de los conceptos y las categorías que manejamos. El movimiento de trabajadores desocupados ha iniciado un proceso emancipador que no pretende volver atrás. No quieren regresar al trabajo anterior, pero tampoco pueden vivir sin trabajo. Esto es inherente a la guerra: la mejor estrategia para derrotar al enemigo es quitarle el agua al pez, en este caso, quitarle las condiciones que lo hacen posible como ser humano. Debemos reflexionar sobre el trabajo en términos de lo que significa para nosotros en el presente. Si estamos pensando en emancipación, el problema es saber si en la oferta de trabajos existentes se promueven vínculos que desarticulan y que desmovilizan o si se trata simplemente de vínculos funcionales a la necesidad material de la subsistencia. Si verdaderamente se apunta a la autonomía, a la autogestión, el trabajo debe ser creativo y colectivo, diferente en el sentido de proponer una relación con la naturaleza que no repita los cánones de la depredación.

Esta lucha tenemos que darla también en el terreno de las ideas. El hecho de tener certezas acerca de qué mundo queremos o cómo nos representamos en él, nos permite avanzar en este proceso de construcción descolonizadora, que al mismo tiempo es anti-imperialista y anti-capitalista porque en el proceso nos estamos recreando a nosotros mismos. Los reclamos de los pueblos indígenas son una materia imprescindible para que tomemos conciencia de cómo se piensan ellos mismos y cómo piensan el territorio. Podremos fascinarnos con las cosmovisiones indígenas, pero tenemos que crear las nuestras. Por más atractivas que sean, las cosmovisiones indígenas no son las cosmovisiones mestizas, no pueden serlo. Este desafío, que engloba a

todos los demás, es tal vez el más ambicioso porque pasa por reconocer los problemas en su conjunto, por saber en qué situación se encuentra el capitalismo hoy y cómo se mueve. Si sabemos a ciencia cierta qué somos en el mundo y qué queremos de él, podremos ir recorriendo estos nudos críticos, puntos de desafío que nos permitirán, no sé cuándo pero será en algún momento, avanzar en la construcción de ese otro mundo en el que caben todos los mundos.

Recuperar la autonomía es recuperar el Estado

Juan Carlos “Gipi” Fernández

La Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) de General Mosconi, Salta, se organizó luego de la privatización de la petrolera estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) a mediados de los años '90, cuando un grupo de trabajadores desocupados comenzó a reunirse para recuperar el trabajo, la salud y la educación además de contribuir a una vida mejor para los pobladores de la región. En una constante lucha contra las empresas petroleras que se han instalado en la región, la UTD se concentra en recuperar la cultura del trabajo a partir de una serie ejemplar de emprendimientos productivos autónomos. Uno de los objetivos centrales de su accionar es la defensa del medio ambiente mediante la defensa de los recursos naturales y la preservación de las áreas forestales autóctonas.

En la Argentina hemos tenido un buen Estado. Ese buen Estado fue Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) antes de que su privatización nos dejara sin él. Desde esa experiencia, hoy puedo venir a contarles lo que hicimos en General Mosconi; porque ahora –visto en perspectiva– me doy cuenta de que cada paso de nuestra lucha después de la privatización de YPF, estuvo signado por la nostalgia o por el deseo de recuperar aquella forma de convivencia que significaba pertenecer a una familia “ypefeana”. Mi padre, mis hermanos, mis hermanas y yo mismo trabajamos alguna vez para YPF y aquello fue más que una educación política.

Los problemas que tenemos ahora se esbozaban ya en los años cincuenta. La privatización del capital del Estado y la pelea por los recursos naturales no son temas nuevos, sin embargo alcanzan hoy un grado inusitado en función de que los Estados ya no son soberanos. La soberanía está en manos del capital, más concretamente, en manos de Pérez Companc, Rocca, Bulgheroni, Tecpetrol, Panamerican Energy, Plus Petrol, etc. En algunos países como España se empieza a hablar de renta básica. Y entonces, YPF era eso, era la renta básica, el acceso a los beneficios sociales por el hecho de tener trabajo; esa seguridad que hoy no existe, porque no hay seguridad sin trabajo.

Entre 1980 y 1989 se hicieron 119 pozos de exploración a los que se llamó recursos en reserva. Los hicimos nosotros; los trabajadores de YPF que éramos trabajadores del Estado. Entre 1989 y 1999 se hicieron otros

21 pozos de exploración. ¿Cuál era la diferencia entre nuestro Estado y el no-Estado que vino después? La diferencia entre 119 y 21 es la cantidad de dinero que se llevan actualmente, casi 100 veces más de ganancia.

El Estado era verdadero porque regulaba. Hoy en día, en el mundo, no existe la regulación de los recursos naturales. Aquí en la Argentina falta regulación en todo, no sólo para los recursos energéticos, sino por ejemplo, para la explotación agrícola. Nosotros lo vivimos más de cerca y lo podemos contar; no es posible que en un lugar donde se facturan millones de dólares no tengamos agua porque no existe una planta depuradora. Todo el mundo está al tanto de las inundaciones de Tartagal; el gobierno de la provincia de Salta niega que esas catástrofes climáticas se deban al desmonte originado por la expansión de la agricultura industrial. Estas empresas se llevan las ganancias y dejan enfermedades y muerte. En General Mosconi y sus alrededores, se registra un 60% de casos de diabetes. No hemos ido a la Guerra de Irak o a la Guerra de Afganistán pero aun así, hay gente sin piernas o gente con un solo riñón.

No lloramos sobre la sangre derramada. Nuestra organización, la Unión de Trabajadores Desocupados, ha buscado diferentes alternativas. Hicimos denuncias cuando nadie las hacía; denuncias sobre el medio ambiente; sobre lo que se estaba destruyendo. Hoy en día hay miles de denuncias contra las empresas multinacionales en la Corte Suprema de Justicia de la Nación. Lo digo con conocimiento de causa, porque hemos trabajado dentro de esas empresas, tanto en las privadas como en las del Estado. Cuando en el año 2000 había desaparecido la educación, la salud, la investigación, etc. nosotros buscábamos recuperar los recursos humanos perdidos con la liquidación de YPF. Hablamos de la recuperación de recursos humanos y lo ponemos al mismo nivel de importancia que los recursos naturales porque a veces se ignora la gravedad que implica su pérdida. En función de ello, la Unión de Trabajadores Desocupados hizo un plan regulador con el que estamos trabajando hasta el día de la fecha. Hemos trabajado comunitariamente por la educación, ayudando a las escuelas de la zona; por la salud, construyendo dispensarios; por el medio ambiente, recuperando los bosques naturales con sus especies originarias. Hemos hecho que los subsidios que percibía la gente a través de los planes sociales, aumentaran de 150 a 700 u 800 pesos a través del aporte de emprendimientos productivos propios y no del Estado; de ese Estado que se hace presente cada vez que hay elecciones para transformarse en un gobierno transitorio.

Como trabajador calificado, ahora desocupado de YPF, yo tendría muchas posibilidades de inserción laboral en este momento. Pero decidí comprometerme con la sociedad, con mi gente; decidí que nosotros mismos debíamos convertirnos en ese Estado ausente. Nuestro último gran proyecto en materia educativa fue la fundación de una escuela de frontera. El poblado de Trementinal está ubicado a sólo 50 kilómetros al noroeste de General Mosconi. Sin embargo, si se quiere llegar hasta allí hay que dar un rodeo de 240 km. porque no hay caminos transitables. Allí viven unas 35 familias que no tienen agua potable, corriente eléctrica ni servicio de salud. El pueblito está ubicado en la frontera con Bolivia, país al cual se debe ingresar para luego cruzar en chalana (pequeña embarcación) el río Tarija que divide la Argentina de Bolivia.

Antes de que nos hiciéramos cargo de construirla, los chicos de Trementinal debían recorrer a pie cuatro horas para llegar a la escuelita de Madrejones. Algunos se habían anotado en la escuela de Bolivia, justo en frente del pueblito argentino. Nosotros construimos no sólo la nueva escuela, sino también la vivienda para la maestra. Bajo nuestro asesoramiento, los bancos y pupitres fueron realizados por los padres de los niños de la comunidad; los libros fueron donados por estudiantes y profesores de la Universidad de Buenos Aires. Después contratamos a la docente Isidora Ortiz Guerrero, a quien le pagamos 700 pesos mensuales durante un año. Aún así, y después de un año de funcionamiento, el Ministerio de Educación salteño todavía no emitió la resolución para reconocer la escuela. Estamos peleando para que a los chicos se les reconozca el curso lectivo y no pierdan el año. Mientras tanto, los niños aprenden a leer y a escribir cerca de sus casas.

A pesar de esta situación, se puede decir que Trementinal es un lugar rico por su forestación y por sus posibilidades de practicar la agricultura y la ganadería. Las empresas petroleras como Panamerican Energy y Pluspetrol tienen su sede cerca de allí y aún así, el Trementinal no tiene luz eléctrica y el agua se bebe “cruda”. La gente que vive allí es mucho más patriota que cualquiera de nosotros.

Hoy tenemos más proyectos, vamos en busca de lograr una Universidad Popular. La Universidad de Buenos Aires nos está ayudando. Después de años de una lucha que no fue nada fácil (mi hermano tiene ochenta causas judiciales abiertas en su contra y yo debo tener alrededor de cuarenta) podemos mostrar algunos logros.

Nosotros estamos pegados a Bolivia. Las mismas empresas multinacionales que están en nuestro país son las que operan del otro lado de la frontera.

Esas mismas empresas nos venden ahora un gas carísimo cuando estarían en condiciones de proveernos con el gas que tenemos de este lado de la frontera. Lo hemos denunciado, pero nadie hace nada. La concentración de poder económico va mucho más allá en todo esto. Nosotros peleamos contra la soja transgénica sembrando productos orgánicos. Ocupamos 7.200 hectáreas que eran de YPF y estamos convirtiéndolas en una reserva natural. Podríamos haberlas explotado económicamente porque allí hay madera que vale mucho dinero como la tipa, el roble o el lapacho. Podríamos habernos enriquecido vendiendo la madera, pero preferimos ir contra la corriente, y mantener y cultivar la yunga originaria del Chaco Boreal Salteño.

Además de eso, tenemos 400 hectáreas diversificadas en 31 proyectos. Las multinacionales tienen un mínimo de 20 o 30 mil hectáreas cada una. Frente a ellos, lo que hacemos parece nada, pero nosotros frenamos. Ellos destruyen y nosotros frenamos. En pequeña escala, pero frenamos. Ellos ahora tienen una nueva máquina de destrucción llamada biodiesel. En algún momento también se llamóalconafta, un combustible que se hacía en Tucumán a partir de la caña de azúcar. Fracasó, así como también va a fracasar el biodiesel, porque habría que plantar el continente entero para sacar una mínima parte de la energía que provee el petróleo. El biodiesel es un invento, es el nuevo pretexto de Bush para fingir que se está dedicando seriamente a las energías alternativas. Mientras tanto, aquí se preparan para seguir plantando soja porque “se viene el biodiesel” y nadie regula nada, así como nadie regula los desastres que ocasiona la minería a cielo abierto a lo largo de toda la cordillera.

Todo se va: la energía, la riqueza de nuestras minas, el agro, la pureza de los ríos. . . porque su explotación no está regulada y la depredación avanza cada vez más rápido y a medida que eso pasa, nuestras familias se enferman y se empobrecen. La concentración de poder económico nos está matando, literalmente hablando. Y aquí, en la Capital, no crean que por estar lejos ustedes van a salvarse: el Riachuelo está a la vuelta de la esquina.



Comunidad que se dedica a la agricultura en pequeña escala para consumo propio y venta, en Tarija (Bolivia). Foto: Luciana García Guerreiro.



Mercado de Tarija, variedad de legumbres en una economía no formalizada (Bolivia) Foto: Luciana García Guerreiro



Chacho Liempe durante un seminario de autogestión con comunidades guaraníes de Orán, Salta.
Foto: GM, 2007.



Diferentes movimientos sociales protestan por la falta de trabajo y de vivienda causada por la Represa de Itaipú. Plaza 9 de Julio, Posadas, Misiones. Foto: GM, 2007.



Los productores yerbateros acamparon más de 100 días frente a la Intendencia de Posadas en reclamo de un precio justo para la yerba mate y de la creación del Mercado Consignatario. Plaza 9 de Julio, Posadas, Misiones. Foto: GM, 2007.



Comunidad campesina de Ladera Norte, cerca de Tarija, Bolivia. Un ejemplo de los varios contenedores de agua de vertiente para riego y consumo. Foto: Douglas Mansour, 2006.



Basurero ecológico y compactadora de plásticos. Emprendimiento productivo de la UTD de Mosconi. Salta. Foto: Sol Arrese, 2005.



Seleccionadora de porotos. Emprendimiento productivo de la UTD de Mosconi. Salta. Foto: Sol Arrese, 2005.



La comunidad de Cuquila vive de la agricultura en pequeña escala y de la artesanía. Tlaxiaco (México). Foto: GM, 2007.



Feria de productos de la Red de Economía Solidaria Tacurú y de la Red de Emprendimientos del Bajo Flores, Buenos Aires. Foto: Luciana García Guerreiro, 2007.



Marcha por la vida, contra el saqueo y la contaminación, Buenos Aires. Foto: Martin Halliburton, 2007.



Cooperativa de mujeres artesanas "Nichim Rosa" en el caracol zapatista de Oventic "Resistencia y rebeldía por la humanidad", Chiapas (México). Foto: Luciana García Guerreiro, 2007.



Artesana zapatista de la Cooperativa de mujeres artesanas Xulum Chon en Oventic, Chiapas (México). Foto: Luciana García Guerreiro, 2007.



Cooperativa de Trabajadores Rurales de San Vicente, del Frente Popular Darío Santillán, Buenos Aires. Foto: CTR, 2007.



Feriante en la 9ª Fiesta Provincial de las Ferias Francas en Posadas, Misiones. Foto: Luciana García Guerreiro, 2006.



Entrada de la fábrica de grisines y panificados Grissínopoli, recuperada por sus trabajadores, Buenos Aires. Foto: Juan Biderman, 2002.

La autogestión como éxodo. El MTD de Solano

Neka Jara

En 1997 un grupo de vecinos de San Francisco Solano, partido de Quilmes, comenzó a reunirse de manera regular. Cansados de las promesas incumplidas de los políticos y de las manipulaciones de sus punteros, fueron agrupándose bajo las consignas de “trabajo, dignidad y cambio social”. El 11 de noviembre de 1997, el MTD efectuó su primer corte de ruta y organizó una red de producción y gestión solidaria a través de comedores, talleres, micro-emprendimientos productivos, huertas y granjas. Luego amplió su irradiación hacia barrios vecinos del conurbano bonaerense.

Comenzamos a organizarnos a mediados de 1997, en el marco de una iglesia cristiana en San Francisco Solano. Todos sabemos lo que significó la década del noventa para nosotros; aquellos eran tiempos de desocupación masiva e incertidumbre. Una manera de organizarnos era la reflexión constante sobre el momento que nos tocaba vivir. La mayoría éramos mujeres que comenzábamos a estar juntas y a pensarnos a nosotras mismas desde la necesidad. La necesidad que provocaba el desempleo, el hambre, la pobreza, la exclusión, la falta de salud y la precariedad de la educación. Juntas queríamos encontrar formas de subsistencia. Veníamos con una experiencia muy dura, la del clientelismo político, de manera que no queríamos saber nada con eso. Veníamos de una zona con muchas peleas y conflictos por el liderazgo y la representación, así que nos preguntamos qué podíamos hacer. En nuestras manos no teníamos más que la decisión de ponernos de pie y construir algo. Comenzamos a plantear nuestras reivindicaciones al Estado, que hasta entonces sólo había podido inventar los famosos “Plan Trabajar”. No importa aquí enumerar cuáles fueron esos planteos, lo cierto es que ese objetivo nos permitió repensar nuestras vidas y recrear nuestra existencia. Así fue que entendimos que si insistíamos en el papel de víctimas, de desocupados, corríamos el riesgo de desaparecer como organización. Empezamos a crear espacios para autogestionar aspectos de la salud y pequeñas redes de autoabastecimiento.

De esta manera, se dio inicio a una serie de actividades que nos llevaron a unirnos cada vez más y a tener más fuerza. Participamos de muchísimos piquetes, marchas y ocupaciones de tierras. Vivimos momentos muy duros de represión y el asesinato de compañeros. Fuimos amenazados y algunos compañeros vieron sus ranchos incendiados como represalia por ocupar las tierras. Todo esto hacía que nos abroqueláramos fuertemente frente al enemigo común. El enemigo estaba afuera, nos golpeaba día a día y no permitía que tuviera lugar lo que estaba surgiendo. El primer gran conflicto fue con la jerarquía de la Iglesia. Muchas personas que estaban en el movimiento no eran cristianas y la Iglesia pedía que lo fueran. Cuando digo jerarquía me refiero tanto a las jerarquías ordenadas como también a las personas que, en los barrios, ponen en práctica estas formas jerarquizadas. Esa exigencia se usaba como una forma de control, de dominio.

A pesar de todo, pudimos hacer surgir los espacios para que tuvieran lugar los proyectos. De manera precaria dimos origen a los primeros proyectos productivos que nos ayudaron a tomar distancia con la condición de desocupado. Era importante que el opresor no nos pusiera esa etiqueta de desaparecidos, anulados, aniquilados. Eso nos volvió a dar fuerzas. Nos metimos para adentro porque el enemigo de afuera muchas veces se metía en nuestra casa, en la organización. Así que trabajamos para que eso no pasara. Descubrimos que el núcleo de nuestra forma de luchar tenía que pasar por pensar en la construcción de nuevas relaciones sociales. Es decir, el desafío era trabajar sobre las nuestras relaciones, pensando cómo romper con las relaciones estatales o relaciones jerarquizadas que se nos metían hacia adentro y que nos volvía enemigos entre nosotros.

Voy a tomar una imagen que un compañero usa mucho en estos días, la del éxodo. Nosotros sentimos nuestra vida en la organización como un movimiento permanente, como un caminar a través del desierto, en un estado de éxodo. A veces el objetivo es nítido, a veces se disuelve en un espejismo; entonces todo se vuelve incertidumbre, confusión. Por eso pensamos que nada está dado o acabado. Hemos llegado a conformar una organización muy grande; hemos salido hacia el mundo, a veces con susto y a veces con jactancia, llevándonos el mundo por delante. Y de pronto, cuando nos volvíamos sobre nosotros, nos consumía nuestra fragilidad. Volvíamos a ser débiles. Este constante reponerse es como caminar en el desierto.

Por eso pensamos que construir autonomía no es un punto de llegada. Para nosotros, pensar la autonomía es un problema cotidiano. Aquí situamos el tema del trabajo y de la autogestión. La autogestión no es sólo un modelo para construir fuerzas productivas, sino también es un problema diario, se trata de una conjunción de fuerzas que busca encontrar nuevas relaciones para poder crear algo. Es así que entendemos el trabajo como pura creación. Es que en realidad, nos quedó más que eso; al no tener trabajo había que pensar cómo crearlo. No en el sentido de tener un patrón que manda y un grupo que obedece sino como creación en todos los niveles de la vida. Nosotros decimos que la autonomía es empezar a hacernos cargo de toda nuestra vida porque está en nuestras manos pensar y construir de qué manera queremos vivirla.

Esto implica pensar qué es la salud, qué es la educación, qué es producir una alimentación sana, unos zapatos o un vestido. Todas estas cosas tienen fundamento en este sentido de la creación. Así concebido, el trabajo no es un bien absoluto sino algo abierto, modificable. Es la creación de relaciones y esto, es fundamental. No se trata sólo de plantar lechuga, cuidar huertas o producir pan, sino de pensar de qué forma lo vamos a hacer, cómo vamos a plantear las relaciones entre nosotros y con quiénes nos vamos a relacionar a partir de esa experiencia. Recién entonces, pudimos abrirnos al encuentro con otras organizaciones, con otros movimientos. Entendemos que organizarnos no es encontrarnos sólo con amigos o estar bien en nuestra casa. Precisamente nuestra casa es el mayor problema; porque es allí donde se ponen en marcha los conflictos cotidianos, la relaciones de dominación que desde ese interior llevamos hacia afuera. El encuentro muchas veces consiste en esperar a conocer qué tiene el otro para decir y no sólo decir lo que yo tengo o lo que estoy haciendo.

El desafío es la construcción del cambio social. Desde un horizonte histórico, somos bastante nuevos como movimiento, pero podemos decir que hemos aprendido a pensar. En este sentido, me gustaría agregar que es difícil encontrar un marco teórico de dónde aferrarse, todo está abierto en el horizonte. Por eso quiero aclarar que no tenemos a ningún intelectual que nos oriente o que nos marque una teoría; vamos construyendo teoría a partir de lo que vamos haciendo. Esto que les estoy comentando es algo que venimos pensando en este último tiempo. En otros momentos pensamos otras cosas y después, las fuimos modificando. Cada situación

trae un desafío nuevo para pensar. Si hay algo que tenemos que agradecerle al presidente Kirchner en estos momentos, es la posibilidad que nos dio para repensarnos, para redescubrir dónde nos situábamos. Creo que es la única posibilidad. No somos seguidores ni de Holloway, ni de Negri, ni de nadie por el estilo, pensamos con todos los que nos dan la posibilidad de encontrarnos y de poder reflexionar. Y le agradecemos a todos aquellos que han abierto espacios para poder hacerlo.

El trabajo libre contra la economía política

Raúl Zibechi

Raúl Zibechi es periodista. Escribe para el semanario uruguayo Brecha, el diario La Jornada de México y la revista italiana Carta. Ha publicado *Dispersar el Poder. Los movimientos como Poderes Antiestatales* (2006), *Genealogía de la Revuelta* (2003), *Sobre las Luchas Argentinas de la Última Década* (2003, Premio Prensa Latina), *La Mirada Horizontal. Movimientos Sociales y Emancipación* (1999), *Los Arroyos Cuando Bajan. Los Desafíos del Zapatismo* (1995). Estos trabajos han sido editados en Italia, Ecuador y España. Colabora con la agrupación Hijos de Uruguay y con medios de comunicación alternativos de diferentes países.

Los emprendimientos productivos de los movimientos sociales argentinos, entre otros, ponen en cuestión la relación trabajo–capital. Al hacerlo, al ir más allá de esa relación, ponen en cuestión también las categorías acuñadas por la economía política, que nació y se desarrolló como forma de teorizar la relación trabajo–capital. En muchos de estos emprendimientos el trabajo alienado o enajenado no es ya la forma dominante, y en algunos otros la producción de mercancías para el mercado, la producción de valor de cambio, está subordinada a la producción de valor de uso. En ocasiones se llega a producir y distribuir por fuera del mercado. Pero esto presenta enormes dificultades y se logra mucho más en las áreas rurales que en la ciudad, porque la gran ciudad es el corazón de la dominación del capital. La potencia de los emprendimientos, ya sean fábricas o empresas recuperadas, tiende a disolverse cuando llega al mercado.

Digamos que en algunos emprendimientos el trabajo útil o concreto es la forma dominante del trabajo colectivo. Esto supone, por un lado, que en esos espacios el trabajo se des–aliena de diversas formas: ya sea por la rotación en cada tarea o porque quienes producen dominan el conjunto del proceso de trabajo. De modo que, la división del trabajo es superada a través de la rotación o bien de la apropiación conciente de todo el proceso por el colectivo. En este caso podríamos hablar de “productores libres” más que de trabajadores que son apéndices de las máquinas y están alienados en el proceso de producción de unas mercancías que no

controlan. Por otro lado, en ocasiones se llega a producir por fuera del mercado, y por lo tanto se producen no-mercancías, aunque este segundo proceso presenta muchas más dificultades para poder sostenerse en el tiempo. ¿Qué dificultades y constricciones enfrentan? ¿Cómo hacer sostenibles estos procesos que parten de la autonomía pero deben también ir más allá?

Quisiera ingresar en este debate a partir de una experiencia concreta que sucede aquí en Buenos Aires, en el barrio de Barracas, donde un colectivo de jóvenes viene produciendo su vida desde hace unos tres años. Es una experiencia un poco particular, pero no muy distinta de la que realizan muchos colectivos en diversos lugares de la capital o del conurbano. Se trata de un grupo de jóvenes que ocuparon el local de un banco, del que luego fueron desalojados. Hoy tienen dos espacios en los que funcionan una editorial, un cine para el barrio, una biblioteca popular con 200 socios y una panadería en la que trabajan 12 personas (repartidas entre varones y mujeres). Durante un par de años producían formando grupos de dos personas que, a su turno, elaboraban el pan y otros productos cocinados en un horno eléctrico, que luego eran vendidos en el barrio; con el tiempo desarrollaron una “clientela” fija en una escuela de Bellas Artes. En determinado momento decidieron pasar de lo que denominan “gestión individual” a formar una cooperativa. Habían evaluado que la gestión individual era “injusta” porque el grupo que trabajaba los lunes vendía mucho menos que el que lo hacía los viernes.

Ahora formaron dos “equipos”: los que se dedican a la cocina y los que venden. Reparten el dinero de forma igualitaria entre todos y reciben algo así como el doble que lo hubieran percibido con un subsidio de desempleo. Aunque hay preferencias en cuanto al trabajo a realizar, también rotan en las tareas. Una de las discusiones principales es ¿cómo evaluar las diferentes actividades? Me interesa destacar que los 12 miembros del equipo (la mayoría no han tenido “empleos” formales) se conocen hace años, han luchado juntos y una parte de ellos vive en la misma vivienda ocupada. Pero, ¿cómo evaluar el tiempo de cocina y el tiempo de venta? ¿Cuál es la equivalencia? La respuesta es que no hay equivalencia.

Este aspecto me parece muy importante, porque indica que no existe el trabajo como categoría abstracta y, como veremos, tampoco existe la categoría de mercancía. Veamos tres aspectos de esta experiencia:

1. Aunque existe **una mínima división de trabajo** (ciertamente se trata de trabajos simples con bajos niveles de “especialización”),

igualmente practican la rotación, como se practica en tantos otros emprendimientos productivos autónomos. La principal división en este caso es entre cocinar y vender. Como todos perciben el mismo ingreso, –esto es frecuente en estos emprendimientos– estamos ante la pista de que la división del trabajo no genera jerarquías.

2. En segundo lugar, quiero hablar sobre el tema de la **alienación**. La rotación entre los diferentes trabajos y la evaluación colectiva de todo el proceso, permite deconstruir también lo que Lukács (1978) denominaba “cosificación” o fetichización. Las relaciones sociales que se establecen no son relaciones entre cosas (fetiche) sino entre personas.
3. Aunque venden lo que fabrican, **no producen mercancías**. De hecho no salen a vender al “mercado”, ya que han consolidado una red de compradores fijos (digamos algo así como el 80% de los que les compran son siempre los mismos). Con ellos han establecido relaciones de confianza, al punto que el centro de estudios donde “venden” se está implicando en la defensa del espacio ocupado y empiezan a participar en algunas actividades sociales que el colectivo realiza con el barrio. Eso nos da una segunda pista: la “dualidad” de la mercancía, portadora de valor de uso y valor de cambio, ha sido –o mejor está siendo– deconstruida a favor del valor de uso, o sea de **productos que son no-mercancías**. No puede, en rigor, hablarse de trabajo abstracto sino de trabajo útil o concreto. Por eso no puede haber equivalente entre el trabajo de cocinar y el de vender, porque no existe un trabajo igual, abstracto, mensurable de modo exacto por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Por más que haya dinero como forma de intercambio, esto no me parece determinante.

Véase que tampoco hay una jerarquía entre la producción y la circulación, entre el trabajo productivo e el improductivo, etc. En este punto, la venta tiene incluso algunas ventajas sobre la producción. Ella es la que permite tejer relaciones sociales con el barrio que son, en los hechos, las que aseguran la supervivencia del emprendimiento.

Me interesa destacar que en estos emprendimientos **la economía política no funciona**, y que es necesario inventar algo nuevo, teorizar a partir de relaciones sociales entre personas.

Ahora bien, ¿Como le llamamos a este trabajo no alienado, que produce no-mercancías y en el que resulta tan “productiva” la producción como la comercialización? De paso, ¿qué es producir? En este caso, es producir **relaciones sociales no-capitalistas, o sea no-capitalismo**.

A mi modo de ver, esta experiencia muy concreta, muy pequeña, muy micro (pero nada excepcional), pone de manifiesto varias cuestiones que quisiera desarrollar:

1. No alcanza con tener la propiedad de los medios de producción (el horno y la mezcladora de harina en este caso). Ciertamente, la propiedad de los medios de producción es un paso indispensable para los colectivos sociales, digamos un primer paso, pero es posible tener la propiedad y seguir produciendo para el mercado, seguir produciendo mercancías que, como señaló Marx, es “algo bifacético” (1974: 51), y “este punto es el eje en torno al cual gira la comprensión de la economía política” (1974: 51), es decir, de todo el modo de producción basado en la explotación, en el trabajo abstracto.
2. Es necesario que la organización del trabajo, la división del trabajo que es una de las claves de la alienación –“la subdivisión del trabajo es el asesinato de un pueblo”, Marx citado por Gorz, (1998: 9)– sea superada a través de alguno de los varios procesos posibles. La rotación puede ser uno de ellos, como sucede en muchos emprendimientos. En fábricas más grandes y complejas se recurre a otros mecanismos para conseguir que el colectivo de productores recupere la unidad y el control conciente del proceso productivo (pienso en Zanón que lo hace a través de las asambleas y las reuniones de sección).

Esta des-alienación en el proceso de trabajo es un paso necesario, indispensable, pero aún insuficiente. Porque todavía podemos seguir produciendo mercancías que serán vendidas en lugares remotos y compradas a precios de mercado (o sea un valor fijado por el trabajo socialmente necesario mensurable como trabajo abstracto).

Estos dos pasos (propiedad de los medios de producción y des-alienación del proceso de producción) han sido dados por unas cuantas fábricas recuperadas y por muchos emprendimientos productivos (más lo primero que lo segundo). Pero quiero insistir en que estos pasos, muy valiosos por cierto, son aún insuficientes. Representan pasos dentro de los muros de las fábricas, pasos necesarios e imprescindibles, pero insuficientes. El siguiente paso es producir no-mercancías. Con ello entramos en el terreno del intercambio.

3. Marx señalaba que “los trabajos privados no alcanzan realidad como partes del trabajo social en su conjunto, sino por medio de las relaciones que el intercambio establece entre los productos del trabajo y,

a través de los mismos, entre los productores” (1974: 89). Dicho de otro modo, “es sólo en su intercambio donde los productos del trabajo adquieren una objetividad de valor, socialmente uniforme, separada de su objetividad de uso, sensorialmente diversa” (1974: 89). En suma, los productores se relacionan entre sí en el mercado, pero no directamente sino como propietarios y vendedores de mercancías; se enfrentan a través de “cosas”.

Por este motivo traje el ejemplo de la panadería social de Barracas. Allí no hay producción para un mercado, o bien no es a través del mercado que se relacionan los productores con los compradores. Sin embargo, esto no fue siempre así, y conseguir “deconstruir” los productos –de mercancías a no–mercancías– fue un largo proceso de más de tres años. En un principio, los productos de la panadería eran llevados al mercado “para ver qué pasaba”. Algunos se vendían y otros no. La relación con los compradores era una relación mediada por el precio del pan (si era más barato y de mejor calidad, lo vendían más fácilmente). Los compradores no eran siempre los mismos sino los que aparecían en el momento y tenían la posibilidad de comprar. En suma, era una relación típica de mercado, impersonal, fortuita. Con el tiempo, productores–vendedores y compradores se fueron conociendo y fueron estableciendo relaciones de confianza. O sea, la relación entre cosas (pan y compradores con dinero) fue pasando a ser relación entre personas, o sea relaciones sociales no mediatizadas por cosas. Ahora conocen a los que compran, y de hecho fabrican cosas que antes no hacían.

Muchos compradores han establecido relaciones directas con la panadería, incluso visitan el Centro Social donde funciona la panadería. Ya no son vendedores y compradores de panes sino Pedro y Juana que venden, Eloísa y Felipe que compran. De esa manera descifran ese “jeroglífico social” que para Marx es “todo producto del trabajo” (1974: 91). Descifrar ese jeroglífico a través de la práctica social supone que algo esencial del capitalismo ha dejado de funcionar. El tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción del pan ha dejado de ser la llave maestra, y el precio al que lo venden no está ajustado a aquel, sencillamente porque no existe una “medida” semejante, o ha dejado de funcionar como tal. “En las relaciones de intercambio entre sus productos, fortuitas y siempre fluctuantes, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los

mismos se impone de modo irresistible como *ley natural* reguladora” dice Marx (1974: 92). Ambas cosas han dejado de funcionar, las relaciones de intercambio han dejado de ser fortuitas y fluctuantes porque el mercado ya no es impersonal, como lo es todo mercado capitalista; y el tiempo socialmente necesario varía y depende de quienes estén haciendo el trabajo, si son más varones o más mujeres, si están muy cansados por otras tareas o si se les da por jugar o escuchar música o discutir sobre zapatismo o sobre sexo, mientras trabajan. Y muchas hacen pan para regalar, porque así funcionan... Vendedores y compradores no se relacionan en tanto “poseedores de mercancías” sino desde otro lugar, en el que la solidaridad entre náufragos (luego volveré sobre esto) juega un papel primordial.

4. Esto no se deriva mecánicamente de la propiedad del medio de producción ni siquiera de la des-alienación del proceso de trabajo, sino de algo mucho más profundo: no tienen vocación de acumulación, no se sienten poseedores de mercancías. La función social está por encima de la posesión de una mercancía; y la función social es la que les permite producir valores de uso concretos que los van a consumir Pedro y Raquel.

Para terminar, quisiera recordar que Marx en *El Capital*, cuando abordó estos temas tan áridos puso como ejemplo el del más célebre náufrago de la literatura, el Robinson Crusoe de Daniel Defoe. En la isla solitaria, Robinson hace cosas, digamos que trabaja para sobrevivir, pero por su condición de náufrago solitario “las cosas que configuran su riqueza, creada por él, son sencillas y transparentes” (1974: 94), de modo que no hay el menor fetichismo en su vida. Marx dice que en una asociación de hombres libres, de productores libres, “todas las determinaciones del trabajo de Robinson se reiteran aquí, sólo que de manera social, en vez de individual” (1974: 96). En la comunidad de personas libres permanece la transparencia de las relaciones, como en la panadería de Barracas, sólo que de manera social y no individual.

Pero encuentro una segunda similitud en el ejemplo de Marx: el propio naufragio. Quienes llevan adelante estos emprendimientos en los cuales se establecen relaciones no-capitalistas para producir no-mercancías, son náufragos; náufragos de este sistema que los margina. Diría más: sólo los náufragos, aquellos que tienen una débil relación con el capital, y por lo tanto con el trabajo, pueden emprender tareas de este tipo.

Pero a diferencia de Robinson, nuestros compañeros de los emprendimientos no son víctimas pasivas de un naufragio sino que lo provocaron, lo vienen provocando por lo menos desde los años 60, desde que luchas como el Cordobazo pusieron en cuestión el trabajo alienado, a través del sabotaje, la resistencia sorda y subterránea, y en ocasiones la revuelta abierta y luminosa. Podemos decir, sin exagerar mucho, que fue la generación de los años 60 y 70 la que empezó a hundir el barco de la relación capital-trabajo; y que sus hijos, los naufragos de hoy, son los que están empezando a construir un mundo nuevo, en base a relaciones no-capitalistas, sobre los restos del naufragio.

Bibliografía

Acuña, Claudia; Ciancaglini, Sergio; Gociol, Judith; Rosemberg, Sergio (2004), *Sin patrón. Fábricas y empresas recuperadas por sus trabajadores*, Buenos Aires, La Vaca Editora.

Altvater, Elmar; Chomsky, Noam; Davis, Mike; Eppler, Eberhard; Galtung, Johan; Habermas, Jürgen; Huntington, Samuel P.; Klein, Naomi; Mahnkopf, Birgit; Sassen, Saskia, u.a. (2006), *Der Sound des Sachzwangs, Globalisierungs Reader*. Blätter Verlagsgesellschaft mbH

Altvater, Elmar (2006), *Solidarische Ökonomie. Reader des Wissenschaftlichen Beirats von Attac* (“Economía solidaria. Un manual del Consejo Científico de Attac.”)

Altvater, Elmar (2005), *Das Ende des Kapitalismus, wie wir ihn kennen. Eine radikale Kapitalismuskritik* (“El fin del capitalismo tal como lo conocemos”), Westfälisches Dampfboot

Altvater, Elmar & Mahnkopf, Birgit (2002), *Globalisierung der Unsicherheit. Arbeit im Schatten, Schmutziges Geld und informelle Politik*, (“Globalización de la inseguridad. Trabajo en negro, dinero sucio y política informal”) Westfälisches Dampfboot.

Altvater, Elmar (1997), *Die Zukunft des Marktes* (“El futuro del mercado”) Westfälisches Dampfboot

Altvater, Elmar & Mahnkopf, Birgit (1996), *Grenzen der Globalisierung. Ökonomie, Ökologie und Politik in der Weltgesellschaft* (“Los límites de la globalización. Economía, ecología y política en las sociedades actuales”).

Altvater, Elmar; Baethge, Martin; Bäcker, Gerhard, (1985), *Arbeit 2000. Über die Zukunft der Arbeitsgesellschaft* (“Trabajo 2000. El futuro de la sociedad del trabajo”) Vsa Verlag

Aglietta, Michel (1976), *Régulation et Crises du Capitalism*. Paris, Calmann-Levy.

Boyer, Robert (1989), *La teoría de la regulación: un análisis crítico*. Buenos Aires, Editorial Humanitas.

- Braverman, Harry (1974), *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century*. Nueva York y Londres, Monthly Review Press.
- Dal Ri, Neusa María (comp.) (1999), *Economía solidária: o desafio da democratização das relações de trabalho*. São Paulo, Arte e Ciência.
- Davis, Mike (1990 [1986]), *Prisoners of the American Dream. Politics and Economy in the History of the US Working Class*. Londres y Nueva York, Verso.
- Fajn, Gabriel y Rebón, Julián (2005), “El taller ¿sin cronómetro? Apuntes acerca de las empresas recuperadas” en: *Revista Herramienta* N° 28, Buenos Aires.
- Fajn, Gabriel y otros (2003), *Fábricas y empresas recuperadas. Protesta social, autogestión y rupturas en la subjetividad*. Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
- Giarracca, Norma (Coord.) (1994), *Acciones colectivas y organización cooperativa*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Serie Bibliotecas Universitarias.
- Giarracca, Norma y Teubal, Miguel (2005), *El campo Argentino en la encrucijada*. Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Godio, Julio (1983), *Historia del movimiento obrero latinoamericano*. México D.F., Nueva Sociedad y Editorial Nueva Imagen.
- Gorz, André. (1998), *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires, Paidós
- Hobsbawm, Eric J. (1967), *Labouring Men. Studies in the History of Labour*. Garden City, Anchor Books, Doubleday.
- Holloway, John (2006), *Contra y más allá del capital*. Buenos Aires. Herramienta.
- Iturraspe, Francisco (1986), *Participación, cogestión y autogestión en América Latina*. Caracas, Editorial Nueva Sociedad.
- Lafargue, Paul (2005), “Derecho a la pereza” en: Sartelli, Eduardo (Comp.) *Contra la cultura del trabajo*. Buenos Aires, Ediciones Razón y revolución.

Lukács, Georgy (1978), *Historia y conciencia de clase*. Grijalbo, Barcelona.

Mackintosh, Maureen (1990), “Abstract markets and real needs” en: Bernstein H.; Crow B.; Mackintosh M.; Martin Ch. *The Food Question: Profits Versus People*. New York, Monthly Review Press.

Marglin, Stephen (1996), “What Do Bosses Do? The Origins and Functions of Hierarchy in Capitalist Production” en: Lippit, Victor (Compilador), *Radical Political Economy. Explorations in Alternative Economic Analysis*. Nueva York y Londres, M. E. Sharpe.

Marx, Karl (1974), *El capital*. Tomo I, Vol. 1–3. México, España, Argentina, Colombia. Siglo Veintiuno Editores.

Marx, Karl (1978 [1953]), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857–1858*. Tomos 1 y 2. Argentina, Siglo Veintiuno Editores.

Melo Lisboa, Armando (2004), “Mercado Solidario” en: Cattani, A. D. (org.) *La otra economía*. Buenos Aires, UNGS, Fund. OSDE, Altamira.

Panekoeck, Anton (1976), *Los consejos obreros*. Buenos Aires, Editorial Proyección.

Polanyi, Karl (1992), *La Gran Transformación*. Madrid, Ediciones La Piqueta.

Polanyi, Karl (1980 [1947]), “Nuestra obsoleta mentalidad de mercado” en: *Commentary* 13

Quijano, Anibal (2002), “Sistemas alternativos de produção” en: Santos, Boaventura da Sousa (org.) *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista*. Río de Janeiro, Civilização Brasileira.

Rebón, Julián (2007), *La empresa de la autonomía. Trabajadores recuperando la producción*. Buenos Aires, Colectivo Ediciones – Ediciones Picaso.

Reich, Robert (1991), *The Work of Nations. Preparing Ourselves for 21st Century Capitalism*. Nueva York, Alfred Knopf.

Rosanvallon, Pierre (1979), *La Autogestión*. Madrid, Editorial Fundamentos.

Santos, Boaventura da Sousa (org.) (2002), *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

Santos, Boaventura da Sousa y Rodriguez, Cesar (2002), “Introdução: para ampliar o canoço da produção” en: Santos, Boaventura da Sousa (org.) *Produzir para viver: os caminhos da produção não capitalista*. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

Teubal, Miguel (1995), “Notas sobre la mano de obra excedentaria del tercer mundo” en: Teubal, Miguel y colaboradores *Globalización y expansión agroindustrial. ¿Superación de la pobreza en América Latina?* Buenos Aires, Ediciones Corregidor.

Tomson, Paul (1983), *The nature of Work. An Introduction to Debates on the Labour Process*. Londres, Macmillan Publishers.

Wacqant, Loïc (2007), *Una invitación a la sociología reflexiva*. México, Siglo XXI Editores.

Wacqant, Loïc (2000), *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires, Ediciones Manatíal.

Wright, Erik Ollin (2006), *Compass Points. Toward a socialist alternative*. New Left Review N.º 41.

Se terminó de imprimir en Udaondo 2646, en mayo de 2008.



GEMSAL
Grupo de Estudio
de los Movimientos
Sociales de América Latina



El incremento de los sectores informales y del trabajo precario junto a la sobreexplotación de los recursos naturales y la entrega del patrimonio público son aspectos del actual sistema capitalista que condenan a vastos sectores de la población a la pauperización e inestabilidad. En oposición a ello y a partir de su larga tradición de luchas populares y de resistencia indígena, América Latina ha gestado un variado catálogo de otras formas de construcción de la vida y de la producción de bienes. En aras de reflexionar sobre alternativas genuinas, este volumen propone un abordaje útil para volver a pensar en un futuro posible a partir de los siguientes ejes temáticos: la incidencia del petróleo en el mercado de trabajo y el agotamiento de las energías fósiles; el rol de la investigación científica en la sobreexplotación de la naturaleza; el cuestionamiento de los criterios tradicionales de acumulación, progreso, crecimiento y eficiencia; la reflexión acerca de la ambigüedad conceptual del llamado avance tecnológico; el análisis de experiencias de autogestión; y la búsqueda de nuevos modelos de convivencia a través de la economía solidaria.

ISBN 978-987-1238-38-5



9 789871 238385